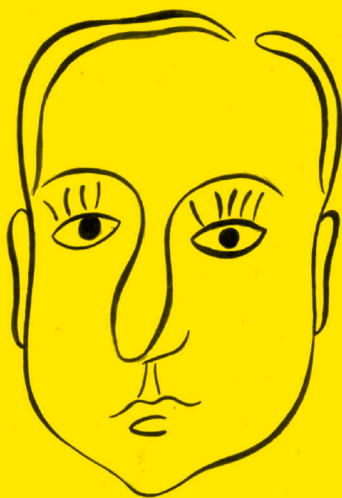


PAPÁ O EL DIARIO DE ALICIA MIR

Vicente Huidobro



novela

Papá o El Diario de Alicia Mir

1934

Vicente Huidobro

Vicente Huidobro
Papá o El diario de Alicia Mir
[texto impreso] / Vicente Huidobro

1ª edición. Pequeño Dios Editores, 2019
156 páginas. 15 x 22 cm.

ISBN: 978-956-8558-58-1

© Pequeño Dios Editores
Nueva de Lyon 19, departamento 21
Providencia, Santiago de Chile
info@pequeñodios.cl
www.pequeñodios.cl

© Fundación Vicente Huidobro



Fondo Nacional de Fomento del
Libro y la Lectura. Convocatoria 2018

Proyecto financiado por el Fondo Nacional de Fomento del Libro y la Lectura.

Diseño portada e interior: María Fernanda Pizarro
Corrección de textos: Catherina Campillay

Impreso en Chile / Salesianos Impresores
Edición: 2.000 ejemplares.
Santiago de Chile, abril de 2019.

Papá o El Diario de Alicia Mir

1934

Vicente Huidobro

Pequeño Dios Editores

SERIE POPULAR

ÍNDICE

I	9
II	81
II	109

I

1. Tengo dieciocho años. Desde que tenía quince años papá me decía que escribiera mi diario. Me daba libros para leer. Mamá revisaba primero los libros y después me los pasaba. Esto era inútil, porque Papá jamás me dio ningún libro que no pudiera leer cualquiera niña.

Papá decía que yo era un niño precoz. No sé si esto es exagerado, pero no hay duda de que soy inteligente. Soy una de las mujeres más inteligentes que conozco. Soy la más inteligente de las mujeres que yo conozco. Cierto es que conozco pocas y que no es mucha gracia ser más inteligente que las mujeres de esta ciudad.

Escribiré, pero no será un diario en el sentido estricto de la palabra, pues escribiré cuando me dé la gana. Claro está que si todos los días tengo ganas de escribir, escribiré todos los días.

2. De los tres hermanos que somos en la familia, yo creo que papá me prefiere. A veces tengo dudas. ¿Por qué puede preferirme a mí?

Gerardo tiene dieciséis años y Jaime tiene nueve. Jamás papá ha dado un libro a leer a Gerardo. Se diría que le considera lo antiliterario por excelencia. Pero le quiere mucho. Le hace gracia su ingenuidad, su despreocupación, su aire de no saber nada y de no importarle nada. A Jaime lo sienta sobre sus rodillas y le cuenta cuentos que él inventa y que goza inventando. Cuando se duerme le mira y lo besa como me gustaría que me besara a mí. A mí también me besa y, a pesar de que soy grande, me sienta sobre sus rodillas y me hace cariños en la cabeza. Papá tiene unas manos largas y muy blancas, nadie se imagina la dulzura de esas manos entre mis cabellos. Siempre he oído hablar de los ojos de papá como algo extraordinario. Hay demasiadas cosas en sus ojos; yo prefiero sus manos, sus manos musicales.

Cuando mamá discute con papá, yo no comprendo cómo se puede discutir con un hombre que tiene esas manos. Son las manos de la Armonía.

3. Papá lee mucho, se pasa horas de horas leyendo. También escribe casi todos los días. Generalmente de dos a tres horas, a veces escribe ocho y nueve horas. Entonces se le siente fatigado, pero siempre cuando se levanta de su mesa de trabajo se le ve como un halo en torno de la cabeza y anda largo rato con ojos de sonámbulo. Se diría que no se da cuenta de nada de

lo que pasa en torno suyo. Está pensando en algo que no podemos imaginarnos. Sus ojos soñadores tienen un brillo especial de otras estrellas. He observado que su humor casi siempre depende de su trabajo. Cuando el trabajo ha salido bien, está contento, optimista, se ríe solo y todo le hace gracia; cuando el trabajo no ha marchado a su gusto, se pone arisco, molesto, nervioso, todo le aburre y le parece mal. Después de su trabajo sale a la calle a ver pasar la gente, a mirar las mujeres hermosas, a observar detrás de los ojos los problemas de los hombres, a oír pedazos de frases y perderse en la multitud. Dice que ningún teatro da un espectáculo semejante al de la multitud en las grandes ciudades. A veces se va a los barrios apartados, contempla la salida de las fábricas, conversa con los obreros, discute con ellos de sus problemas —papá tiene un amor profundo al proletario—; otras veces entra en los bares maleantes, aunque lo miren de reojo, y entabla conversación con cualquier patibulario. Recuerdo que un día llegó a casa feliz. Había conocido en un café de los bajos fondos a una muchacha que era la amante de Piarevic, el autor del atentado al rey de Bulgaria. Ella estaba con él encerrada en una buhardilla cuando vino la policía a apresararlo. Le había contado todo, con los más mínimos detalles, las palabras, los gestos, todo lo que había hecho y dicho Piarevic cuando los policías golpearon en su puerta: «El asesino de un rey, bien vale un rey. Muchos reyes de la Historia fueron coronados después de asesinar a su rey. Pero el que yerra el golpe es un tonto; para ser menos tonto venderé cara mi piel». Escondió a su mujer debajo de la cama, sacó su revólver y descargó todos los tiros contra los policías que martilleaban la puerta. Uno murió, tres quedaron heridos, él cayó acribillado por las balas. En vez de suicidarse peleó a pecho descubierto para que le mataran.

Mamá dice que papá es loco, que es un inconsciente, que es un hombre absurdo, al revés de todo el mundo. Papá se ríe y se encoge de hombros. Lo malo es que mamá quiere dominar a papá, quiere cambiarle su manera de ser, hacerlo según el tipo ideal burgués, que ella considera el tipo perfecto. Entonces papá se sulfura, monta en cólera y empieza la batalla. Como papá tiene el carácter más vivo y es arrebatado, siempre exagera en la ofensiva.

—¡Qué insolencia —exclama, colérico—, estas mujeres con mentalidad de *concierge*, queriendo corregir a sus superiores! —Luego se marcha a su escritorio y cierra las puertas.

Al día siguiente como todo comentario dice a mamá:

—Somos dos espadas, una tendrá que mellarse en la otra. Tú entiendes el amor o el matrimonio o lo que sea como una lucha. Bien. Veremos quién sale vencedor.

Después no habla media palabra durante tres días. Estos periodos de silencio en casa, esos días de hostilidad muda me son insoportables. Mamá

no entiende nunca que debe dejar tranquilo a papá, que haga lo que le dé la gana. Nunca escarmienta, es porfiada como si tuviera el cráneo de piedra.

4. Papá quiere mucho a mamá.

A pesar de todas las disputas y desavenencias de carácter, estoy convencida de que papá quiere a mamá, y si mamá supiera llevarlo, nunca habría una discusión en casa.

Papá dijo esta mañana:

—Yo soy como soy, *à prendre ou à laisser*. —Luego, después de un silencio—: Los míos no me juzgan, me aceptan como soy, me aman como soy, con todos mis defectos, con mis caídas, mis mañas, mis libertades, mis aventuras o mis locuras, como queráis llamarlas. En esto reconozco a *los míos*, en que me quieren como soy. Yo exijo que se me ame como se ama a Dios. Los que me juzgan no son de *los míos*.

En otra ocasión:

—Hay que amarme revolcado en el barro, como si estuviera en un trono o en la cruz.

Otro día:

—Los que pretenden juzgarme no son de *los míos*, pertenecen a otra religión.

Después que papá salió a la calle, mamá dijo:

—Este hombre se está volviendo loco, pretende elevarse a un culto, quiere constituirse en religión.

Veo con tristeza que mamá no ha comprendido las palabras de papá. Sólo ha comprendido lo externo de sus palabras, la letra, no el espíritu.

5. Mamá es muy buena, es un ángel. Pero no se resigna a perder la esperanza de *corregir* a papá.

Mamá cree que ella tiene mucho carácter y una gran voluntad. En realidad no tiene voluntad sino contra papá y contra todo lo que atañe a papá. Tiene tan poca voluntad que todo el mundo puede influenciarla, y nada la influencia tanto como los parientes tontos.

Desde chiquita, en su casa, metieron a mamá en la cabeza la idea de que era perfecta. De ahí viene su manía de corregir y querer moldear a los demás a su semejanza. Esta idea de su perfección es ya en mamá algo subconsciente, es un sentimiento automático. Y es lo que la perderá, lo que hará su desgracia.

Mamá quiere moldear a papá, ¡qué audacia! Pero esto porque ella adora a papá y lo quiere perfecto, según su molde de perfección.

Me pregunto a veces: «¿Y papá no tendrá muchas cosas que quisiera cambiar en el carácter de mamá?»

Mamá es una santa y creo que papá también la considera así. Sin embargo, él encuentra que mamá tiene un carácter taimado, hurafío, hosco, emperrado.

Mamá es una santa taimada.

Dicen que se parece mucho a su abuela y cuentan que su abuela pasaba meses sin hablar una palabra, sentada en un sillón dada vuelta hacia la pared. A veces contestaba con monosílabos. En la familia de mi madre todos admiran y veneran a esa abuela. Papá dice:

—Al que yo admiro es a su marido.

6. Mamá se enojó con papá porque había bailado no sé dónde con unas niñas que ella no conoce.

Papá llama a mamá Doña Perfecta o la Perfección. Entra a la casa preguntando:

—¿En dónde está la Perfección?

—Está en su cuarto, cosiendo —le contesto.

Para que la perfección fuera perfecta, dice papá, tendría que no creerse la perfección; *esta* Perfección tiene una grave imperfección y es que se cree perfecta.

7. Mamá dice que yo quiero más a papá que a ella. En cambio, Gerardo la quiere más a ella. Jaime regalonea igual con los dos, pero yo lo adivino más contento en las rodillas de papá.

Es cierto que yo quiero más a papá. Nunca he sabido la razón de esta preferencia.

Mamá dice que cuando yo era chica nunca le obedecía y que había que llamar a papá para hacerme obedecer. Dice que yo sentía un verdadero placer en hacerla sufrir y que una vez llegué hasta decirle:

—No sé por qué me gusta tanto molestarla y hacerla rabiarse.

No se puede negar que es agradable ver rabiarse a la Perfección.

Me acuerdo que una vez mamá me castigó —mamá me castigaba siempre por *sublevada*—. Yo no lloré, porque llorar habría sido darle gusto. Fui y me senté en un peldaño de la escalera que daba a la puerta de la calle. Cuando llegó papá, a la hora de cenar, hacía más de dos horas que yo estaba sentada en silencio, sin moverme, sin pestañear. Me eché a sus brazos y le besé repetidas veces, diciéndole al oído:

—Cuando estés en la mesa di a mamá que conociste a una mujer muy bonita. Por favor, papá, dile, dile..., y dile que bailaste con ella.

Papá me miró muy extrañado y me llevó en sus brazos hasta el comedor. Me sentó junto a él y durante toda la comida me hizo cariños en la cabeza, pero no dijo nada de lo que yo le había pedido. Estuvo muy pensativo y me miraba de reojo. Cuando salimos del comedor me llevó a su dormitorio y me sentó en su cama. Estuvo largo rato hojeando papeles. Yo no quería mirarlo, tenía los ojos clavados en la pared, sentía rabia con todo el mundo. De repente papá me preguntó:

—¿Qué tienes? Estás muy enojada; ¿en qué estás pensando?, ¿qué te pasa?

—Quisiera que viniera un terremoto y se hundiera la casa.

Papá me tomó en sus brazos y me besó en la frente.

—Pobrecita, vas a sufrir mucho en la vida.

Después me quedé dormida en sus brazos. Cuando me desperté estaba tendida sobre su cama. Oí la voz de papá que hablaba con mamá y algunos amigos en el *hall*. Papá decía enérgicamente:

—Hay que tener mucho cuidado con ciertas almas especiales, hay que tratarlas con mucha finura, es muy difícil saberlas abordar.

Mamá exclamaba:

—El complot de los rebeldes, las alianzas secretas de los monstruos. No, lo que necesitan es una buena azotaina. La soberbia es el pecado que más repugna a Dios, el pecado de Luzbel.

—El pecado de su rival —decía papá—. Los hombres son muy graciosos, atribuyen a Dios sus propios vicios. Como todos quieren aplastar a su rival, como no quieren que nadie levante cabeza ante sus importantes personas, suponen que Dios sentía lo mismo. Felizmente que ya sólo los tontos creen en esas patrañas estúpidas.

8. Mamá debe creer que yo me parezco mucho a papá, que he salido a él, como ella dice.

Hoy le contó a una de mis tías todo lo que pasó ayer. Dijo que yo era una anarquista, que era capaz de incendiar la casa o de pedir a Dios un terremoto porque se permitían corregirme.

Después dijo que papá había contado que una vez, cuando él era niño, un tío le había pegado y que él se había pasado dos días sin hablar una palabra pensando cómo lo asesinaría y los ojos que pondría cuando estuviera agonizando.

Mamá terminó indignada:

—Y esa monstruosidad la contó como si se tratara de lo más natural del mundo, con la voz entera, muy satisfecho y sacando como consecuencia al referirse a la niña: «De tal palo tal astilla».

9. Las parientas Gómez, parientas de mamá, odian a papá. Yo sé por qué le odian. En primer lugar, son tontas de capirote; en segundo lugar, papá no las toma en cuenta para nada, ni siquiera las desprecia.

Son chismosas, intrigantes, envidiosas. No comprendo cómo mamá se rodea de gente tan infeliz.

10. La Breva Podrida. Otra amiga de mamá que odia a papá es la Mariana Toro. Es una solterona agriada con cara de higo podrido, un cutis verde, ceroso, un cráneo de hospiciana, unos ojos de lechuza buscando en los rincones alguna presa.

Gerardo la llamaba la Breva. Yo encuentro que tiene algo de cementerio, a mí se me figura el sepulturero de la lepra.

Es tan chismosa y tan mala como las Gómez. Todas ellas nadan en la intriga como peces en el agua. Esta infeliz a veces quería darse aires de literata y pretendía hablar con papá sobre libros.

Papá es muy impertinente, ¡cómo me encanta su impertinencia! A todas estas tontas las deja con la palabra en la boca o contesta: ya, ya; sí, sí; vea, vea. Naturalmente ellas redoblan en su odio.

Cuando papá oye hablar imbecilidades arruga la nariz como si estuviera sintiendo mal olor.

Conozco muy bien ese gesto suyo.

11. A mamá le encanta estar rodeada de gente que se sienta inferior a ella, tener una corte de admiradoras donde su palabra es sacrosanta y todos sus gestos son comentados con devoción.

Papá la llama la reina Kui-Kui de la isla Tarapata.

—La Perfección se me está convirtiendo en la reina Kui-Kui.

Mamá dice que los amigos de papá son una colección de locos. Papá dice que las amigas de mamá son una colección de idiotas.

—Tus amigos vienen saliendo de la Casa de Orates.

—Los tuyos vienen saliendo del Hospicio.

Papá dice:

—Yo prefiero andar por la vida rodeado de gente con los ojos saltados que rodeado de gente con la baba colgando.

Mamá dice:

—Llegaron los locos, hay que preparar las camisas de fuerza.

Papá dice:

—Se levantó la corte de la reina Kui-Kui. Apenas se vayan hay que secar la baba en el suelo.

La verdad es que entre los amigos de papá hay muchos muy interesantes; en cambio, en la corte de mamá no hay nadie que tenga el menor interés.

12. Jerónimo Costa, uno de los grandes amigos de papá, dice que papá tiene una doble personalidad. Dice que a veces no puede soportarlo y otras veces es «un sembrador de encantos».

Yo creo que todos los cambios de papá se deben a que es muy sensible a la justicia y a la injusticia. A veces por un artículo leído en el periódico en el cual se habla de algún atropello a los obreros o abusos de algún poderoso o de cualquier acto sucio, se pone pesimista o se torna iracundo y sus ojos lanzan rayos.

Abuelita pregunta con frecuencia:

—¿Cómo amaneció hoy tu papá, con cara de ángel o con cara de demonio?

13. Características de papá:

Su pasión por la libertad. Jerónimo Costa dice que es un delirante de la rebeldía.

Su manía por lo extraordinario.

Su amor de lo imprevisto, de lo inhabitual.

Una tendencia mística, no en el sentido religioso sacerdotal, sino en el sentido puro, en el sentido de exaltación, de superación, de unión universal, de visión cósmica.

La voluptuosidad de pensar.

Un gran sentido de la poesía.

Su horror a la vulgaridad. Sin embargo, se esfuerza por no hacer sentir ese horror a ciertas personas que no le son antipáticas.

Un enorme fondo de bondad. Es un hombre profundamente humano y por eso todo lo comprende y lo perdona. Pero es impaciente y por eso puede aparecer contradictorio.

—Tu padre es un espíritu insumiso por esencia —dice Costa.

Un mago, un célebre adivino, dijo una vez a mamá que papá tenía el alma de un sultán de Turquía, que en otra encarnación había sido sultán.

—¡Idioteces! —exclama papá—, o sería algún pobre perro que se llamaba Sultán.

Pero desde entonces cuando papá pregunta a mamá:

—¿Cómo se siente hoy, Doña Perfecta?

Mamá contesta:

—Muy bien, señor Sultán.

14. Cuando papá está de vena y tiene ganas de hablar *de veras*, dice cosas maravillosas. En ningún libro he leído nada más extraordinario. Entonces se transforma, sus ojos se ponen hipnóticos, se eleva, se eleva.

Yo lo miro para ver si la cabeza no le topa en el techo.

15. Otro gran amigo de papá, Jean Bertrand, decía:

—Yo me admiro de que la unión de tu padre y tu madre haya durado más de un año. Tu padre y tu madre —decía Bertrand— son dos terribles orgullosos. ¿Cómo no se ha devorado el uno al otro? El orgullo de tu madre es un orgullo sordo, seco; el orgullo de tu padre es un orgullo alegre, jocundo, expansivo.

Papá es un temperamento expansivo, generoso, es verdad; pero no creo que sea orgulloso, creo que las gentes confunden aquí orgullo con entusiasmo. Cuando papá habla de un modo rotundo o si alguna vez pontifica, no lo hace por orgullo, sino por entusiasmo o por fe en lo que dice.

Si papá es orgulloso, quiere decir que es de un orgullo tan grande que él mismo no sabe, no siente su orgullo, ni lo hace sentir.

En todo caso, vanidad no tiene ninguna. Tiene tan poca vanidad que hace el vanidoso por chiste. Siente el ridículo de la vanidad porque siente el ridículo del hombre. Los gestos de vanidad le producen una risa espontánea. Nada le hace reír tanto como los señores trascendentales, los que creen que el eje de la tierra pasa por su ombligo o que todas las estrellas del universo tienen sus ojos puestos en ellos.

Un día una niña que atacaba el arte de un amigo de papá, se decía al mismo tiempo sobrina suya. Papá dijo:

—¡Qué vanidosa, se cree sobrina mía!

Otra vez dijo:

—Tengo tan poca vanidad que puedo decir que una obra mía es magnífica.

16. Los amigos de papá le quieren a morir. Sienten que él es un buen amigo, un perfecto amigo, un raro y precioso amigo.

He observado que papá, cuando le atacan por la prensa o en discusiones nunca se enoja. Se ríe o se encoge de hombros. Cuando atacan a sus amigos se pone furioso.

Papá despierta una gran curiosidad en las gentes. Creo que sobre pocos hombres habrán corrido tantas leyendas. ¡Y cuántas tonterías y cuántas mentiras!

Un día Bertrand decía a mamá:

—Su marido no tiene ningún vicio, no es borracho, no es jugador, no usa drogas...

Mamá le interrumpe:

—¿Y las mujeres? Creo que lo atraen demasiado.

—Eso no es un vicio, señora, es un adorno.

17. Es indudable que papá despierta una gran curiosidad entre las gentes, y no sólo curiosidad, sino interés. Lo malo es que *entre las gentes* un cincuenta por ciento son mujeres.

Y creo que papá prefiere ese cincuenta por ciento.

Otro amigo de papá, Joudaux, me decía una vez:

—Tu padre es un gran aventurero sentimental.

Siguió hojeando un libro de papá que tenía entre los dedos. Después de un largo silencio y como hablándose a sí mismo:

— ¡Qué magnífico sujeto para un libro! Un día escribiré ese libro y lo escribiré con pasión. Es un tipo peligroso de aventurero, es el aventurero por miedo al vacío. Todo lo hace por miedo al vacío... Trabaja por miedo al vacío, escribe por miedo al vacío, piensa, imagina, inventa por miedo al vacío.

He reflexionado mucho sobre estas palabras y no sé qué pensar. Recuerdo que un crítico decía una vez de un libro de papá, que la esencia, el resorte central de esa obra era la fascinación. Otros hablan de embrujamiento, de sortilegios, de encantamientos. Uno decía: «He cerrado este libro y he quedado como hipnotizado».

Papá habla muy a menudo de la atracción del peligro, del irresistible amor al peligro. Habla del vértigo, del delirio. Hay páginas suyas que parecen escritas por el vértigo para el vértigo.

Mientras más medito esto del miedo al vacío de que habla Joudaux, menos claro lo veo. No, no es así. O acaso todos los hombres trabajan por miedo al vacío. Ahora que tal vez en algunos ese miedo es más fuerte. Lo curioso es que esa idea me obsesiona y en mi obsesión no se me ocurre nada que me guíe para estudiar mejor el alma de papá; lo único es una frase que se me clava en la cabeza: Papá necesita más cariño y que se le haga sentir el cariño, que el cariño sea palpable. Es algo gato.

(Esa banalidad no puede ser la solución. Pero ¿por qué se me clava en la cabeza?).

18. He salido a pasear con papá. Hemos subido al cerro que está fuera de la ciudad. Un paseo encantador.

Papá habla del universo y de la naturaleza como si fueran suyos, como si todo existiera solamente para él. Dice: «Vamos a ver *mi* puesta de sol».

«Ya empieza *mi* primavera». «Tengo ganas de ir a ver *mi* océano». «Cómo estarán *mis* olas». «Volvieron *mis* golondrinas». «Esta noche me sentaré en el jardín a mirar *mis* estrellas».

En vez de decir «mi jardín y las estrellas», dice «el jardín y mis estrellas». El universo es su familia.

Comprendo que mamá se molestó cuando sale con él. Hay muchas mujeres que lo miran de un modo raro, con cierta cosa extraña. Esas deben ser las que tienen esa electricidad especial de que habla papá. Y no sé por qué ahora he recordado que una vez un amigo decía a papá:

—Hay tantas mujeres que quieren ser heroínas de un libro o acaso sólo vivir un amor célebre.

Recuerdo que papá le contestó:

—Pobrecitas, ignoran que los amores secretos son los más interesantes.

19. Abuelita cuenta que antes que naciera papá, apenas se anunció su venida al mundo, ella pidió a la Virgen durante nueve meses, todos los días, que el hijo que debía venir fuera un gran genio. Abuelita dice a papá:

—La Virgen me oyó y te hizo genio.

Papá echa a reír y contesta a abuelita:

—En primer lugar, yo no soy genio; en segundo lugar, si lo fuera, esto no probaría un milagro de la Virgen, esto probaría un milagro tuyo, esto probaría el poder de la autosugestión. Lo malo es que como tú no eres molde de genios, acaso lo único que me has dado con tu obsesión de hacerme genio es la angustia de no serlo.

20. Papá me ha dado a leer los cuentos de Edgar Poe en la traducción francesa de Baudelaire. He encontrado esta frase subrayada por papá: *Ce désir ardent, insondable de l'âme de se torturer elle-même.*

En otra página he encontrado esta otra frase subrayada que traduzco: *Obramos por la sola razón de que no deberíamos hacerlo. La certitud de la falta o del error incluido en un acto es a menudo la única fuerza invencible que nos arrastra y nos empuja a su realización.*

He pensado mucho. He pasado muy mala noche.

21. Esta mañana estuve en la iglesia. Había junto a mí una beata que rezaba a grandes murmullos, rezongaba como una tetera, se golpeaba el pecho, cincuenta veces, cien veces, se martilleaba un gran clavo invisible, se quejaba, parpadeaba. Era un verdadero teatro. Estaba despeinada, sucia, con

los dientes y las uñas negros, hedionda; en diez metros a la redonda no se podía respirar.

Dios no puede amar a semejante criatura, primeramente porque Dios no ama la farsa, lo teatral. Dios ama la verdad, lo discreto, lo recóndito. Luego, porque Dios tampoco ama la suciedad ni el mal olor. Si Dios quisiera hablarle le diría: «Rece menos y lávese más».

Los beatos pertenecen a una familia animal repugnante, es la más asquerosa de las especies animales de sangre fría. El beato es un mamífero singular, el único mamífero que se alimenta hacia afuera en vez de alimentarse para adentro. Es un animal de piel generalmente negra y alma más negra.

Estos mamíferos viven en rebaño a la sombra de las iglesias, se esconden entre el humo del incienso y se multiplican por contacto indirecto o tal vez por el roce de los codos.

El beato es un animal de presa, siempre anda husmeando una víctima, le gusta el olor a podrido como al chacal, busca los cementerios, le atrae el olor a cadáver como a las hienas. Es difícil de cazar, es malicioso, ladino, receloso, hipócrita, externo. Todo en él es brumoso, vago, oscuro. No tiene luz en el pecho, no tiene nada real en el espíritu, ni Dios porque Dios detesta lo brumoso y lo vago. Jamás Dios ha habitado el alma de un beato o de una beata, y cuando se lo comulgan, Dios sale inmediatamente volando de sus almas, sale a escape a lavarse en una nube.

Nada me repugna tanto como los beatos. Jamás ningún santo ha sido beato. El santo es lo contrario del beato. Mayormente los grandes místicos. Y éstos son los únicos que me atraen dentro de nuestra religión.

22. Papá se asoma a la ventana y me muestra, por la ventana abierta en la casa de enfrente, tres señores jugando a los dados.

—Todos los días, a la hora que uno se asoma, están ahí jugando a los dados. No tienen otra ocupación. A veces salen a comprarse una corbata o a tomar el aperitivo y vuelven a sentarse a jugar a los dados. ¡Qué triste la vida de ciertos seres a los cuales sólo la muerte dará una utilidad!

23. Hay algo en el rostro de papá que lo pone fuera del alcance de las gentes. No es altanería, ni desprecio, ni un gesto demasiado altivo; es algo que no sé cómo explicar, un algo misterioso que lo hace intocable a las manos humanas.

Y luego esos ojos que atraen y al mismo tiempo ponen distancias infinitas de separación.

A veces se me figura que papá es algo así como un tabú.

Papá es muy distraído, sobre todo cuando anda pensando algo o preocupado por un libro que le trabaja en la cabeza o cuando anda *atrapando*

visiones, como decía Alfred Jarry. Ni a nosotros nos ve ni a sus más íntimos amigos reconoce por la calle.

24. He hablado a papá de la beata del otro día. Papá reía de mis observaciones, reía complacido.

—Estoy segura de que Jesús bendecía a los pecadores con más placer que a los justos.

—Yo también estoy seguro, hija mía. Pero los beatos no son justos. No hay que confundir el abismo con la cumbre.

—No he confundido, papá, no he dicho justo por beato.

—Los beatos volverían a crucificar a Jesús si lo encontraran en su camino. Para ellos Jesús sería un escándalo continuo. Siempre estaría fuera de la ley.

—Los beatos, papá, son unos hipócritas, se creen santos o quieren hacer creer que son santos. En cambio, los santos se creen grandes pecadores. Yo no puedo concebir un santo que hable mal de nadie, ni que se espante de nadie. ¿Crees tú que Jesús se asustaba de algo?

—Si Jesús ha existido alguna vez y si fue como podemos pensarlo, no podía asustarse de nada... Jesús, ¡qué caso curioso! Un hombre que detestó a los capitalistas y que hoy día todos los capitalistas adoran.

Después de un silencio:

—No hay cristianos. Si hubiera verdaderos cristianos, todos ellos serían comunistas. Los primeros cristianos, cuando vieron que la pureza de la doctrina de Cristo se desviaba, se hicieron cenobitas para salvarla, es decir, crearon monasterios, renunciando a la propiedad privada y trabajando en común. Cenobitas significa vida común. Esta palabra viene del griego *Koinos*, que significa común, y *bios*, que significa vida. De allí nacieron las comunidades. Ellos sabían que sólo practicando esa clase de comunismo conservaban la verdadera doctrina de Jesús en su más pura esencia.

Papá quedó un largo rato en silencio.

—Uno de estos días volveremos a salir; iremos a ver *mis* montañas.

Después de otro silencio:

—Los creyentes, todos los creyentes, son avestruces que tienen miedo y esconden la cabeza en el cielo.

25. Papá estuvo hablando con sus amigos del amor, de la pasión, del dolor.

Decía palabras tan grandes que parecían de una legua, palabras como territorios, con ríos, selvas, montañas. Parecía, a veces, que llegaban al fondo del infinito.

Mamá lo escuchaba con los ojos muy abiertos y en ningún momento se rió de las frases de papá, ni de su exaltación, ni de cierta cosa afiebrada que había en su lenguaje.

Nada me gusta más que trabajar con papá. Hoy, después de comer, papá me llamó y me dictó a máquina una carta para una parienta lejana suya, doña A. M., que anda muy enojada con Bertrand porque dice que Bertrand ha tenido una nefasta influencia sobre sus dos hijos y los ha desviado del buen camino, de perfectos cristianos, para hacer de ellos dos terribles comunistas.

Papá se paseaba por la habitación dictándome del borrador que él había preparado antes.

Saqué dos copias de la carta para guardarme una.

Señora: He sabido su indignación en contra de mi amigo Jean Bertrand, a quien usted acusa de ser un mal pastor de la juventud y de quien usted dice que es un peligroso anarquista y uno de los grandes dirigentes comunistas en nuestro país. No entro a discutir sus confusiones entre anarquistas y comunistas, pues acaso usted no me comprendería. Paso a rebatirle sus otras afirmaciones. Bertrand no es dirigente comunista, ni puede serlo, puesto que no es miembro del partido comunista. Esto no lo digo como descargo de un pecado, sino en honor de la verdad. Bertrand es un hombre que posee un gran sentido de la justicia y de la verdad y que cree en conciencia que la verdad y la justicia están del lado de los trabajadores que luchan por reivindicar su puesto a la luz del sol. Y como lo cree, así lo dice.

Acusa usted a mi amigo de ser un mal pastor y de haber desviado a sus hijos de la verdadera doctrina cristiana para enrielarlos en el nefasto comunismo. Veo que desconoce usted en absoluto, como casi todos los cristianos, la verdadera doctrina de Cristo, doctrina que en todo caso está más cerca del nefasto comunismo que de su amado capitalismo. Para probarle lo que afirmo voy a hacerle una pequeña antología de frases de los primeros cristianos y de los más grandes cristianos, que estaban más cerca de la fuente del cristianismo y que seguramente conocían mejor la doctrina de Jesús que los de hoy.

Abra usted el Nuevo Testamento, en el libro de los Hechos de los Apóstoles, en el capítulo 2, y leerá en los versículos 44 y 45: «Y todos los que creían estaban juntos; y tenían todas las cosas en común; y vendían las posesiones y las haciendas y repartíanles a todos, como cada uno había menester»..., etc.

¿Ignoraba usted esto, señora? Pero acaso sus hijos, verdaderos cristianos, no lo ignoraban. Ignora usted también lo que dicen los Padres de la Iglesia, ¡cuántos de ellos estarían hoy en las cárceles por subversivos!

¿Cuántos años de cárcel daremos a San Clemente de Alejandría por haber escrito esto?: «Todas las cosas son comunes. Ellas no existen para ser aprovechadas sólo por los ricos. Dios quiere que todos gocen de todo igualmente y en común».

Y a Tertuliano, que dice: «Nosotros los cristianos somos hermanos en lo que concierne a la propiedad, que es causa entre vosotros los paganos de tantos conflictos. Consideramos todas las cosas como pertenecientes a todos los hombres, excepción hecha de nuestras mujeres, que es lo único que vosotros tenéis en común».

Veo, señora, que usted es más pagana que mi amigo, el cual es tan poco creyente como yo.

El mismo Tertuliano, en su Apologética, dice: «Nosotros no reconocemos sino una sola patria: el mundo». ¡Oh! terrible antipatriota, internacionalista, ¡qué bandido!

San Justino el Mártir dice: «Nosotros, que antes sólo pensábamos en adquirir riquezas, hoy entregamos a la comunidad nuestros bienes y los repartimos entre todos».

San Bernabás de Chipre: «Tendrás todo en común con los demás. No poseerás nada propio y ni deberás hablar de propiedad».

¿Qué tal, mi buena señora cristiana? ¿Qué hacemos con esta banda de subversivos?

San Cirilo dice: «La naturaleza y Dios no conocen ninguna diferencia social, es la codicia humana la que las ha introducido».

Juan Crisóstomo dice: «Es imposible enriquecerse honradamente. ¿Pero, me objetaréis, si se ha heredado de sus padres? Y bien, se habrá heredado lo que fue adquirido indignamente».

San Ambrosio: «La naturaleza da todo en común a todos, la violencia ha producido el derecho de propiedad privada».

San Cipriano: «Todas las riquezas vienen de Dios y debemos gastarlas todos en común. Los que viven preocupados de los bienes terrestres, ¿cómo pueden aspirar al Paraíso? Ellos creen poseer y son poseídos, se creen amos de su dinero y son los esclavos de él».

San Basilio el Grande: «Nos apropiamos los bienes que deben pertenecer a todos y poseemos solos lo que pertenece a la comunidad».

San Agustín: «No es en virtud del derecho divino, sino en virtud del abuso y de la guerra, que alguien puede decir: mi casa, mi tierra, este servidor es mío».

El mismo San Agustín: «La propiedad privada provoca las disputas, las guerras, las insurrecciones, los asesinatos, los pecados graves y menores. Por lo cual si nos es imposible renunciar a la propiedad general, debemos renunciar a la propiedad privada».

San Gregorio Nacianceno: «Tú, cristiano, vuelve tus miradas hacia la igualdad de nuestros primeros tiempos, no hacia las diferencias que han surgido después».

¿Qué le parece, señora, mi pequeña antología? ¿A qué isla lejana se debería desterrar a semejantes revolucionarios?

De donde resulta que Bertrand, que es un ateo, parece más cristiano que usted, y que sus hijos no han sido desviados al mal camino, sino vueltos al buen camino.

Naturalmente que los cristianos de hoy tratan de escamotear con mil argucias y sutilezas esas rotundas afirmaciones de los grandes cristianos, que nada les convienen en estos tiempos ni para sus inteligentes bolsillos.

El cristianismo se desvió al adaptarse a los principios sociales y económicos del Imperio Romano. Han sido vanos todos los esfuerzos por volverlo a su verdadera fuente, a su auténtica doctrina. Caro pagó su intento Joaquín de Flora, caro lo pagó Savonarola y casi también lo paga San Francisco de Asís.

Hoy los cristianos creen que tienen que defender hasta a las monarquías, odiar las repúblicas y cualquier otro modo de gobierno. Olvidan la famosa circular a los obispos del Papa Gregorio VII en el año 1081, en la cual el Pontífice declara: «Los reyes y los príncipes descienden todos de hombres ignorantes de las cosas de Dios, pero que no ignoraban ni la arrogancia, ni el robo, ni el engaño, ni el asesinato; hombres que lograron por toda clase de crímenes reinar sobre sus semejantes».

Y para terminar, señora, le reservo como clavo de remache la frase de Jesús: «Será más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos».

No se consuele usted pensando que esa frase es sólo un símbolo o una imagen. No, señora; esa frase, como han afirmado los comentaristas sinceros, significa: es imposible, sencillamente imposible a un rico entrar al cielo. No se la arregle usted al gusto de su paladar. Si se asusta usted ante tan tremendas palabras, lo mejor que puede hacer es renegar francamente de Cristo o venderlo otra vez por treinta monedas.

Termino esta carta, en la cual he querido dar a usted una pequeña lección, y contestar por mi amigo, aunque creo que él no habría respondido a sus acusaciones y en ningún caso se habría basado en vuestros Santos Padres ni en vuestros santos libros para defender sus teorías sociales. Tampoco yo me apoyaría en ellos si no fuera porque se trata de demostrar que el verdadero cristianismo era en su esencia comunista, y que los cristianos desviaron y corrompieron el cristianismo desde casi recién nacido, por lo que podemos afirmar que el cristianismo no existe, es sólo una palabra mitológica. Los cristianos de hoy, en nombre de Cristo, atacan las doctrinas de Cristo. Por eso tenéis horror al comunismo, porque el comunismo os pone ante los ojos vuestra vergüenza, la prueba flagrante de vuestra desviación, y él se propone realizar, sin apelar a Dios, la justicia social que vosotros habéis sido incapaces de realizar.

26. Papá recibió una carta de una señora que le habla de su último libro. Recuerdo estas frases:

He leído su libro de poemas. Tengo los ojos llenos de estrellas, el corazón lleno de estrellas, la cabeza llena de estrellas, la boca llena de estrellas. Todo mi cuerpo se ha puesto luminoso. Siento que mi piel es un saco lleno de estrellas, como el universo.

—Debe ser una viuda desconsolada —dijo mamá.

—No —respondió papá—; es una mujer muy hermosa y muy inteligente.

Creo que mamá no se ha enojado. En todo caso dijo a papá, riendo:

—Anda a bailar con ella para que se le apaguen las estrellas.

—Se me quitaron las ganas.

Estoy segura de que si mamá le hubiera dicho lo contrario, papá se habría levantado diciendo:

—Voy a duplicarle las estrellas.

Recuerdo que una vez fuimos con papá a Londres. Papá tenía que dar una conferencia. Los diarios hablaron mucho de él. Al día siguiente de su conferencia papá recibió una carta de una mujer que le decía que quería tener un hijo suyo y le mandaba su retrato y su dirección.

Mamá se enfureció.

—Esa mujer debe ser una sinvergüenza cualquiera.

Papá le respondió muy serio:

—¿Una sinvergüenza? Tal vez, en el sentido de una persona que no se avergüenza de lo que no hay que avergonzarse. En todo caso es una sinvergüenza encantadora, a juzgar por el retrato... y por el honor que me hace al pensar en mí en sus sentimientos eugenésicos.

—Eso es algo monstruoso —decía mamá.

—A mí me parece lo más lógico y natural —afirmaba papá.

Si mamá hubiera sido un poco más psicóloga habría dicho a papá:

—¡Qué gracioso! Anda, anda a verla. ¡Qué mujer tan divertida!

Podría jurar que papá no habría ido.

¡Cuántas discusiones, cuántas batallas he visto en casa que se habrían evitado con un poco de prudencia y otro poco de conocimiento del alma humana!

27. Hay hombres que no son viciosos, que no son malos, que no son criminales, ni mucho menos, y que hacen en torno de ellos la vida peligrosa. Son simplemente artistas o espíritus libres, desprejuiciados o demasiado analíticos. Son el antiburgués.

Papá me dijo esta tarde:

—Lee, instrúyete, cultiva tu espíritu. Es un gran recurso en la vida. El libro es muchas veces el mejor refugio, y el saber pensar es un gran con-

suelo. El desarrollo intelectual impide el aburrimiento. Todas esas niñas ignorantes y tontas, que viven como pájaros, en la primera dificultad o desgracia de la vida se encuentran abandonadas, perdidas y no saben qué hacer sino desesperarse; a veces suicidarse.

Yo leo mucho y pienso mucho. Más de lo que papá se imagina.

28. Doña Susana Vásquez vino a ver a mamá. Es otra de las de la corte de mamá, pero esta, como el pintor Pacheco, son los que sólo vienen día por medio. Las Gómez y los Gómez, la Mariana Toro vienen todos los días. Cuando no vienen les falta el sol, les da romadizo.

Pacheco tiene adoración por mamá, la venera respetuosamente. Desde el fondo de su abismo de tierra la adora y la venera. Apostaría que en las noches le reza tartamudeando.

Doña Susana es un personaje muy típico. Veinte años de luto por un marido al que nunca quiso, del cual siempre vio los defectos con vidrio de aumento y las buenas cualidades con vidrio disminuyente. Su luto es como la bandera de un dolor que no existe ni ha existido nunca, pero que es preciso que todos respeten. Ella se siente un poco rival de mamá porque ella también es perfecta, ella es la menos sumisa de la corte. Doña Susana lleva en sus ojos la iniquidad de los hombres, de los demás, porque ella es intachable, es el único ser bueno y sano de corazón. La iniquidad humana, que ella ve por todas partes, le da una gran seguridad en todos sus actos. Siempre contenta de sí misma porque ella no se equivoca jamás, triste porque los otros siempre se equivocan.

Hoy ha pasado dos horas hablando con mamá en voz baja. Cuando se fue, la pieza quedó toda sigilosa y un tanto inquieta, a pesar de que había en el aire unas como flores invisibles de bondad perdonadera, de magnánima generosidad.

Un rato después salió Pacheco mirando de reojo. Estoy segura de que Pacheco espía a papá por amor a mamá.

29. Mamá habló del matrimonio, de la unión perfecta, de los lazos legítimos, de los seres dignos de amor y de los seres indignos de amor.

Papá dijo que todas las uniones son perfectas y los lazos legítimos cuando dos personas se quieren, se comprenden y viven en el amor y no para anular el uno al otro o para devorarse como antropófagos. Esa unión es la más legítima, aunque ningún cura haya hecho musarañas en el aire para consagrarla y aunque no hayan firmado en ningún registro civil.

Recuerdo, entre otras, estas frases de papá:

—¡Qué espectáculo más hermoso que un amor contra la razón, contra la ley, contra las conveniencias!

»En el amor no hay ninguna lógica, ni de gramática ni de catecismo. Hay un hecho: se ama.

»Muchas veces no amamos a una persona precisamente porque es digna de amor y amamos a otra tal vez sólo porque es indigna de amor. Lo que prueba que en nuestro interior no existe lo digno o lo indigno de amor, del mismo modo que en los formalismos sociales. Nuestro interior sabe que esas son convenciones falsas.

—Eso será en los seres que tienen espíritu de contradicción —dijo mamá—. En los seres anormales o exaltados o en los que no tienen freno.

—En el amor todos los seres son exaltados y ninguno tiene freno.

30. Toda la corte ha estado reunida en el cuarto de costura de mamá, ese cuarto que papá llama la isla Tarapata. Estaban las Gómez, Pacheco, la Susana Vásquez y Mariana Toro. Mamá mostró una carta que había encontrado en el escritorio de papá. ¿Por qué mamá hará estas cosas tan estúpidas y tan humillantes para ella misma? ¿Por qué mezcla a gente extraña y tan infeliz en los asuntos de nuestra casa? Pero lo que más me irrita es que se meta a registrar el escritorio de papá. El escritorio de papá debe ser sagrado para todo el mundo, inviolable. Es el sanctasanctórum.

He estado inquieta, terriblemente inquieta.

He entrado varias veces a la isla haciéndome la distraída. He visto y oído más de lo que se imaginan. A veces sentía unas ganas locas de gritarle a mamá: «Reina Kui-Kui, reina Kui-Kui».

Mamá me tiene miedo. Me mira con cierta desconfianza, pero con respeto.

En una de mis entradas oí esta frase a Mariana Toro:

—Ayer, a las siete y media, lo vio la Escolástica pasar en un auto con una mujer que se tapaba la cara.

Las Gómez, naturalmente, confirmaban:

—Lo mismo nos dijo el tío Serafín y más o menos a la misma hora.

¡Ah, con qué ganas las hubiera pescado de las mechas, las hubiera escupido, pateado, pisoteado!

A la Breva Podrida le brillaban los ojos, se le agrietaba la breva por todas partes y le salía pus. Las Gómez hablaban despacito, le ponían vaselina a cada una de sus palabras para deslizar mejor el veneno. La Susana Vásquez movía la cabeza como si estuviera equilibrando la espada de Damocles sobre su sombrero. Pacheco decía:

—¡Qué loco, qué loco!

31. Papá llegó con Eduardo Alba, un joven poeta que adora a papá y al cual él también quiere mucho. Papá se encerró con él en su cuarto de trabajo.

Apenas se fue la corte, mamá vino a sentarse al *hall*. Se hacía la que estaba leyendo. Yo veía muy bien que no leía y que estaba pensando en algo muy lejos del libro. Me miraba de reojo. Sin duda alguna me tiene miedo. Ella siente que yo no apruebo su conducta.

En un momento en que papá salió de su cuarto de trabajo para ir a su dormitorio a buscar algo, mamá se precipitó detrás de él.

—De manera que ayer a las siete y media el señor Sultán se paseaba en auto con una mujer por calles apartadas.

—Qué agradable —dice papá—. ¿Y era muy bonita? Magnífico, magnífico. A ver si comemos temprano para alcanzar a verla otra vez esta noche.

Papá le toma el pelo a mamá. Así la castiga por sus tonterías. Juega con ella como un león con una laucha. ¿Cómo mamá no se da cuenta de esto? ¿Cómo no siente que lo único que logra es hacer el ridículo y bajar ante los ojos de su propio marido?

Papá volvió a su escritorio. Mamá se fue a su pieza; sabía que yo estaba en el *hall* y no se atrevía a volver.

Oigo que papá dice a Eduardo Alba:

—Hay nubarrones en el cielo. Parece ser que ayer a las siete y media yo me he paseado en un auto con una mujer por calles apartadas.

—Pero, ¿cómo? Eso es una mentira, una calumnia; ayer a las siete y media estábamos juntos en el cine. Hemos estado en el teatro desde las seis y media hasta las ocho y media. Yo voy a protestar, yo le voy a decir a tu mujer que eso es una mentira.

—Te prohíbo que digas ni media palabra —exclama papá—. No necesito ni permito que nadie me disculpe.

—Pero es una mentira.

—Ayer fue una mentira, mañana será una verdad. Soy libre de hacer lo que me da la gana. No soy esclavo de nadie.

Ya sabía yo que eso era lo único que ganaría mamá con sus majaderías. Es tan fácil excitar el sentido libertario de papá.

Eduardo Alba se quedó a cenar en casa. A las ocho y media nos sentamos a la mesa. Mamá hizo varias alusiones al paseo en auto.

—Es agradable en estos días de calor salir en la tarde en auto a tomar un poco de aire.

—Sobre todo si se va en buena compañía —dice papá—, y si al aire fresco de la tarde se agrega algún perfume de buena marca.

Estoy segura de que varias veces Eduardo Alba estuvo a punto de hablar y de decir la verdad, pero no se atrevió. Él sabe que papá se habría enfurecido si hubiera dado explicaciones; se habría sentido humillado, habría sentido que eso era reconocer derechos sobre él y no lo habría perdonado jamás.

Yo tampoco hablaré. Es preciso que mamá sufra, que sus atropellos tengan un castigo.

32. Anoche me costó quedarme dormida. Tampoco podía leer.

Hoy, a la hora del almuerzo, papá se levantó de la mesa antes del postre y fue a hablar por teléfono. Llamó a una niña, a una tal Elena, y la convidó a salir en auto en la tarde a tomar aire.

Naturalmente, esto lo hizo de adrede para que se oyera desde el comedor. Mamá murmuró entre dientes:

—¡Qué cínico!

No puedo negar que en el fondo de mi alma sentía un goce infinito.

33. Hoy, como a eso de las cuatro de la tarde, llamó a papá por teléfono una mujer que creo dijo llamarse Juanita. Papá no estaba en casa. La mujer le dejó recado de que no dejara de ir a cenar con ella.

Mamá se mordía los labios y parecía echar chispas.

Estoy segura de que ese llamado era una farsa de papá y que él estaba al lado del teléfono. Claro que esta noche no vendrá a cenar para dar a la farsa aspecto de verdad y enfurecer a mamá. Papá no puede soportar un amor propio basado en el encadenamiento, por eso golpea con tanto ahínco el amor propio de mamá.

Mamá tiene la condición especial de exacerbar el deseo de libertad en el espíritu de papá.

34. Anoche leí hasta tarde. Poco después de las doce sentí llegar a papá. Mamá encendió su luz y anotó algo en una libreta. Una idea me pasó por la cabeza y sentí vergüenza de mamá.

Jerónimo Costa vino a almorzar. Habló mucho de la belleza y de la fealdad. Encuentra exagerada la afirmación de papá de que no puede existir un concepto absoluto de la belleza. Papá pasó en revista las definiciones de los grandes filósofos sobre la belleza y las despedazó. Luego dijo a Costa que expusiera la suya. Costa no supo qué responder.

Mientras Costa hablaba de belleza y fealdad, mamá hablaba de la virtud y del vicio.

Desde hace algún tiempo se siente una segunda intención en todo lo que dice mamá. Yo no sé si papá se da cuenta. En todo caso hace como si no lo advirtiera y siempre trata de elevar a concepto, a ideología los pequeños temas que deberían servir tal vez para molestarlo.

Papá decía, entre otras cosas:

—La belleza y la fealdad, el vicio y la virtud dependen el uno del otro, están condicionados el uno por el otro, sólo pueden existir en relación el uno del otro. Suprimid la belleza y habréis suprimido la fealdad, suprimid la fealdad y habréis suprimido la belleza. Suprimid la virtud y habréis suprimido el vicio, suprimid el vicio y habréis suprimido la virtud.

Mamá exclama:

—¡Qué cómodo sería suprimir la virtud!

—Sería muy incómodo para los que viven sentados en ella, soñando crímenes, intrigando y pensando mal de todo el mundo.

Mamá siente la ironía feroz y se queda pestañeando.

Papá se encoge de hombros con un gesto tan despreciativo que yo, en el caso de mamá, me habría escondido debajo de la mesa, roja de vergüenza.

Observo a mamá y noto que está buscando en su cabeza desesperadamente algo para la *revanche*.

Papá sigue hablando, dirigiéndose sólo a Jerónimo Costa, absolutamente despreocupado de lo que pasa en la trinchera enemiga. ¡Qué triste debe ser sentir que su mujer es el enemigo!

De repente mamá levanta la cabeza satisfecha y exclama:

—Dicen que anda por ahí una tal Juanita, que es muy hermosa.

Papá, con la rapidez del tictac de un reloj, contesta sonriendo:

—Es una mujer muy hermosa, más hermosa que lo que permiten la lógica y las reglas del arte.

Yo casi aplaudo. No sé cómo pude contenerme.

—Debe ser también muy inteligente —dijo mamá, no resignándose a su derrota.

—Inteligente y encantadora —respondió papá—. Y no tiene ninguna virtud, no piensa mal de nadie, no sueña crímenes ajenos, no intriga, no piensa en encadenar a nadie, no tiene nada de perfecta y tiene un gran respeto por el individuo y por la libertad. Está llena de defectos, es realmente encantadora.

Papá es un terrible polemista. Tiene una agilidad mental asombrosa y da el martillazo con una precisión casi automática.

35. Hay una lucha a muerte entre papá y mamá. La lucha está planteada y ya ninguno retrocederá. Papá se juega su libertad o su esclavitud. Lo malo es que papá haya hecho de las mujeres los estandartes de su libertad.

¿Y qué otra cosa podía hacer? No iba a convertir los árboles o los perros en estandartes de su libertad. Hacer del vino o de las drogas su estandarte, habría sido peor. No, en el fondo papá tiene razón. Lo terrible es que haya

habido batalla. Lo trágico es que mamá haya querido encadenar al viento, someter al mar.

Desde el momento en que se está en pie de guerra, desde que se entra en la batalla, papá se ciega, no ve, no oye, no piensa en otra cosa que en ganar la batalla aunque reviente el planeta.

Lo cuerdo habría sido no ponerlo nunca en plan de pelea, no presentarle batalla, dejarlo hacer siempre lo que le diera la gana.

Ahora, una vez planteado el combate, yo deseo con toda mi alma el triunfo de papá. Si mamá lograra domeñar la rebeldía de papá, si yo sintiera a papá encadenado por la voluntad de mamá, sufriría terriblemente. No puedo negarlo, sentiría una gran desilusión y una gran pena.

La atmósfera de nuestra casa se pone muy pesada. Me temo que el periodo de las grandes tempestades se avecina.

36. Gerardo no se da cuenta de nada. Vive en la luna. Mamá lo llama el Indiferente. De mí dice que siempre estaré en contra de ella porque soy una anarquista. Jaime vive pensando en dormir en las rodillas de papá, oír los cuentos que él le cuenta y hacer terribles preguntas, inmensas preguntas que papá siempre contesta recurriendo a la poesía. Papá dice que Jaime es un gran soñador.

Así nuestra casa, valiéndonos de los sobrenombres de cada cual, se compone del Sultán, la Perfección (o la reina Kui-Kui, según el humor de papá), la Anarquista, el Indiferente y el Soñador.

37. Hay momentos en que papá está ausente de todas partes.

Papá odia la virtud porque mamá esgrime la virtud. Para papá detrás de la palabra virtud está la Perfección con una cadena en la mano.

Papá es un hombre obsesionado por la muerte. Correría a la muerte de miedo a la muerte. Sus aventuras se me figuran drogas para hacer dormir a la muerte. Cuando se va del brazo con una mujer, cuando está bailando, cuando escribe, papá cree que ha dejado a la muerte drogada, roncando en un rincón de su dormitorio.

Hoy dijo de pronto y sin razón alguna:

—Tomar una gran determinación es como afrontar la muerte.

(¿Diría esto sin razón alguna?)

Sin embargo, papá afirma que a lo único que le teme es a la virtud, porque la virtud es peor que la muerte. Yo sé que él no cree esto y que lo dice por las necesidades del caso.

Es posible que la virtud sea la preparación de la muerte, sea como el comprar adornos y galas para presentarse en el otro mundo. Este puede ser

el lado repugnante de los falsos virtuosos, ese aspecto de prestamistas usuarios que ellos dan a la virtud, eso de acumular dinero para cobrarlo con intereses en el otro mundo.

Por eso el virtuoso no es espontáneo. Papá dice:

—Primero se encontrará al camello que pasa por el ojo de la aguja que al virtuoso espontáneo.

»Yo no tengo nada que cobrar en el otro mundo —dice papá—. San Pedro no me verá golpear a su puerta con un recibo en la mano.

Papá no cree en el otro mundo, y estas frases suyas son alegorías o símbolos.

38. Si alguien leyera estas páginas diría que yo me desvivo por papá, que mi admiración por él es exagerada, etc.

En realidad, lo admiro y lo adoro. Esto lo afirmo con orgullo. Siento idolatría por él. ¿Y qué? ¿No admira y adora a su padre la Z. L., que se pasa contando anécdotas y gracias de su padre, que es un pobre infeliz? ¿Y la M. F., que repite gloriosa todas las imbecilidades que oye a su padre, y la M. C., que vive comentando a su *papacito lindo*? ¿Y yo no podría admirar al mío? Seguramente ellas pensarán que yo exagero en mi admiración y que ellas no exageran en la suya. ¡Pobrecitas! Ignoran la distancia astronómica que hay entre mi padre y sus padres.

39. Las dos figuras de mamá se disputan a veces mi campo visual. De repente aparece la Perfección, de repente aparece la reina Kui-Kui. La una se sobrepone a la otra y yo no puedo negar que la prefiero bajo el aspecto de la Perfección, inmóvil sobre su pedestal o andando sin tocar el suelo, que rodeada de su corte, envuelta en cuchicheos.

Desde hace varios días la Perfección y la reina Kui-Kui juegan al escondite en mi cerebro. Amanece la Perfección y lentamente ante mí se va desvaneciendo y empieza a tomar cuerpo la reina Kui-Kui. Entra la Perfección por una puerta y sale la reina Kui-Kui por la otra. Pasa ante mí la Perfección, se aleja por el corredor y al fondo se convierte en la reina Kui-Kui y vuelve rodeada de una corte invisible que la viene aplaudiendo en silencio.

La Perfección sólo anhela que su marido sea a su imagen y semejanza. La reina Kui-Kui, que sus vasallos la vean magnífica, sublime, dolorosa en la guerra contra el rebelde.

40. Papá tiene momentos en que parece de una inconsciencia absoluta, como si su alma estuviera suspendida en alguna parte fuera del tiempo. En

esos momentos podría coger un revólver y pegarse un tiro en la cabeza para despertar por el ruido al otro lado de la muerte.

Cuando lo veo en ese estado, tiemblo; me da un miedo angustioso. Creo que papá es indiferente a la felicidad o a la desgracia. Pero esto por algo, por una causa superior que los demás ignoramos.

41. Eduardo Alba llegó cuando estábamos de sobremesa. Traía a papá una revista extranjera en la que aparece una carta de un escritor francés en la cual dice a papá:

«Amigo mío, usted ha creado todo un reino de la naturaleza y usted es indiscutiblemente el rey de ese reino».

—Con tal de que no sea el reino animal —interrumpió mamá.

Papá, muy sereno, contestó:

—La tendencia al chiste fácil es una prueba rotunda de imbecilidad. Ninguna persona inteligente acepta *hacer* un chiste que le dan hecho. Es casi como vestirse de lo ajeno, como ir a una casa sin sombrero para robarse un sombrero en la percha.

Eduardo Alba agregó desafortunadamente:

—Y no sería tan malo haber creado el reino animal. Mamá le lanzó una mirada imponente, pero Alba no bajó la vista, lo cual hizo que mamá se quedara estupefacta, desarmada, con los ojos abiertos llenos de interrogaciones, sin saber si estaba soñando. Pronto se dio cuenta de su situación lamentable y se rehízo tomando una actitud lejana e indiferente. No había oído nada, no había visto nada. La dignidad de quien no oye y no ve siempre está a salvo.

42. Mamá estuvo largo rato sentada en el *hall* con la Mariana Toro. La Brevia Podrida estaba hojeando el último libro de papá, que tomó de sobre la mesa del *hall*. ¡Qué rabia me da que esta idiota toque con sus manos de leprosa un libro de papá!

—¿Has visto esta frase? —dijo la Brevia a mamá—. Oye: «Qué peso incommensurable el peso de la sombra de la mano que quiere encadenarnos». Yo no sabía que la sombra tuviera peso.

No pude contenerme y le contesté con todo mi desprecio:

—Naturalmente que usted no lo sabía y papá no lo ha dicho para que usted lo sepa. Papá escribe solamente para seres superiores, no escribe para el primero que pasa por la calle.

—Cállate, Alicia —me dijo mamá.

—Así será —repetía la tonta de la Mariana Toro—; así será, pero la sombra no tiene peso.

No obedecí a mamá y seguí contestando a la idiota:

—Usted no tiene para qué leer cosas que no va a entender. Papá no está a su alcance; usted nunca podrá comprender las formas de su espíritu. Sin embargo, eso es bien fácil de entender, la razón de la hipérbole allí no puede ser más clara: si la sombra de la mano pesa tanto, cuánto más pesará la mano. ¿Entendió ahora?

—No te enojés, mi hijita —me decía la muy infeliz, y dirigiéndose a mamá—: ¡Cómo adora a su padre esta chica!

—Se siente parecida a él —dice mamá—. Para ella él siempre tiene razón en todo.

43. De todos los amigos de papá, Jerónimo Costa es el que mamá mira con mejores ojos.

Hoy en la tarde, Costa estuvo esperando a papá, que había salido, y conversó largo rato con mamá. Yo no estaba en el *hall* y no tenía ganas de hablar con nadie. Desde mi pieza oía pedazos de frases. Mamá hablaba de los rebeldes, de los espíritus antisociales, de los libertarios o libertinos. Luego bajó la voz y no oí lo que decía. Al cabo de un rato oí a Costa:

—Yo no encuentro nada grave, señora, que un hombre cualquiera, y mucho menos un escritor, salga a pasear con mujeres y frecuente a quien bien le parezca.

¡Bravo! ¡Bravo! Costa es un buen amigo de papá... o simplemente un hombre lógico.

44. Papá llegó a la hora de la cena. Jerónimo Costa se quedó a comer con nosotros.

Mamá habló mucho de los libertarios y los libertinos. Se conoce que hay algo que le trabaja en el cerebro. Decía: «libertarios o, mejor dicho, libertinos». También habló de los que no se resignan a seguir el *buen camino*, de los audaces, de los aventureros.

Papá, como siguiendo una idea en su cerebro, dijo de pronto:

—Yo me imagino que en todos los comedores de este pobre país a la hora de la cena, siempre hay alguien que habla como un cura tonto.

Mamá, como si no hubiera oído nada, insistía en su tema favorito:

—Todos esos libertinos o libertarios terminan mal.

—Eso es falso —respondió papá—; muchos terminan muy bien y en cambio muchas perfectas uniones burguesas terminan muy mal. Por otra parte, lo de terminar bien o mal no es lo importante. Lo importante es el tiempo que se vive antes del término bueno o malo. Un grande amor puede

terminar mal y una unión convencional o forzada puede terminar bien, lo que no impide que el grande amor ha tenido años esplendorosos y que la unión forzada ha tenido años negros. El término es cuestión de un momento y ese momento no puede borrar todos los años pasados en la *vida* o en la *muerte*.

45. Mamá dijo a papá:

—Yo voy sumando, sumando. Veremos hasta dónde llega la suma.

Y luego le tendió una carta dirigida a papá por una tal Carmen, que le decía: «Prefiero estar al lado tuyo sin saber si me quieres, que junto a cualquier otro que me adore».

Papá contestó sin inmutarse:

—¿Con qué derecho te metes en mi escritorio? Yo también voy sumando, sumando, y un día se colmará la medida.

Mamá se hizo la desentendida:

—El señor Sultán tiene muchas admiradoras.

—Menos de las que desearía.

No pude sujetarme y grité:

—Y menos de las que merece. ¿Por qué tú, mamá, no eres la más admiradora de las admiradoras de papá en vez de ponerte frente a él en rival, en contendora?

Mamá sintió lo justo de mi observación y se quedó un instante perpleja. Sin embargo, su vanidad se sobrepuso:

—Sé que Alicia siempre estará de tu parte y en mi contra. Ha salido a ti.

Papá me miró con ojos de una inmensa ternura y dijo a mamá:

—En eso probaría haber salido a ti y no a mí. Tú siempre en las peleas entre tu madre y tu padre te ponías de lado de tu padre, te enfurecías con tu madre y le gritabas a la cara que estaba asesinando a tu padre, que le hacía la vida imposible, que no tenía derecho a molestarlo tanto.

—El caso era muy distinto; mi madre era siempre injusta.

—Naturalmente. En cambio tú eres la justicia en persona.

—Mi padre no era un libertino, ni andaba trotando en público con mujeres, ni recibía cartas de sus admiradoras, ni hacía nada grave.

Papá se quedó mirándola un momento lleno de compasión; luego, moviendo la cabeza lentamente, dijo:

—Nunca he dicho que haya sido un libertino, ni tenía por qué tener admiradoras. Tampoco encuentro nada grave el que haya tenido algunos amoríos y un hijo natural. Sabes muy bien que para mí la expresión *hijos naturales* es algo idiota y ridículo.

—Te ruego que dejemos a mi padre tranquilo.

—Puedes creerme que le tengo más simpatía de la que te imaginas y que lo prefiero infinitamente a todo el resto de tu familia. Adivino muchas cosas...

Antes que papá terminara su frase, yo murmuré entre labios la frase de mamá:

—Dejemos a mi padre tranquilo.

46. Papá tiene *algo* en la cabeza; yo lo veo a través de sus ojos, tiene algo que todos ignoramos.

¿Qué le está pasando a papá? ¿Qué designio se está formando en el fondo de su cerebro?

Papá mío, por favor, no me asustes.

Hoy he anotado esta frase que dijo papá en la tarde, poco antes de salir: «Cuando nos damos cuenta de que estamos suspendidos en un hilo sobre la desgracia, ¿cómo no sentir la tentación de cortar el hilo?»

¡Ay Dios mío! El vértigo, el vértigo.

47. Mamá ha pasado la tarde en reina Kui-Kui. La corte estuvo reunida en la isla Tarapata desde la hora del té.

¿Qué tienen que meterse todos esos cretinos en los asuntos de esta casa? ¿Hasta cuándo mamá se humilla y humilla a papá? Ella que se cree tan orgullosa y tan digna.

Gerardo, saliendo de la pieza de mamá, me dijo:

—Las Gómez le *tienen pica* a papá.

Al fin comprende algo. Yo le contesté:

—Las Gómez, la Breva Podrida, Pacheco, la Vásquez, todas odian a papá porque papá no las toma en cuenta.

Gerardo y yo entramos a la pieza de mamá justo en el momento en que mamá decía en tono solemne:

—Lo único que le falta es no llegar por las noches a su casa.

Gerardo me miró y soltó la risa.

—Están hablando de papá —me dijo por lo bajo, y como haciendo un gran descubrimiento.

—Papá se ríe de estas tontas —le dije yo.

—Son tontas y antipáticas porque son malas —agregó Gerardo—. Papá se ríe de ellas, ni siquiera les dirige la palabra.

Se quedó un rato pensativo y luego me dijo:

—¿Te has fijado en una cosa? Papá nunca habla con las mujeres feas a menos que sean muy inteligentes y nunca habla con las tontas a menos que sean muy bonitas.

Me quedé mirándolo. ¿Cómo? ¿Gerardo ha dicho esto? Para un habitante de la luna no está mal. No sé por qué me dieron ganas de abrazarlo y lo abracé. Habría llorado sobre su pecho, sobre su pecho de hombre, de muchachote inocente, despreocupado, que acaso ya empezaba a despertar a la realidad; habría llorado, pero no sé cómo pude contenerme. El podría ser mi aliado secreto, comprender mi angustia ante la tragedia que se siente en el aire. Pero seguramente él no siente nada. A veces la inocencia tiene intuiciones, tiene clarividencias que pueden engañarnos y hacernos creer que hay razonamiento en donde sólo hay rápidas vislumbres.

48. Papá supo que mamá había dicho: «Lo único que le falta es no llegar por las noches a su casa».

Nunca he sabido quién le repitió esa frase, pero creo que debe haber sido Gerardo. El pobre la ha repetido inocentemente.

Papá estuvo escribiendo en su cuarto de trabajo más de tres horas. Pocas veces lo he visto tan tranquilo. Tenía los ojos iluminados.

Salió con la lapicera sobre la oreja y pidió una taza de té. A los pocos momentos entró al comedor. Mamá estaba sentada a la mesa con Jaime y con tía Emilia.

Me cayó como un martillazo esta frase de papá:

—Hay personas condenadas a la desgracia, por tontas, por porfiadas, por taimadas.

Después dijo de pronto:

—Hay personas que se anulan entre sí. Muy a menudo porque una de ellas es ciega y pretende anular lo inanulable.

Jaime salió del comedor detrás de papá. A Gerardo y a mí, papá nos besó varias veces en la frente. Lo mismo a Jaime.

A las siete y media papá salió a la calle y no volvió a cenar. Yo no comí nada, no tenía ganas de comer. Gerardo estuvo jugando con Jaime.

A eso de las diez vino Pacheco. Yo no hablé con él ni media palabra.

Pasaron los minutos, lentos, demasiado lentos, como haciéndose de rogar. Pasaron las horas.

Papá no llegó en toda la noche. Es la primera vez que papá no duerme en casa.

49. Mamá se pasó la noche mirando el reloj y aguzando el oído.

Papá no llegó anoche a casa.

Mamá se levantó indignada, entró a la pieza de papá, que estaba vacía, y salió a la calle.

¿Indignada contra quién? Seguramente contra todo el mundo, contra cualquiera, menos contra ella misma.

50. Papá está dispuesto a molestar a mamá hasta que se le quiten las ganas de molestarlo a él. Se nota en sus actitudes que está dispuesto a todo. Es la guerra sin cuartel.

Llegó muy tranquilo a la hora de almuerzo con Eduardo Alba, muy sonriente, como si anoche no hubiera pasado nada, como si no hubiera dormido fuera de casa, y lo primero que hizo fue mostrarle una carta a Alba, una carta de una mujer que, según dijo, acababa de recibir. Estoy casi segura de que la carta era de esa Juanita que suele llamarlo por teléfono y que yo creo que es cualquier cosa menos un *flirt* de papá o que interese a papá. Si fuera una mujer que le interesara, estoy cierta de que la escondería más.

Papá dijo a su amigo mostrándole la carta:

—Mira qué frase tan bonita: «No sé nada. Lo único que sé es que te quiero. Yo adoro adorarte».

—Las mujeres enamoradas escriben cosas muy hermosas y que a veces colindan con la estupidez —dijo Eduardo Alba.

—Si no fuera por la firma te dejaría leer toda la carta. Es una carta perfecta.

Mamá se levantó de la mesa y pidió en voz alta que le llevaran el almuerzo a su pieza, Papá siguió hablando y riendo como si nada hubiera pasado. Alba estaba nervioso y no hallaba la hora de pararse de la mesa.

51. Gran reunión en la *isla*. La corte completa discutió en sordina durante toda la tarde.

De cuando en cuando se oían algunas frases un poco más audaces o menos vigiladas que lograban saltar las aduanas:

—Es un ser imposible.

—Hay que darle una lección.

—No tiene remedio.

—Algo ejemplar.

La que no tiene remedio es la reina Kui-Kui.

52. Mamá hablaba con Bertrand, el cual debía estar defendiendo a papá. Seguramente a una frase de mamá, que no alcancé a oír. Bertrand contestó:

—El noventa por ciento de los hombres anda con mujeres.

—Querría que mi marido perteneciera al diez por ciento restante.

—Ese diez por ciento se divide en dos mitades, la primera mitad se

compone de invertidos, la segunda de los que saben esconderse o que sólo viven pensando en esconderse.

—Creo que es usted un poco exagerado.

—Yo creo que usted debería pensar que si su marido no se esconde es porque no tiene nada que esconder.

—O porque en algo tiene que pertenecer a las mayorías, el tan excepcional en algo debía pertenecer al noventa por ciento.

En la ironía de mamá había algo tan agrio, tan áspero, que me hizo rechinar los dientes.

53. Yo quisiera no oír mi corazón para tomar el partido de papá con la seguridad de tomarlo libremente.

Estoy triste, muy triste.

Quisiera no tomar el partido de mi corazón, sino simplemente el partido de lo humano, que es el partido de papá.

54. Grandes discusiones en el cuarto de papá. Gritos, alaridos, amenazas.

¿Todavía hay alguien que emplea amenazas con papá? Sí, todavía hay alguien y ese alguien es mamá.

55. Hoy en la tarde salí con papá. Día encantador. Fuimos a ver sus montañas.

Habló con *sus* árboles, con *sus* nubes, con *sus* arroyos, con *sus* yerbas. Frente a papá todo vive, todo toma personalidad. Creo que la naturaleza entera adora a papá.

Al regreso nos encontramos con Eduardo Alba, que venía, por otro camino, del Pabellón del cerro, el Pabellón que está junto a la cascada. Al divisar a papá, corrió a juntarse con nosotros y nos sentamos un momento sobre unos troncos de árbol.

—¿Vienen de lejos?

—Sí, venimos de los cerros de allá atrás. En estos de aquí hay demasiada gente.

Eduardo Alba es muy simpático y muy inteligente. Habló con entusiasmo de un poema de papá, publicado en una revista extranjera. Después leyó tres poemas suyos que papá encontró magníficos.

—Eres un verdadero poeta —dijo papá—, lo cual es mucho más raro de lo que te imaginas. Tienes un gran poder de síntesis y se ve en tus versos que ya has alcanzado el *instante luminoso*.

—Ojalá esas palabras no sean sólo bondad. Cómo me gustaría frecuentar esas alturas, vivir en esas alturas y reconocer el *instante luminoso*.

—Cada vez se irá haciendo más frecuente y lo reconocerás no sólo cuando llega sino cuando se prepara.

Papá hablaba como un inspirado. Decía cosas maravillosas. ¿Dónde, en qué sueño he leído o he oído esas cosas?

—Sus signos son claros —decía papá—. Es algo inconfundible. Llega un momento en que el cerebro se hincha, se dilata, las sensaciones se multiplican y sin embargo hacen síntesis constantemente. Se producen claridades repentinas como relámpagos en el fondo del cerebro. La inteligencia llega a un punto de culminación, y así mismo la conciencia de la vida. Todas las visiones, todos los problemas, todas las dificultades, todas las sensaciones se resuelven en nuevos conceptos en un plano superior o, por lo menos, extraordinario. Se tiene el sentimiento de una vida superior, de un crecimiento del yo. El *instante luminoso* se caracteriza no sólo por esa irradiación de líneas a un punto convergente, sino también porque en él se logra el punto cúspide de la conciencia de sí mismo. Soy en medio de la luz. Soy y el mundo al pasar a través de mí se sale por el otro lado en nuevas síntesis que mi yo ha creado. Se siente la fusión del yo y del ser universal. La plenitud de la multiplicidad que desemboca en la unidad.

»Cuando aparecen las visiones, el poeta no puede dudar un momento de ellas. Aunque todo el mundo le dijera que son falsas, él sabe que no lo son en su plano de poeta, que sólo pueden ser falsas en el plano cotidiano. El poeta sabe que ese *instante luminoso* es una realidad y que vale más que toda su vida y que las vidas de todos los que no lo conocen. En ese instante surge del fondo de su ser su verdadero sentido, su razón de existencia, su yo íntimo. Allí frente a frente está nuestro propio fantasma envuelto en una luz sobrenatural, en una visión fascinante iluminada por una lumbré eterna, por un reflejo infinito. Nuestros ojos quedarán deslumbrados hasta después de la muerte. Es el éxtasis de los místicos, es la euforia maravillosa. El momento en que sentimos que somos toda la humanidad y todas las cosas del universo. En ese instante se despierta en nosotros una cuerda insopechada y toda nuestra alma vibra al ritmo de la unidad eterna.

Eduardo Alba se quedó mirando a papá como asustado y arrobado a la vez. La noche iba cayendo rápidamente. Papá estaba intensamente pálido, se había puesto de pie, su cuerpo temblaba un poco como si no tocara en la tierra, como si en medio del espacio el aire lo hiciera temblar.

Cuando volvimos a casa, todo me parecía tan pequeño, tan mezquino, que sentí verdaderas ansias de morir.

56. Papá regaló a Jaime una edición muy bonita de *Alicia en el país de las maravillas*, el libro encantador de Lewis Carroll, en la traducción francesa de Fayet, que es la mejor.

¡Qué poesía tan extraordinaria y tan fresca hay en ese libro! Papá leyéndolo goza como un niño. No, goza como un poeta.

Pero, ¿para qué queremos en casa otro país de las maravillas teniendo a papá? Para mí el país de las maravillas está en la boca de papá. Y yo soy la Alicia de ese país, y estoy segura de que he visto y oído cosas más extraordinarias que mi tocaya inglesa.

57. —Todos los días se cometen imprudencias —dijo hoy papá—. Cada día se comete una nueva imprudencia.

Estuvo hojeando papeles sentado en el *hall*. Jerónimo Costa lo miraba en silencio, con cierta curiosidad, como esperando algo. ¿Qué espera? Papá debe darle un manuscrito para una revista.

Papá dijo entre otras cosas:

—El amor puede ser el más bello castigo del hombre. ¡Qué imprudencia en un espíritu libre cambiar su libertad por el amor!

58. Mamá ha estado todo el día en plan de víctima. ¿Cómo no se da cuenta de que es ella misma la que se ha hecho víctima? Se diría que siente un secreto placer en esta actitud. ¿O será el arrepentimiento? No, mamá no es de las que se arrepienten.

Sin embargo, mamá nunca ha sido así, siempre me ha parecido más fuerte, más resuelta. ¿Pasa por un momento de debilidad o por un momento de duda? ¿O es un cambio de táctica?

Hay seres cuyo único goce es hacerse víctimas. Víctimas de todo, víctimas por todo. Cuando ya han agotado las razones de su desgracia, quemarían su casa para ser víctimas del azar.

59. Me quedé dormida con la cabeza apoyada sobre el pecho de papá.
—Alicia, eres Pompeya durmiendo al pie del Vesubio.

60. Papá es un temperamento generoso y le gusta que tengan confianza en él.

—Si el Vesubio hubiera sido un ser humano, no habría tenido valor para sumergir bajo sus llamas a la ciudad confiada, dormida inocentemente.

61. Papá es capaz de cualquier sacrificio si no se lo piden.

Si se lo piden es posible que vea un atentado contra su libertad. Habría que pedirselo con mucho tino.

Esta es la deformación que mamá ha creado en el espíritu de papá.

62. Yo creo que papá, casado con otra mujer, no habría pensado tanto en la libertad. Mamá ha creado un complejo a papá, y ya nunca podrá librarse de ese complejo. De algo pudo esclavizarlo, ya que no pudo de ella misma.

Papá es el esclavo de la libertad.

No creo que papá sea un Don Juan; siempre se ha reído de los conquistadores de oficio, pero si lo fuera, estoy segura de que es mamá la que lo ha convertido en ese personaje ridículo.

Mamá ha hecho de papá un aventurero sentimental.

Mamá ha hecho de papá un libertario.

Acaso todo esto sea mejor para el espíritu de papá, para su pleno desarrollo. En tal caso la posteridad deberá agradecerle a mamá.

63. Pacheco trajo un cuadro suyo a mamá. Papá miró el cuadro y creo que le gustó. Cada dos años, Pacheco pinta algo mejor que su producción general, bastante mediocre.

Papá le dijo:

—Eres el más vivo de los muertos que conozco.

64. —Papá, yo creo que la desgracia hace más profunda la vida que la felicidad.

—La desgracia, hija mía, hace más intensa nuestra visión, nos hace comprender mejor el mundo. El comprender mejor el mundo nos produce felicidad.

—Entonces, ¿no hay desgracia, puesto que la desgracia engendra la felicidad?

—Hay desgracia en los seres incapaces de estirar la desgracia hasta la felicidad.

65. Papá dijo:

—Un gran amor puede elevarnos al plano místico y darnos el sentido del universo.

—Qué sabrá nuestro Sultán de planos místicos —dijo mamá.

—No es en la iglesia de San Timoteo en donde saben lo que son los planos místicos. No son esos mochuelos negros los que van a enseñarnos en nada. Hoy día los únicos que saben algo de esas cosas son los poetas.

Después de un silencio, papá dijo a Bertrand:

—Un gran dolor nos dará el amor al dolor y por ese camino tal vez el sentido de la unidad eterna. La calma absoluta en las más altas regiones.

¡Y qué necesidad tenemos de calma!

66. Eduardo Alba vino a ver a papá. Estaba irritado por un artículo en el cual criticaban su gramática.

—Este tipo es un idiota —decía—; cree en una gramática de abecedario.

—¿Cómo puedes hacer caso a las críticas de un gramático?

—Es un impotente, es un tipo que nunca ha producido nada.

Papá, riendo de buena gana, le decía:

—Los gramáticos estudian tanto su ciencia muerta, hacen tanta gimnasia con la muerte, que nunca tienen tiempo para emplear su gramática ni crear un poco de vida. Monsieur Agiron, que era un gran gramático, decía poco antes de morir: «La gramática me impidió escribir un buen libro». Esto es falso. Si hubiera sido capaz de escribir un buen libro no habría sido gramático. No son las leyes de la gramática lo que nos importa, son las revelaciones de un alma, sus descubrimientos.

—El gramático es el tipo del impotente, es el busca piojos.

—No te molestes por tan poco, Eduardo; eso es un mal signo. Lo importante y lo difícil es decir lo que se quiere decir, o bien decir las cosas con tal emoción que la emoción lo supla todo. A veces los enamorados no pueden decir lo que quieren decir y dicen lo contrario, pero lo dicen de tal modo que resulta mejor que lo que querían decir.

67. La tía Josefa se estaba muriendo. Esta pobre señora ha hecho siempre todo el mal que ha podido, siempre en nombre de Dios y después de comulgar casi a diario. Admirable intrigante, supo sembrar la desgracia por todas partes. Adoraba el sufrimiento ajeno.

Agonizando, miraba desesperada hacia todos lados, con la tristeza de ver que nos íbamos a librar de sus garras.

Papá le dijo casi con dulzura:

—Vayase tranquila, señora, nadie será feliz.

No sé si comprendió o no comprendió las palabras de papá. Lo cierto, lo inimaginable es que contestó en un murmullo:

—Gracias, hijito.

68. Hoy en la tarde, papá estaba sentado en el *hall* con Bertrand y Jerónimo Costa. Al poco rato llegó Julio Gómez. El sueño de Julio Gómez es ser escritor. Me hace declaraciones de amor cursis y literarias que me dan ganas de reír a carcajadas porque no me es simpático. Todo su afán es que el grupo de papá lo tome en cuenta. Se siente al margen de las conversaciones y tiene la obsesión de quererse mezclar en ellas, cuando por su constitución cerebral tendrá siempre que estar al margen. Creo que este será un día un enemigo de papá.

Mientras los otros hablaban, el pobre Julio hojeaba un libro de un gran autor cuyo nombre no recuerdo. De pronto cierra el libro y exclama ingenuamente:

—Es difícil tener esas grandes ideas.

Papá le contesta:

—Si fuera fácil, no serían ésas las grandes ideas, serían otras.

69. Bertrand decía a papá:

—Yo tengo pasta de suicida; soy el rey del tedio. Todo es aburrido, todo es tonto, todo es la misma cosa de la mañana a la noche, ayer, hoy, mañana. La misma idiotez. Ya sabemos que no hay nada nuevo bajo el sol.

Papá lo mira con profunda simpatía y le dice:

—Debemos vivir como si no lo supiéramos.

Luego, después de un corto silencio:

—Además, hay mucho nuevo bajo el sol.

Después de otro silencio:

—También se podría afirmar que todo es nuevo bajo el sol.

70. Papá tiene un gran poder de irradiación. La tristeza de papá se comunica a toda la casa, a todos sus amigos y a todo lo que lo rodea.

Lo mismo su alegría.

Sin embargo, papá en la tristeza o en la alegría conserva siempre una gran serenidad, una especie de inmutabilidad. Algo así como una estatua rodeada de espinas o de flores.

Papá tiene algo majestuoso que atrae y aleja a la vez.

71. Bertrand: —Yo creo que *nada* vale la pena y por eso no me inquieto de nada.

Papá: —Yo creo que *todo* vale la pena y por eso no me inquieto de nada.

72. Doña Carlota Duval es una persona absurda y cómica. Uno de esos seres flotantes que nunca pueden decir no.

Está con mamá contra papá y está con papá contra mamá.

Hoy, después de la comida, vino Joudaux a ver a papá. Traía un libro sobre las teorías de Einstein, que era lo más explicativo y lo más claro, según él, sobre la obra del gran matemático.

Dijo Joudaux que un sacerdote, profesor de Física en no sé qué colegio, atacaba violentamente a Einstein en sus clases.

Papá le dijo:

—Debe ser un idiota. Después de Einstein y de su teoría sobre el Tiempo y el Espacio, los católicos, que siempre tratan de acordar su teología con la ciencia de la época, deberían empezar ya a decir que Dios es el punto en donde se encuentran el Tiempo y el Espacio, que Dios es la amalgama del Tiempo-Espacio.

»Esta vez parece que se han quedado dormidos.

»Las gentes no se dan aún cuenta y no saben por qué las teorías de Einstein le darán al hombre un mayor sentido colectivo.

73. El escultor Bellonte, el hombre más vanidoso que he conocido, dice a papá, como en un gran homenaje:

—Si yo no fuera yo, querría ser usted.

Papá le contesta, sonriendo:

—Si yo no fuera yo, querría ser yo.

Parece anécdota de almanaque inglés.

Papá es terriblemente orgulloso con los orgullosos y terriblemente humilde con los humildes. Frente a los orgullosos crece, crece, se agiganta hasta desaparecer en el espacio; frente a los modestos, se achica, se hace diminuto, minúsculo hasta desaparecer en la tierra.

Creo que papá no debería inmutarse ni por los unos ni por los otros. A lo mejor no se inmuta y su agrandamiento y su empequeñecimiento son sólo una diversión o lo hace para ponerse a tono.

74. No sé qué estarían hablando en el cuarto de mamá, pero cada día entiendo menos que mamá pueda hacer alianzas con alguien en contra de papá, ni siquiera que pueda comentar con alguien las cosas de papá.

La Breva Podrida decía:

—No comprendo cómo Dios no castiga a seres como tu marido.

¡Canalla! ¡Hipócrita! Dios prefiere castigar a personas como tú, que viven deseando castigos para los demás.

Estoy segura de que Dios odia a la Mariana Toro.

Y como castigo, qué más castigo que mirarte al espejo. Ningún santo te ha dado marido ni te dará un amante. No hay santos tan milagrosos.

En la tarde, cuando llegó papá, lo abracé y lo besé cien veces.

—Papá, la Mariana Toro me repugna.

Papá no preguntó por qué lo decía y yo no se lo habría contado de vergüenza por mamá. Papá me dijo con una calma algo triste:

—Hay que perdonar a esa pobre mujer. Su alma no ha conocido nunca el calor de un sentimiento, ni la pasión, ni el dolor, ni la alegría, ni la ternura, ni el amor. Es un alma vacía que no posee nada, ni aun la bondad. Ni siquiera la resignación.

75. Mamá querría que toda la humanidad viera el mundo como ella lo ve. Papá querría que toda la humanidad viera el mundo muy distinto de como él lo ve. Y luego que todos expresaran su visión. ¡Cómo gozaría con la variedad de las visiones!

76. Cuando Gerardo miente, mamá se enoja y le dice mentiroso durante tres días.

Papá dice que ese es el peor sistema de educación. Papá, cuando lo atrapa en una mentira, hace el elogio de la verdad y de los que dicen la verdad; hace el elogio del mismo Gerardo, que *siempre dice la verdad*, que nunca miente.

Gerardo se pone orgulloso y he podido observar que después pasa meses sin mentir. Lo que prueba que el sistema de papá es mejor que el de mamá.

—Recuerdo que cuando era niño —cuenta papá—, a un tío mío se le ocurrió decir que yo era mentiroso. Toda la familia, sin mayor examen, siguió repitiendo que yo era mentiroso. En realidad, yo no era mentiroso. Es posible que mintiera alguna vez, pero en el fondo detestaba la mentira. Era demasiado audaz, demasiado brutal y sin prejuicios para ser mentiroso. Pero recuerdo que desde entonces sólo a ese tío mentía y gozaba engañándolo.

77. Mamá ha estado furiosa por un poema de papá, titulado «Eva», que salió ayer en una revista.

Hay que advertir que esa Eva llamó a papá por teléfono para agradecerle el poema... que yo creo difícil que ella haya entendido ni en un treinta por ciento, a menos que esté acostumbrada a la poesía de papá.

Mamá dijo:

—Pronto tendremos todo el calendario en poemas.

78. Papá ha escrito un poema que se llama «Olga» y otro que se llama «Sofía».

Dijo que tenía que ir hoy mismo a leérselo a la una y mañana a la otra.

Papá le está *dando* razón a mamá. O, como él dice, le está regalando argumentos en su contra.

—Nada más agradable que regalar argumentos al contendor.

Todo esto sería cómico si no fuera trágico.

Mamá no entenderá nunca a papá. Y es de una imprudencia realmente loca.

79. ¿Qué pasa? Se siente la atmósfera demasiado pesada en esta casa. ¿Qué sucede?

Nada. La lucha de un sultán de Turquía con una reina de las islas. La lucha entre dos absolutistas.

80. Eva escribió a papá. O por lo menos así cree mamá. No está segura, pero trata de sonsacar indicios a los amigos de papá. Es un viejo sistema suyo.

Cuando papá lo sepa, va a arder Troya.

Hay seres que tienen el don de crear conflictos. Hay otros que tienen el don de evitarlos, que saben bordear las tempestades. ¿Por qué mamá no pertenecerá a estos?

81. Papá supo que mamá había tratado de sonsacar a sus amigos si Eva le había escrito.

No pareció muy enojado o por lo menos lo disimuló muy bien. Esto me parece un peor síntoma. Habría preferido verlo echando chispas.

Jerónimo Costa vino a ver a papá y se quedó a cenar con nosotros. En el comedor papá habló demasiado de mujeres, de bailes, de fiestas y lanzó algunas frases con evidente intención de provocar un estallido.

Recuerdo algunas de sus frases:

—Los antiguos salteadores de caminos gritaban: «La bolsa o la vida». Hay personas cuya presencia nos está gritando todos los días: «La libertad o la vida». Como para muchos la libertad es la esencia de la vida, esa frase implica una redundancia, es como pedirles: «La vida o la vida».

»Hay personas que esterilizan, personas junto a las cuales no se puede hacer nada; la vida se estrecha, se aprieta, se cohíbe. Personas cuya sombra destruye las más grandes energías, mata todos los entusiasmos.

»Hay seres que a todo le ponen el signo *menos* por delante, que viven detrás de un gran signo menos.

De pronto y con una gran fuerza en la voz:

—Yo no puedo gastar mis energías en pelear tontamente o en tratar de mantener intacta mi personalidad.

»Cuando se ha peleado todo el día fuera de casa, no es soportable llegar a su casa y tener también que pelear en ella. La batalla por fuera y por dentro es demasiado.

82. A veces se me figura que papá quiere probarse su libertad a sí mismo.

Hoy lo he notado un poco inquieto, como buscando algo. No parece satisfecho de las frases que dijo ayer o tal vez está descontento porque esas frases no tuvieron un resultado bélico inmediato.

Eduardo Alba comió con nosotros. Durante la comida papá estuvo preparando sus cañones. Decididamente él encuentra que aún no ha castigado el atentado de ayer.

Poco antes de servir el café, papá dijo a Eduardo Alba:

—Te convido para que el domingo vayamos al balneario X con Sofía y otra amiga para ti. Podemos pasar la noche allá y volver el lunes.

Eduardo Alba se puso nervioso y miraba a papá con cierta angustia. Mamá dijo con tono agrio:

—Ya has pasado la noche fuera de casa. No nos extraña que esto se repita.

Papá, muy sereno y con un evidente regocijo interno:

—Es preciso irse habituando, porque de repente puede llegar un día en que la ausencia sea muy larga.

Al levantarse de la mesa me pareció ver que papá estaba completamente satisfecho.

83. Mamá tiene el ceño duro, taimado. Papá está sonriente, jovial. Mamá hace la guerra mucho más en serio que papá. Me temo que por eso está condenada a perderla.

Si mamá tenía algún prestigio ante papá, ha empleado toda su habilidad en irlo perdiendo día a día.

El más gran deseo de mamá: que papá pierda su personalidad o que la rebaje a la cuarta parte.

Se me ocurre que mamá piensa que la suya aumentaría en la misma proporción.

Cuando hablan bien de papá, si no es en presencia de él, mamá no parece molestarse. Pero si es en presencia de papá, ella pasará tres días preocupada en rebajar todo lo que han dicho, para que papá no vaya a *montarse* demasiado.

¡Como si a papá le importaran algo las alabanzas!

84. Papá pasó todo el día de ayer en el campo y volvió hoy lunes en la tarde. Mamá estaba en su cuarto de costura con toda la corte.

Papá me dio un beso, hizo cariños a Jaime, preguntó por Gerardo, que no estaba en el *hall* cuando él llegó y se encerró en su escritorio.

Al cabo de un momento salió de su escritorio y me preguntó:

—¿La reina Kui-Kui está en la isla Tarapata? Dile que se levante de su trono y que venga un momento.

Cuando mamá entró al *hall*, papá le preguntó de un modo seco:

—¿Estuviste registrando en mi escritorio?

Mamá le contestó:

—¿Tenías algo que esconder? ¿Por qué te asustas tanto?

—No me asusto en lo más mínimo. No te des el placer de engañarte a ti misma; no me asusto y lo sabes muy bien. He ordenado repetidas veces que nadie tiene que meterse en mi escritorio, y mucho menos en mis papeles, sin mi permiso.

—Serían las ánimas.

—Bueno, advierte a las ánimas que yo las voy a hacer pasar del purgatorio al infierno.

Mamá le dio vuelta la espalda y se dirigió majestuosa hacia su cuarto de costura.

85. La corte pasó toda la tarde en cuchicheos y en reojos.

Cuando se fueron, entré un momento a la *isla* a buscar unas tijeras. El aire estaba pesado, espeso, estaba lleno de insectos venenosos.

A la hora de la cena, papá dijo a mamá:

—Me parece poco digno de la Perfección andar ratoneando en los papeles ajenos, aunque tal vez fue la reina Kui-Kui. Te prohíbo poner los pies en mi escritorio sin mi permiso.

Mamá le contestó:

—Haz lo que quieras, yo voy sumando.

—Y yo también.

86. La Perfección desearía tender los rieles por donde ha de pasar papá, hasta la última estación de viaje.

La reina Kui-Kui querría ver al Sultán de rodillas ante su trono.

Creo que no realizará ninguno de esos dos anhelos.

Fui al cuarto de mamá y le dije:

—¿Qué ganas con ponerte en contra de papá? Jamás lo vas a doblegar.

—¿Vienes a darme consejos? —me contestó—. Naturalmente la anarquista tiene que estar siempre al lado de su padre.

—Es que lo malo, mamá, es que haya el *lado* de papá y el *lado* tuyo. Lo malo es que se haya creado este antagonismo. Tú debías haber estado siempre del lado de papá y entonces no existirían estos lados opuestos.

—Habría que averiguar quién fue el primero que creó ese antagonismo, quién fue el primero que se puso en plan de guerra.

—Estoy segura de que no fue papá. Y aunque hubiera sido papá, conociendo su carácter, tú debías haber retrocedido y no ponerte en pie de guerra. La prudencia más elemental exigía ese sacrificio de tu parte.

—¿Y él no podía sacrificarse?

—Seguramente el sacrificio para él era mucho mayor que para ti. En su sacrificio había muchos sacrificios. Su personalidad sale de lo común, la tuya no.

—Habló el Sumo Pontífice. Eres igual a tu padre. Es claro, soy yo la que debo sacrificarme, sacrificar la lógica, el sentido común, y él debe hacer lo que se le antoje, llevar una vida de escándalos.

—Los escándalos los armas tú, mamá, gritando con trompetas en los tejados todo lo que hace papá. Apostaría que la mayoría de los habitantes de este país hacen cosas mil veces peores, pero sus mujeres son más prudentes que tú y saben guardar silencio, y esto que ninguno de sus maridos tiene nada de excepcional.

—Yo no tengo que meterme en lo que hacen los demás. A mí me interesa el respeto de mi casa, el orden en mi casa.

—¿El orden o tu vanidad?

—Lo mejor es que te calles, anarquista.

—Nunca me meto en tus cosas. Me había prometido no mezclarme en nada, para que después, pase lo que pase, nadie pueda culparme en lo más mínimo. Hoy no he podido contenerme. No sé por qué he roto mi consigna. Creo que lo he hecho por tu bien.

—Mi bien lo conozco yo mejor que tú.

Siento que esta noche dormiré mal y que ni siquiera podré leer.

87. Hoy en la tarde estuvieron a ver a papá, Bertrand y el profesor Trauber, un notable biólogo alsaciano.

Discutieron de muchas cosas que yo no conozco. Bertrand hablaba del enigma del destino humano. ¿Qué significa la vida del hombre? ¿Por qué vivimos? ¿Tenemos realmente un destino total? ¿A dónde vamos? ¿A qué debemos llegar? ¿Cuál es mi destino en este destino total de la humanidad?

Este enigma del destino es el origen de la angustia, y la angustia está en la base de toda filosofía y de toda religión.

Trauber dijo:

—Nuestro destino no es otro que realizar el Hombre o el Superhombre o el Archisuperhombre. Preparar esos hombres que vivirán en el último año de vida de nuestro planeta.

Dijo Bertrand:

—Pero eso no soluciona el problema, porque yo personalmente tengo que hacer algo, tengo que llegar a algo.

Papá le respondió:

—Son muchos los que buscan, ¿pero cuáles son los que llegan? En realidad, nadie llega, porque ¿a dónde hay que llegar? ¿A qué hay que llegar? Los únicos que llegarán serán los hombres que vivan en el último año de la Tierra. Sólo ellos sabrán de qué se trataba y para qué existió el hombre. Naturalmente esto no resuelve el problema personal mío, lo alarga, lo pospone.

—Sí, lo resuelve —exclama Trauber—. Lo resuelve puesto que sé que mi destino serán los últimos hombres de la Tierra.

—En realidad no lo resuelve. Yo sé que esos últimos hombres sabrán de qué se trataba, cuál era la razón de la vida; sé que ellos la sabrán, pero yo no la sé. Además, tampoco sabemos con certeza que ellos la sabrán, podemos suponerlo, no asegurarlo.

—La razón es ellos mismos —dijo Trauber.

Bertrand contestó rotundo:

—Mi angustia sigue en pie.

—La angustia —afirmó papá— viene del sentimiento íntimo de que sabemos sin saber.

Hablaron mucho rato. Cuando Trauber se despidió para irse, Bertrand le dijo sonriente y palmeteándole la espalda:

—Los sabios son unos señores que saben muchas cosas que habría que saber bien.

Trauber y papá rieron de buena gana.

Todos se fueron. Papá también salió a la calle. La angustia me ha quedado a mí, una angustia atroz como si fuera la primera vez que pienso y que siento mi pensamiento.

88. En casi todas las familias existe un pariente mito, un pariente tabú. No se le discute, no se le analiza; se habla de su talento único, de su saber único, de su criterio único. Se cree en él como en un artículo de fe. En nuestra familia el pariente mitológico es el tío Crisóstomo. En su juventud pronunció tres discursos, uno sobre política, otro sobre filosofía y otro sobre moral. Estos discursos fueron recopilados en un volumen que poseen todos los miembros de la familia. Ante cualquier acontecimiento grave, ante cualquier dificultad nacional, todos los miembros de la familia exclaman: «El tío Crisóstomo es el único hombre capaz de resolver este asunto».

Al saber ayer la noticia de que el tío Crisóstomo se está muriendo, me decidí a leer su libro. Nunca he leído nada más tonto, más banal, más lleno de lugares comunes. ¡Ay de mí, si hubiera dicho esto en presencia de otros parientes! Atreverse a discutir a semejante genio. Y pensar que nuestros parientes seguirán repitiendo hasta el fin de los siglos que el tío Crisóstomo es un talento superior, cuya profundidad no está al alcance de nadie.

Pregunté a papá si había leído el libro del tío Crisóstomo. Papá me dijo que sólo lo había hojeado y que le había parecido tan estúpido que no iba a perder su tiempo leyéndolo. Le gustó mucho saber que yo no había aceptado el dictamen reverencioso de la familia, que había querido formarme mi opinión propia y que pensaba como él.

Aparte sus cualidades intelectuales, el tío Crisóstomo es un viejo hueraño, egoísta, avaro hasta el último límite de la avaricia. Uno de sus hijos se suicidó porque él no quiso pagarle una deuda, y una de sus hijas está tuberculosa en un sanatorio de tercer orden. Pero todo lo que él hace está bien hecho, es perfecto, es lo mejor que podía hacerse.

El tío Crisóstomo tiene más de ochenta años. Ha ido enterrando a todos los viejos de su generación y era tal el goce que sentía en irlos enterrando que no se asustaba de ver que pronto le llegaría a él su turno. «Ya no quedan sino tres». «Ya no queda sino Fulano», decía con cierta voluptuosidad, como si se tratara de las eliminatorias para un *match* final que él debería ganar. «Esta mañana fui a dejar a Zutano», decía. Lo cual significa que fue al entierro de Zutano. «Mañana a las diez iré a dejar al pobre José María», dice el tío Crisóstomo, en un tono que no tiene nada de Marcha Fúnebre y mucho de Marcha Triunfal. La muerte de cada uno de sus amigos es un triunfo suyo.

Dicen que es muy rico, que tiene una gran fortuna. Mientras su fortuna iba aumentando de volumen cada día, sus hijos iban disminuyendo de un modo alarmante, hasta parecer transparentes, sombras de sombras.

Ahora el tío Crisóstomo está agonizando. Pero ha ganado la carrera, porque él es el último sobreviviente de su grupo. Toda la familia rodea su cama. Su hijo y sus dos hijas me parecen los menos tristes.

De repente pasó un gran estremecimiento a través de la espina dorsal de la familia. El tío Crisóstomo ha dado el último suspiro.

Es la primera vez que da algo.

89. Papá no se siente obligado a entristecerse por la muerte de todos sus parientes. No se siente obligado a querer a un señor por el sólo hecho de ser miembro de su familia.

Muchas veces le he visto triste por la muerte de amigos que no veía desde muchos años o por la muerte de otros que apenas conocía, pero que debía estimar muy profundamente.

Recuerdo que el día de la muerte de Lenin, papá estuvo deshecho, mudo, cabizbajo, y pasó así mucho tiempo. Recuerdo que de cuando en cuando se escapaban frases de sus labios: «Muere el hombre que ha planteado el problema de la vida, el hombre que hará triunfar la vida. Ha muerto el vencedor de la muerte. El más grande soñador de la historia humana».

La muerte del tío Crisóstomo no lo ha inmutado. Esto parece muy mal a mamá.

90. La tía Matilde, hija del tío Crisóstomo, vino a pedir a papá un artículo sobre la obra de su padre.

—¿Quién mejor que tú podría hacerlo?

Papá le respondió:

—Yo no puedo hacerlo. No conozco la obra de mi tío.

—¿Cómo? —dijo tía Matilde—. ¿Serías la única persona culta en el mundo que no ha leído su libro?

—Así es. No lo he leído.

—Debes leerlo. Tú estás más obligado que nadie a escribir sobre él; papá y tú eran los intelectuales de la familia.

—Mi tío, tal vez; yo no.

Tía Matilde se fue desconcertada y creo que un tanto molesta.

91. El hombre tiene miedo a la muerte por un excesivo amor de sí mismo. ¿Cómo, yo voy a desaparecer mañana? ¿Yo, yo en persona? Se ama demasiado y ese amor lo lleva a una esencial vanidad, a una sobreestimación de sí mismo. Le repugna pensar en su nada. Le es intolerable imaginarse cadáver.

Queríamos ser infinitos porque nos amamos infinitamente.

92. Pregunté a papá si creía en otra vida superior después de esta.

Papá me dijo que no creía.

—La creencia en otra vida después de esta obedece a una especie de recuerdo celular de un cambio de vida que ya hemos pasado. Angustioso recuerdo inscrito en nuestra subconsciencia de la vida subterránea, oscura

en el vientre de la madre, angustioso recuerdo del paso de esa vida a la vida del aire, de la luz. Recuerdos que nos inducen a crear la idea de otro proceso semejante después de esta vida.

93. Bertrand dijo hoy a papá:

—El suicidio es lo único lógico.

Papá le respondió:

—El suicidio no es lógico para todos. Es lógico para los suicidas. Es lógico cuando llega el momento en que un hombre se dice: «Tengo que hacer más esfuerzos para resignarme a vivir que para resignarme a morir».

—Qué triste pensar —exclamó Bertrand— que el suicidio obedece también a la ley del menor esfuerzo.

—Todo obedece a la economía.

—Me consuela pensar que mi muerte dará la tranquilidad a mi mujer, mi pobre mujer tan demasiado inquieta. Es una razón de suma importancia. Deberíamos matarnos pensando en nuestras viudas.

Papá sonrió y dijo alegremente:

—Te equivocas. Para muchas mujeres el gran dolor de la viudez consiste en no encontrar sobre quién ejercer su tiranía.

94. Papá es un carácter con temperamento.

Mamá es un carácter sin temperamento.

Después que escribí esas frases, iba a borrarlas y a poner en su sitio estas otras:

Papá es el pensamiento con clima cálido.

Mamá es el sentimiento con clima frío.

No he borrado las primeras, porque se me ocurre que se completan.

95. Bertrand me dijo hablando de papá:

—En tu padre hay un cincuenta por ciento de gran místico y un cincuenta por ciento de gran sensual.

»En el pecho de tu padre Dios y el Diablo se libran un magnífico *match* de box.

Quisiera saber quién ganará el *match*. Mamá diría el Diablo, yo digo Dios. Y pienso que papá diría *match* nulo. Papá debe creer que el único que ganará es él, porque él sabrá aprovechar el calor de las chispas de la lucha. Lo interesante es el drama que resulta de esa lucha.

En realidad, papá no cree en semejante *match*. Frases de Bertrand.

96. Papá, definiendo la poesía: «Es preciso ver por todos los que no ven».
En realidad, todos miramos, pero hay tan pocos que ven.
Papá, hablando de Jaime: «Me da miedo este adorable niño, tan sin energía, tan sin voluntad. No tiene energía sino para soñar».

97. Bertrand dice a papá:
—Tienes tanto orgullo que te crees modesto.
Papá le responde:
—Es posible. Los sentimientos se estiran hasta convertirse en sus contrarios. Si mi orgullo se estiró hasta la modestia, quiere decir que soy modesto.
—Tu orgullo es tan orgulloso, que no se da cuenta de su orgullo.

98. Papá ama lo desconocido, ama lo desconocido en lo material y en lo espiritual. Tiene algo de explorador.
¡Qué terrible y peligrosa raza es esta raza de descendientes de los más grandes aventureros de la Historia!
Esta raza, para llegar a su equilibrio perfecto, necesita mezclarse con la raza más sedentaria del mundo.
La raza del hombre-río hay que mezclarla con la raza del hombre-árbol.

99. Estoy casi segura de que si dejaran solos a papá y a mamá en una pieza, al cabo de un rato se echarían el uno al cuello del otro en un abrazo cálido y profundo.
Desgraciadamente, esto no sucederá; porque ambos quieren continuar la lucha hasta que uno caiga vencido.
Ambos tienen la particularidad de poder tragarse el alma cuando el alma llega al borde de los labios.
Hay ciertas personas que pueden, valiéndose de un subterfugio del cerebro, escamotear el alma.

100. Fui acompañando a mamá a casa del médico. Hay muchos mendigos en la ciudad. En tan corto trayecto nos salieron más de diez a pedir limosna.
Mamá les dio a los que parecían más pobres o menos profesionales de la mendicidad. Varias veces vi brillar lágrimas en sus ojos. Mamá es un ángel. Por qué me diría con un cierto tono duro:
—Me gustaría saber si los anarquistas como tu padre dan limosnas.
Esa frase no me hizo olvidar sus ojos húmedos. Mamá es un ángel. Pero ¿por qué sus ojos no se humedecen de amor y de piedad cuando ve a

nuestro adorado aventurero saltando sobre los abismos? ¿Por qué se ponen tan duros y tan agresivos?

Mamá está asustada y conmovida de ver tantos pobres harapientos.

A mí me parece que lo más triste en los mendigos es que han perdido la vergüenza de pedir.

101. Dijo papá:

—El amor atrae y espanta al mismo tiempo. Es un ojo de serpiente.

¿Por qué papá dijo esa frase, de pronto, como saliendo de un sueño o de una larga reflexión?

102. Papá publicó un poema muy hermoso, titulado «Incógnita» y dedicado a Eva.

Mamá estuvo muy enojada durante la comida. Yo, en su caso, habría dicho a papá sonriendo o fingiendo no darle mayor importancia: «Estos poetas siempre necesitan algún pretexto, siempre necesitan estimulantes. No pueden rejuvenecer sus sentimientos por sí solos».

Y luego habría elogiado su poema mirándolo desde el simple punto de vista poético.

Creo que este es el modo de obrar que indica la cordura y que en poco tiempo desarmaría completamente a papá.

103. Mamá volvió a registrar el escritorio de papá. Estoy indignada, estoy furiosa con ella.

Papá le puso una chapa nueva a su escritorio y ahora lo mantiene siempre con llave.

Mamá dijo:

—Esto es el colmo de la insolencia.

Papá respondió:

—El colmo de la insolencia es atreverse a tocar mis papeles.

Mamá dijo, temblando de cólera:

—No olvido tus ofensas. Voy sumando, sumando.

Papá le contestó:

—Yo tampoco olvido las tuyas, y también voy sumando, sumando.

—Puedes creerme que no te perdonaré estos insultos tan fácilmente.

—¿Estás loca, mujer? No cambies los roles, los insultos son tuyos.

—Tú, tú que vives como un inconsciente, haciendo lo que te da la gana.

Pero nunca jamás olvidaré tus ofensas.

—Yo olvidaré las tuyas y creo que muy pronto.

Mamá es de una imprudencia absurda, loca, temeraria. Desafía a papá en su punto más sensible: su independencia.

104. La lucha entre papá y mamá va agudizándose de día en día. Según papá, esta lucha empezó a esbozarse al poco tiempo de casados. Mama comenzó entonces a mostrar veleidades de hacer triunfar su voluntad y de imponer un cierto dominio. Esto fue lo que excitó los sentimientos de independencia y libertad en el espíritu de papá.

Según mamá, fue papá el que empezó a mostrarse demasiado independiente. Llegaba tarde, entraba y salía sin decir jamás de dónde venía ni a dónde iba, pasaba la mitad de la noche discutiendo con artistas en su escritorio, vivía en un completo desorden y tal vez entonces empezó ya a tener algunas amistades femeninas.

Delitos no tan graves, en mi opinión, como para perder el tino, entrar en furor a menudo y hacer la vida común imposible.

Supongamos que la inclinación a las mujeres de papá fuera un tanto exagerada. ¿Es una razón para perder toda prudencia quienes se creen con las más altas cualidades del espíritu?

105. Sin duda alguna, lo que es más intolerable a papá es que mamá se siente con demasiados derechos sobre él; mamá parece creerse dueña de él por la ley, porque la ley le confirió ese derecho. No trata de conquistar ese derecho cada día, sino que lo exige.

Mamá debe tener muy desarrollado el sentido de la propiedad.

106. Mamá ha creado en el alma de papá la obsesión de la libertad y de la independencia absoluta. Ha ido fortificando en él esos sentimientos que seguramente los tuvo siempre latentes, los ha ido fortificando con el hecho sólo de quererlos rebajar. Los ha hecho subir de tono, pasar del grado de sentimiento puro al grado de necesidad.

En el alma de papá el sentimiento de la libertad se ha convertido en un vicio, lo obsesiona, lo persigue, lo visita día y noche, no lo abandona un momento. Atraviesa toda su alma de parte a parte. Es su columna vertebral, su contextura íntima.

En papá esta obsesión de libertad, exasperada por los continuos atentados a su independencia individual, es ahora una verdadera enfermedad. Su natural sentimiento de la libertad ha perdido toda espontaneidad. En su alma

ya no existe la libertad como él la querría, la libertad virgen, despreocupada de sí misma, la libertad libre. Su sentimiento está siempre a la defensiva, está en continuo sobresalto. Es la libertad prisionera de la libertad.

107. Papá lanza sus actos de independencia, sus gestos de libertad, sus actitudes de rebeldía a la cara de mamá, como un desafío; más que como un desafío, como bombas explosivas.

Papá nunca tratará de justificarse o de dar excusas, que es lo que desearía mamá, precisamente porque mamá parece esperar excusas o justificaciones. Papá debe pensar que eso sería sentar el precedente de que mamá puede esperar de él aclaraciones de sus actos, y lo que él quiere es que mamá pierda toda esperanza de intromisión en su yo.

Creo que esa indiferencia de papá hacia los derechos de mamá, ese no darse nunca por recibido de tales derechos, es lo que más exaspera a mamá.

Sin embargo, estoy cierta de que si mamá hubiera tenido algún conocimiento del alma humana y siquiera un poco de conocimiento del alma de papá, jamás se habría llegado a este estado de cosas, a esta agriedad absurda de la lucha. Creo que su obstinación y su testarudez obedecen sólo a su desconocimiento del alma humana, no creo que obedezcan al placer de provocar, como tal vez lo cree papá.

Recuerdo ahora una frase de papá que revela su estado de espíritu. Una vez papá dijo a mamá en una discusión:

—No tienes derechos sobre mí porque una ley cualquiera te los acuerde, sino si yo te los acuerdo, si a mí me da la gana acordártelos y por el tiempo que yo quiera acordártelos y que yo puedo retirar cuando se me antoje.

108. Se me ha venido a la memoria lo que me dijo Bertrand hace cierto tiempo:

—En esta casa tu madre representa la tierra, tu padre el espacio. Tu madre es el cuerpo, tu padre el espíritu. El cuerpo siempre se asusta del espíritu. El espíritu es la libertad, el cuerpo es la esclavitud. La libertad se inquieta del cuerpo, se admira de sus pretensiones. La esclavitud se inquieta del espíritu, se espanta de sus pretensiones. Se ha creado la oposición. Empieza la lucha, el tiroteo de ambos lados que, desde el primer momento, se miraron con desconfianza.

Yo le pregunté:

—¿No hay una manera de suavizar esa oposición? ¿No existe un nexo que pueda unir esos principios opuestos?

Bertrand me respondió sin gran seguridad:

—Claro que debe existir, tal vez es posible en personalidades menos fuertes que tu padre y tu madre.

—¿Entonces usted piensa que esto no tiene remedio?

—No tiene remedio, a menos que uno de los dos se resigne al sacrificio. Lo que me parece difícil.

109. Decididamente, el sentimiento de su independencia está en papá en un estado de sobreexcitación, de sensibilidad increíble.

Si alguien le dice: «Obra como te plazca» o «Haz como te dé la gana» o «Tú eres libre de obrar a tu antojo», papá se ofende. Se diría que piensa que dudan de que siempre hace lo que mejor le parece.

110. Hemos salido al campo por diez días. Papá convidó a Eduardo Alba, que es el poeta que prefiere entre los jóvenes poetas de hoy. Yo gozo oyéndolos hablar.

He salido una vez a pasear con ellos a caballo y espero que saldré todos los días. Se diría que el campo se anima al contacto de papá, se siente un calor y una vida especiales.

La naturaleza comprende a papá.

111. Hoy en la mañana papá estuvo escribiendo largo rato. Después salió a dar un paseo a pie con Eduardo Alba. Mamá no parece simpatizar mucho con Eduardo, tal vez porque Eduardo estima demasiado a papá y está siempre muy de acuerdo con él.

En la tarde salimos a caballo, papá, Eduardo Alba, Gerardo y yo.

Los ojos de papá se agrandan de un modo increíble, como si fueran de elástico. Parecía que sus ojos querían tragarse el mundo.

Papá dijo a Eduardo Alba, entre otras cosas:

—Toda poesía debe ser una revelación, un descubrimiento. Una obra de arte no tiene ningún valor cuando nada nos descubre y nada nos revela.

»El hombre es un animal creador.

»La técnica, que el hombre ha creado, le irá haciendo cada día más creador.

»El hombre llenará el mundo con sus creaciones, tanto en el orden técnico como en el orden estético.

»Es preciso libertar las cosas de la esclavitud de la naturaleza para someterlas a la esclavitud del hombre.

Cuando volvimos a casa, el sol moría lentamente entre grandes nubes rojas y violetas como un rey rodeado de príncipes y obispos.

112. Hoy, a la hora del almuerzo, Eduardo Alba preguntó a papá:

—¿Cuál es el origen del espíritu creador en el hombre?

Papá dijo:

—Mucho se podría escribir sobre ese tema. Se puede afirmar que la necesidad. Yo prefiero decir que la alegría de vivir o el miedo a la muerte.

—Pero podría llegar un momento en que el espíritu creador del hombre no pueda crear más, en que se hayan agotado sus posibilidades.

Papá afirmó convencido:

—Eso me parece imposible. Las posibilidades de nuestro cerebro, sus combinaciones, son ilimitadas. Si se pudiera construir una red de alambres con todas esas combinaciones, haríamos una red en la cual cabría todo el universo.

Eduardo Alba habló de la belleza. Papá dijo:

—La belleza es contingente en cuanto a concepto y en cuanto a apreciación. Es contingente en el Tiempo y en el Espacio. Un poema, una obra de arte, no es una rebusca de belleza, es una *mise au point* del espíritu. La obra de arte es una creación del espíritu, una *mise au point* de nuestro espíritu y del universo, una relación mágica nacida del contacto del enigma del alma con el enigma del mundo. Por esto podemos decir que el arte es una totemización. Había el tótem mineral, el tótem vegetal, el tótem animal. Es decir, primero aparecieron en la historia humana los tótemes imitativos, pegados a la realidad externa, y después, mucho después, aparece el tótem de las realidades espirituales.

—Yo diría más bien que el arte es un tabú.

—No, porque el tótem es el principio afirmativo y el tabú es el principio negativo, representa todo lo que nos destruye o nos debilita. El tótem consagra lo bueno para el hombre, lo que puede ayudarlo, desarrollarlo: piedras, plantas, animales, y luego sus creaciones materiales y espirituales. El tabú es una consagración al revés, el tabú delata, acusa lo pernicioso o lo peligroso para el hombre.

—El arte puede ser peligroso.

—No, Eduardo, el arte no es peligroso, el arte desarrolla la inteligencia y seguramente nos ha permitido adquirir nuevos sentidos. El arte puede ser peligroso como todo puede ser peligroso, un caballo, un perro o una locomotora. Pero su esencia no es ser pernicioso, sino ser beneficioso.

¡Cómo me gusta oír hablar a papá! Me quedaría horas y horas oyéndole. Dice cosas que son como semillas que quedan creciendo en el cerebro.

Papá es un ser único. Cuando está en medio de una conversación interesante, el universo entero brilla como una gran lámpara al fondo de sus ojos.

113. Gran catástrofe. Hoy vino Olga, la prima de Eduardo Alba. Pasaba en automóvil hacia el balneario vecino y se le ocurrió detenerse a saludar a su primo.

Papá fue muy atento con ella. A mamá se le metió en la cabeza que esta es la Olga a quien papá dedicó uno de sus poemas. Vio en esta visita una combinación de papá, un acto descarado, un insulto a su dignidad, etc.

Arregló las maletas inmediatamente y nos volvimos a la ciudad.

Se cortaron los días encantadores. Apenas tres días de campo. Papá se quedó solo, pues creo que Alba, muy molesto por la actitud de mamá, también se fue de la casa poco después.

Adiós los días de descanso y los días de fiesta de mi espíritu.

114. Papá sigue en el campo. Naturalmente, él no podía hacer caso a estos reventones de mamá, a estas exageraciones tan tontas y tan pequeñas que parecen gestos de provinciana ultrasusceptible.

Esto es lo que papá llama los «coletazos de mamá». ¡Qué cosa más triste! ¡Qué cosa más ridícula!

Lo peor es que creo que a papá la tal Olga no le interesa mayormente. Y aunque fuera la Olga del poema, en ningún caso se justificaría el gesto de mamá.

Todo un gran gesto en el vacío. Es algo absurdo. Un escándalo inútil, perdido. Claro está que mamá no dará su brazo a torcer y tratará de convencerse a sí misma de la justicia de su tremenda indignación.

115. Papá debe de reírse de estos coletazos en el aire, pero en el fondo tienen que irlo aburriendo.

Mamá es la que crea los escándalos, lanza las campanas a todo vuelo, hace tempestades en un vaso de agua.

¡Qué frenesí tan poco aristocrático se ha amparado de nuestra reina! Es de una exageración ridícula.

Mamá está fuera de sí. Yo veo claramente que su cólera obedece al sentimiento íntimo de su injusticia y de la torpeza que ha cometido. Subconscientemente ella se da cuenta de su error y siente que se ha empequeñecido ante nuestros ojos. En su rabia contra sí misma, ataca ciega a derecha y a izquierda.

No le perdonará nunca a papá el que ella haya cometido semejante error.

116. Bertrand me dijo:

—Debe ser terrible vivir frente a unos ojos sin bondad.

Esta frase pareció escapársele del fondo del alma. Yo sé por qué lo dijo y sé lo que su frase significa.

Papá sigue en el campo. Escribe, pasea, se divierte. Bertrand estuvo con él ayer y hoy hasta mediodía.

117. Julio Gómez cayó preso. No sé lo que ha hecho, pero está en la cárcel desde ayer por la tarde.

Las Gómez están consternadas. Naturalmente, su hermano es víctima de una injusticia inmundada. Debo confesar que no me inspiran ninguna lástima.

Estoy segura de que si se tratara de papá, las Gómez dirían: «La justicia no se equivoca, alguna grande habrá hecho».

118. Un gran recurso de las Gómez es echarle la culpa de sus afirmaciones a *todo el mundo: todo el mundo dice que..., todo el mundo sabe que...*

Yo he tomado con ellas el mismo sistema. Hoy les dije:

—Todo el mundo dice que Julio ha falsificado una firma y varios cheques.

No sabían qué contestar, tartamudeaban como agua hirviendo:

—¡Qué calumniadora, qué infame es la gente!

—¡Sí! —les contesté—, pero no sólo cuando hablan mal de Julio, sino también cuando hablan de otras personas.

119. La corte pasó la tarde de hoy reunida en la isla.

Al principio oí varias veces el nombre de Julio. Después oí que hablaban de papá.

Me dio una rabia loca de pensar que pudieran juntar el nombre de papá al de Julio, que no los separaran por lo menos con una hora de distancia. ¡Qué falta de respeto! La insolencia de los tontos es infinita.

120. Mamá hizo saltar la chapa del escritorio de papá. Esto ya no merece comentario, porque el comentario sería tan brutal, que más vale callarlo.

121. La corte volvió a reunirse en gran pleno. La Brevia Podrida tenía olor a pus en la lengua y hablaba hasta por los codos. Se le formaba espuma en las bisagras de la boca.

Las Gómez también han redoblado la maledicencia. En su desgracia, ellas quieren *igualar* a todo el mundo, quieren que en todas las familias haya un pariente *manchado*. Este afán de *igualarse* lo he observado casi siempre en todos los caídos.

La Susana Vásquez, adentro de su bandera de luto, escudada por el símbolo de su dolor, se cree permitidas muchas audacias tontas, se cree a salvo de la crítica, ella que vive criticando.

Pacheco, en un rincón, inmóvil, tieso, parece que va a llorar. Está avergonzado por alguna falta que alguien puede cometer en alguna parte del mundo.

Por la puerta entreabierta sale un ronroneo de conjuro de brujas.

122. Susana Vásquez y la Brea vinieron hoy temprano a hablar con mamá. Al despedirse, oí que hablaban de Dios y de sus oraciones.

¿Qué tendrá que hacer Dios con sus oraciones? ¿Qué puede haber más distinto que Dios y las oraciones y, sobre todo, esas oraciones?

123. Papá llegó hoy. Vio la puerta abierta de su escritorio y la chapa rota. No dijo ni media palabra. Entró a su dormitorio. Me llamó, me dio un beso y me dijo que le preparara el baño. Mientras se desvestía, en su pieza, estuvo muy cariñoso con Jaime y con Gerardo. Yo lo oía desde el cuarto de baño.

Creo que mamá tiene ganas de hablar con papá, pero no se atreve. Anduvo rondando cerca de su pieza.

Apenas papá se bañó y se vistió, cogió una maleta y se fue a su escritorio. Guardó en la maleta todos sus papeles, pidió un automóvil y salió llevándose sus papeles a otra parte.

Volvió con Joudaux a la hora de la cena. Durante la comida hablaron de política y al final hablaron de William Blake, de los sueños en las obras de Johann Paul Richter y de Freud.

Luego papá habló del libro *Descenso de los astros y ascensión de los iluminados*, del poeta árabe-español del siglo XII, Abenarabi, del cual poeta parece haber tomado Dante la idea y el plan de *La divina comedia*.

124. Hoy papá salió temprano de casa y no volvió hasta la hora de almuerzo. Después volvió a salir hasta la hora de la cena.

En la tarde salí con mamá a la calle. Nos encontramos con Eduardo Alba. Yo lo saludé muy cariñosa, mamá lo saludó apenas. Le lanzó una mirada fría, de acero.

Mamá odia a Eduardo y lo odiará hasta la quinta generación de sus descendientes. ¿Cómo se explican estos odios en la Perfección?

Le odia porque él admira a papá.

Le odia porque papá lo admira.

Le odia porque tiene una prima muy hermosa y que simpatiza con papá o que ella cree que simpatiza con papá.

Le odia, sobre todo, porque siente que es injusta con él.

Aun suponiendo que a papá le gustara la prima de Eduardo, ¿qué culpa tiene Eduardo? ¿Qué tiene que ver él en ese asunto? Seguramente él sería el más molesto de una situación semejante. Pero mamá se ciega y embiste por encima de toda equidad y de toda justicia.

El sentimiento de su injusticia sólo la irrita más, la ciega más.

125. Creo que papá ha arrendado una pieza en la parte alta de la ciudad, frente a los cerros. Allí tiene su escritorio y va a trabajar todos los días.

Yo noto que mamá está furiosa y se siente vencida, pero no se atreve a decir nada. Ella es la culpable de esta situación.

Papá dijo a Bertrand:

—De cuando en cuando Dios se vuelve loco y se cree un gran hombre. Hace algunos años se creyó Nietzsche.

Es una manera de caracterizar a Nietzsche, pero otras veces papá dice grandes herejías y entonces me asusta.

126. Papá iba con Bertrand y se encontró en un tranvía con Juanita, aquella Juanita que le escribía y le llamaba por teléfono. Se sentaron a su lado. La Brevia iba en el mismo tranvía, y cuando vio que papá y Bertrand se sentaban al lado de Juanita, ella se cambió de asiento y se colocó justo detrás de ellos para oír lo que hablaban.

Según Bertrand, que me lo contó, papá se dio cuenta de la maniobra y le hizo una seña con los ojos, pero fingió no haber visto nada. Papá dijo por lo bajo a Bertrand, señalando a la Brevia:

—Esta quiere alimento para ir a vomitarlo. Le daremos en el gusto.

La Brevia iba espalda con espalda con papá, y dice Bertrand que echaba la cabeza hacia atrás para no perder una sílaba de lo que ellos hablaban. Papá se fue todo el tiempo haciéndole cumplimientos a Juanita, echándole flores y hablándole de amor de un modo tan exagerado, tan poco de papá, que dice Bertrand que él casi se moría de la risa.

127. La Breva llegó corriendo a casa, casi no podía respirar. Entró como una exhalación en la pieza de mamá y cerró las puertas.

La Breva es una alimaña repugnante. Tiene todo el tipo de la escuchadora detrás de las puertas, de la aguaitadora por el ojo de la chapa.

Es una mujer de mala raza, de mala pasta.

Recuerdo que una vez la Breva siguió por la calle cinco cuadras a unas parientas de papá que creyó iban hablando de él, para oír lo que hablaban.

Mala raza, mala pasta.

No comprendo cómo mamá, que se las da de tan enérgica, no la echa a puntapiés de casa.

Yo le doy vuelta la espalda y no la saludo. Le tengo asco.

Mala calidad de raza.

128. He mirado a mamá todo el día con ojos de reproche. Mamá siente que estoy enojada con ella.

Hay momentos en que llego a creer que mamá no tiene corazón. Demasiado orgullo para tener corazón, pienso. Pero mamá tiene un gran corazón. Sólo frente a papá su corazón se convierte en un erizo. Y ella quiere a papá. He ahí el misterio.

129. Mamá, refiriéndose a mí, dijo a Susana Vásquez:

—Esta pobre Alicia está hipnotizada por su padre. No habla de otra cosa que de su padre. No oye lo que se le dice cuando está pensando en su padre. Saborea cada frase, cada palabra de su padre como si se tratara de un manjar divino.

Yo respondí a mamá:

—No veo por qué me dices eso en tono de reproche.

130. Papá y mamá deben haber tenido una explicación, mejor dicho, una discusión, porque entre ellos no caben explicaciones, dado el carácter de cada cual. En todo caso, cuando yo volvía de la calle, oí a papá que entraba en su escritorio diciendo:

—Yo no me voy a petrificar entre los cuatro muros de tu voluntad y de tus celos.

131. Cada día noto a papá más ausente, más en otra parte. ¿En dónde está? ¿Quién lo empuja lejos de aquí?

132. Mamá hablaba a Bertrand del vicio, de la vida de placeres, de los hombres sin voluntad, del dolor, del sacrificio, etc. Naturalmente, todo lo que decía iba dirigido a papá.

Papá también, dirigiéndose a Bertrand, contestaba a mamá:

—Es ingenuo creer de un modo tan simple en la llamada vida de placeres o en la llamada vida de sacrificio o en el dolor. Para muchos no hay placer en el placer, como para muchos otros no hay sacrificio en el sacrificio, ni dolor en el dolor.

Después de un silencio:

—No hay tanto vicio en el vicio, ni hay tanta virtud en la virtud.

133. Mamá está muy preocupada, porque no sabe a dónde dirigen las cartas a papá. Pacheco no ha podido averiguarlo, ni la Mariana Toro, ni las Gómez.

Mamá está un poco desatentada. Creo que ha podido constatar que muchos de los chismes de la Brevia Podrida y de las gomosas Gómez eran puras mentiras.

134. Pacheco anda detrás de saber en dónde trabaja papá. Las Gómez y la Brevia se encargarán de saber si papá tiene *alguna de turno*, como dicen ellas.

Hay que pagar con cualquiera canallería las sonrisas benévolas de una reina. Y el pobre Pacheco, ¡qué no haría por comprometer el agradecimiento de mamá!

Susana Vásquez agita la gran pluma negra de su sombrero como un caballo de carroza funeraria.

Yo los miro obrar y siento ganas de vomitarles en la cara.

135. Las Gómez y la Brevia han descubierto que papá tiene un *flirt* con una rusa muy bonita. Dicen que anoche papá bailó varias veces con ella en el «Barbe Bleu».

Nadie me quitará de la cabeza que cuando papá baila con una mujer, no baila tanto por amor al baile ni por divertirse, baila contra mamá.

Lo mismo pienso que cuando a mamá le da por andar con las Gómez o la Brevia para arriba y para abajo, no lo hace por amor a ellas, lo hace contra papá.

Creo que si papá se enamora de una mujer, no se enamora de ella ni por ella, sino que se enamora contra mamá.

136. Cuando papá vuelve a casa, a cualquier hora que llegue, venga de donde venga, para mamá siempre viene de la casa de una amante.

Hoy, al verlo entrar, mamá le preguntó:

—¿Cómo van las lecciones de ruso?

—A las mil maravillas —respondió papá—. Hago unos progresos alarmantes.

La pregunta de mamá tenía por principal objeto dejar constancia de que ella lo sabe todo, de que conoce todos los pasos de papá. Es un sistema muy de mamá el de lanzar una pregunta o una pequeña frase que signifique: *a mí no me puedes esconder nada*. Cuando no está segura de algo, lanza su frase de un modo ambiguo o envuelta de tal modo, que le deje una salida para no caer en ridículo.

Papá se sabe de memoria todos estos trucos de mamá, y creo que en el fondo le divierten. Sí, le divierten cuando no pasan más allá de frasecitas para salvar la vanidad.

Mamá es muy sutil, es demasiado maliciosa y, como toda persona demasiado maliciosa, generalmente se equivoca.

137. En el último libro de papá hay una página en la cual describe el paseo de un poeta con una mujer. El poeta iba en silencio, iba como en el aire, envuelto en sus pensamientos. La mujer le dice:

—Creí que habías salido a pasear conmigo y veo que vas paseando con la Poesía.

El poeta, como arrepentido de su indiferencia y gustoso de ese dulce reproche:

—La poesía hay que ponerla siempre en todo. ¿De qué te quejas si hoy la hemos puesto en ti?

Después de una breve reflexión:

—Hay que ponerla en todo y más que en nada en nuestras compañeras..., ya que algunas se encargan de matarla en sí mismas.

Mamá se sintió aludida en esta última frase y estuvo muy enojada. Dijo:

—Para ciertas personas la poesía está en todas partes, menos en su casa.

Yo le contesté:

—Naturalmente, si la casa se les convierte en prisión y la mujer en carcelero o en enemigo.

Mamá:

—Ya salió la anarquista defendiendo al anarquista.

138. ¿Quién será una Lucía que llamó dos veces por teléfono a papá? Papá no estaba en casa.

La corte funcionó en la pieza de costura de mamá durante más de dos horas. Pasaron en revista toda la vida de papá. Se habló de sus libros, de sus ideas peligrosas, de su actitud demasiado independiente. Se habló de la rusa, de Olga, de la Lucía del teléfono, de una tal Viola o que firma con el seudónimo de Viola, etc.

Las lenguas de la intriga nadaban gozosas en la intriga.

Yo decidí castigar a todas estas inmundas arpías. Cuando se iban me acerqué a ellas, haciéndome la tonta, y les pregunté, primero a las Gómez:

—¿Cuándo sale Julio de la cárcel?

Se pusieron rojas hasta las pestañas. Luego pregunté a la Breva:

—¿Y usted cuándo se casa?

La Breva miró a mamá, y dijo:

—Esta chica tan simpática y tan graciosa. Casarse en estos tiempos es algo muy peligroso.

La Breva se esforzaba por sonreír, pero en el fondo se quemaba de rabia. Yo pensé en lo peligroso que sería su matrimonio, no sólo peligroso, sino espantoso para su marido.

Mamá me lanzó una mirada furibunda. Yo me sentí feliz.

139. Olga mandó a papá un precioso ramo de flores con una tarjeta en que decía: «Al inventor del décimo cielo».

Esto del décimo cielo le va a caer a mamá como una bala. Papá dejó el ramo y la tarjeta bien visibles en su dormitorio y la puerta abierta de par en par. Esto lo hace para amansar a mamá.

140. Hace dos días que mamá no habla a papá. Desde que llegó el ramo de flores de Olga.

No encuentro motivo para este furor silencioso. ¿Qué gravedad tiene que papá reciba ramos de flores y tenga admiradoras?

Jerónimo Costa vino a ver a papá. Mientras le esperaba en el *hall*, mamá trató de sonsacarle muchas cosas respecto a papá.

No comprendo cómo si está tan enojada con papá, si se hace la despreocupada respecto de él, trata de averiguar, por otro lado, todo lo que puede. ¿No siente que esta actitud está en contradicción con la otra y muestra que su indiferencia es fingida? Es que mamá no puede retenerse, ya le es imposible retenerse. Hay una fuerza que la arrastra y la obliga a hacer tonterías, aun contra su propia dignidad, que es lo que ella cree salvar siempre y lo que no salva nunca.

141. La rusa convidó a comer a papá. Estoy segura de que papá irá. Claro que irá, irá por molestar a mamá, porque, como él dice, mamá se siente con derecho a molestarse por todo lo que él hace.

Papá quiere fatigar la voluntad guerrera de mamá.

Pensar que todo esto ha empezado por una guerra tonta. Mamá ha conferido a esto que yo llamaría *diversiones* un carácter serio, terrible, casi trágico.

142. Mamá reunió su corte para darles cuenta de los últimos acontecimientos y para conocer las novedades que los otros, los intrigantes, los espías, pueden haber pescado en esta semana.

Se deben haber tomado importantes determinaciones, pues la corte prorrumpió a coro, cada cinco minutos, en grandes alabanzas a su reina.

143. ¿Qué hablarían esta tarde papá y mamá? Estuvieron media hora conversando en el escritorio. Cuando papá abrió la puerta para pedir una taza de café, oí que decía a mamá:

—Sé muy bien que todo lo mío te molesta, mis modos, mis gestos, mi manera de ser, de vivir, de mirar, lo que hablo, lo que hago, lo que pienso. Todo lo mío es demasiada carga para ti.

Quedó un instante en silencio y añadió:

—Felizmente, esto tiene un remedio muy sencillo.

Mamá le respondió:

—Tal vez tus remedios no sean mis remedios.

—Seguramente no —dijo papá—. Son los míos y eso me basta. No todos los organismos requieren remedios iguales.

Mamá:

—Es verdad, tú te curas tus dolores de cabeza con fenacetina; yo, con aspirina.

—Ya lo ves. Puedes creerme, nuestro problema tiene un remedio muy sencillo.

Papá se bebió su café y salió a la calle.

144. Es indudable que papá está cada día más lejos de nosotros. Lo he sentido hasta lejos de mí. Por primera vez lo he sentido lejos de mí. Y me hace más cariños que nunca.

145. En estos últimos días se ha hablado algo de Olga y mucho de la rusa.

La frase de Joudaux sobre papá: «El aventurero sentimental», se ha repetido cien veces al día en todos los tonos.

Lo más curioso es que mamá no cree realmente en las innumerables aventuras de papá. Ella cree que cree.

146. Papá volvió a repetir hoy:

—Los míos no me juzgan; me aman, me aceptan como soy. Los que me juzgan no son los míos.

Hay momentos en que llego a pensar que para mamá sería una gran desilusión el saber que todas las aventuras de papá no eran sino ficciones. Su vida perdería su objeto principal, su razón de ser. Tan pegada tiene ya al alma la manía bélica.

Papá dijo hoy a Costa, hablando de la entereza del alma, del sentimiento de libertad y del amor y el deber:

—El conflicto que se agita en nuestra alma, la violencia de los sentimientos opuestos, produce un desequilibrio al que pocas almas pueden resistir intactas.

Costa lo miró asustado como tratando de adivinar detrás de sus palabras. Papá añadió:

—Para ciertas almas no hay reposo posible.

147. Mamá está preocupada por la rusa o se finge la preocupada.

Mamá: —La rusa tiene una gran ventaja sobre todo el mundo, tiene una gran poesía personal, y es que es rusa.

Papá: —No es el ser rusa, sino el no ser perfecta. No es reina, ni tirana, ni monopolizadora, ni dueña de nadie. Es solamente un pajarito lleno de gracia y de inteligencia natural.

148. Adivino que la que interesa a papá no es la rusa sino otra. Otra, ¿quién será esa otra? La presiento y me da miedo, porque se me ocurre que papá cuando está pensando lejos, está pensando en ella, y se me ocurre que papá la mira como una tabla de salvación.

Si papá se enamorara, ¿se enamoraría realmente? Quisiera saber si se enamorará de una mujer o si se enamorará de su salvación.

¡Qué terrible si papá personifica en una mujer el símbolo de su libertad!

Para salvarse de las garras de una mujer, ¿no hay más recurso que otra mujer? Esto no es posible.

149. Papá mío, ¿qué tienes en la cara que me das miedo? ¿Qué te pasa? ¿En dónde vive tu espíritu?

Papá, a veces pienso que lo que más puede gustarte en la vida es sentarte en un tren que va a partir sin saber a dónde va.

Y este pensamiento me hace temblar.

Mamá ha desordenado tu espíritu. La continua guerra en que te ha obligado a vivir ha producido el desorden en tu alma y podría hasta producir el desequilibrio en tus facultades. Lo más grave es que mamá ni siquiera se da cuenta de su obra nefasta.

El doctor Lenoir, uno de los más notables especialistas del mundo en enfermedades mentales, decía que el cerebro es un aparato tan fino y tan delicado que cualquiera cosa puede romper su equilibrio y producir grandes disturbios. Mayormente, afirmaba, el cerebro de los genios y de los hombres superiores.

¡Pobre papá! Me da miedo que estos choques continuos, esta continua lucha, este vivir en estado febril no vayan a descomponer un día tu maravilloso cerebro. ¡Cómo debes sufrir a veces y cómo debes desear la calma y la libertad!

150. Una niña mandó su retrato a papá desde España con una gran dedicatoria. Mamá y toda su corte vieron alusiones equívocas en la dedicatoria.

Papá se encogió de hombros con un gesto de hastío. Antes les habría contestado con una burla, les habría dicho, por ejemplo: «No son alusiones equívocas, lo que dice es la verdad y mucho menos de la verdad». Papá habría contestado algo por ese estilo.

Me da muy mala espina esa indiferencia de papá, esa especie de sanción como si estuviera aburrido de pelear tontamente todos los días. Claro que papá está aburrido de defender su personalidad y su independencia contra gente que nunca podrá comprenderlo.

Hoy dijo de repente a Jerónimo Costa:

—Es preciso terminar este suplicio aunque empiece otro de otro género.

151. Ante la indiferencia de papá los celos de mamá redoblan.

¿Los celos o sus deseos de predominio?

Jerónimo Costa para consolarla le dijo lo que más podía molestarla:

—Señora, los hombres de genio a menudo son fáciles de impresionar... Y muy principalmente los artistas son inconstantes e imprecisos en el amor. No aman a nadie, aman el amor. Por lo tanto, no hay que asustarse, no hay que preocuparse demasiado.

Mamá le contestó:

—Por eso mismo hay que preocuparse, hay que tenerles siempre la rienda muy firme.

Si papá hubiera oído esa contestación, creo que habría cogido su cama y se habría ido de casa hasta que mamá fuera a pedirle perdón por su insolencia.

Jerónimo Costa dijo a mamá:

—Muchos de los grandes escritores y poetas se llevaron muy mal con su mujer, muchos rompieron con ellas. Dickens después de veinte años de matrimonio se separó de su mujer. «Ella es muy buena, decía el gran novelista a sus amigos, pero me hace muy desgraciado. Nunca ha querido creer que soy más inteligente que ella y que tengo derecho a muchas cosas que ella no tiene». Tolstoi, el perfecto Tolstoi, al final de sus años, ya viejo, se separó violentamente de su mujer, que nunca lo comprendió y que le hacía la vida imposible. Shelley, ese ángel de Shelley, rompió con su mujer y se marchó de su hogar con otra que parecía comprenderlo mejor. ¿Quién no conoce el caso de Verlaine? Y Victor Hugo y Goethe y Lamartine y Chateaubriand. Créame, señora, acaso esta incompreensión de la mujer al artista es una maldición que pesa sobre todos los artistas.

—Qué maldición ni qué cuentos —exclamó mamá—; es que todos son unos locos.

Costa contestó:

—Benditos locos y benditas locuras que suelen darnos tantas obras maestras y tantas maravillas. Señora, Goethe escribió siempre sus mejores obras bajo la influencia de un amor nuevo. Cada uno de sus libros significa una aventura amorosa. ¿Se atrevería alguien a hacer un reproche a Goethe por esas aventuras que han dejado huellas tan inmortales en nuestra historia?

Mamá miró a Costa con cierta compasión:

—Lo que yo veo es que la mujer de Goethe debe haber sido una infeliz que no supo enrielararlo o que se asustó y se dejó dominar por el mito.

—Señora, por Dios, ¿se figura usted a alguien enrielandolo al Júpiter de Weimar?

—Sí, cualquiera mujer que tenga dignidad y que se haga respetar.

—La falta de dignidad está primeramente en creerse digna de la dignidad y luego en creer que a cada momento y por cualquier cosa se pierde la dignidad.

¡Bravo, Costa! Es usted un buen amigo de papá. Desde aquí le aplaudo con todo mi corazón.

152. Mamá dijo a papá:

—Tienes un espíritu absurdo, inconsecuente, contradictorio. Sólo te falta ser borracho y jugador para ser lógico con tu espíritu.

Papá, con cierta calma cansada:

—No tendrás el placer de verme jamás ni borracho ni jugador. Tus profecías fallarán. ¡Qué sabes tú de mi espíritu! Si supieras la parte tan mínima de mi alma que alcanzas a ver, te reirías de ti misma.

Generalmente las gentes no aceptan que haya almas más grandes que las suyas, que haya almas que rebasan fuera de las suyas, almas que tienen un inmenso margen que repasa los límites de las otras y lo que ellas ven y pueden ver. Toda esa zona incomprensible para los que no la poseen les parece peligrosa, absurda, contradictoria, monstruosa.

153. Vino Eduardo Alba a ver a papá después de mucho tiempo que no venía. Mamá lo saludó apenas. Alba es culpable de tener una prima que se llama Olga y que mamá creyó era la Olga a quien papá dedicó uno de sus poemas. Además la prima de Alba también quiere mucho a papá, sabe sus versos de memoria y siempre está hablando de él con verdadera devoción. Por lo tanto es muy peligrosa, es tal vez una enemiga, y Alba, que es su primo, tiene que ser castigado por este crimen de parentesco.

Mamá quisiera regentar las amistades de papá, separarlo de muchos amigos que a ella no le agradan y rodearlo de otros que son de su gusto. Naturalmente esta pretensión no la realizará jamás.

154. Papá está cada día más distante. Mamá está cada día más celosa.

Papá apenas contesta a las insinuaciones de mamá. Generalmente no contesta. Como si oyerá llover.

—No acepto comentarios a mis actos —dice papá—. Hago lo que me da la gana y porque me da la gana. No tengo que dar razones ni explicaciones a nadie.

Siento que nuestra casa entra en un periodo de crisis aguda.

155. Mamá supo que papá tenía una cita con una mujer en una plaza hoy a las cuatro y media. Mamá fue a la hora exacta a sorprender a papá y estuvo espionando entre los árboles. Papá se juntó con la persona que le esperaba y la acompañó al consulado de no sé qué país. Mamá los siguió.

A la hora de la comida mamá quiso hacer un escándalo a papá. Papá se levantó de la mesa y pidió que le llevaran la comida a su escritorio. Apenas

comió salió a la calle. No contestó ni media palabra sobre el asunto. Sin embargo, pudo haberlo hecho. Después de la comida vino Bertrand y cuando mamá le contó indignada lo que había pasado, Bertrand dijo a mamá que él conocía muy bien de qué se trataba y sabía desde varios días que una amiga de todos ellos, cuyo nombre no recuerdo, había pedido a papá que la presentara a un cónsul, viejo amigo nuestro, para un asunto de pasaporte.

Mamá se había equivocado. Difícilmente reconocerá su error, porque la Perfección no puede equivocarse.

156. Mamá ha estado todo el día de hoy como sonrojada y desorientada. Papá, que debe haber sabido que Bertrand demostró a mamá su equivocación, le dijo:

—No se aflija por haberse equivocado ayer. Piense que si adivinara no se equivocaría y que acaso puede no equivocarse en otras ocasiones.

No sé si mamá comprendió que papá quería decirle que así como se equivocó en ese caso, podía haber acertado en muchos otros, es decir, que él se ve frecuentemente con otras mujeres de quienes podía sospechar con razón.

Cuando papá trata de usted a mamá es muy mal síntoma.

157. Yo sé que a papá le pasa algo. Lo adivino, lo siento. Nunca he visto sus ojos tan soñadores ni con tanta fuerza hipnótica. Desde hace algún tiempo lo veo tan lejano, tan desligado de todo. No tiene frío, no tiene calor, anda como envuelto en una música que lo preserva de los cambios atmosféricos, de las miradas, de los insultos, de los elogios, de todo lo externo.

Papá anda como embrujado.

158. Hoy, a eso de las cinco, llamaron a papá por teléfono. Debe haber sido algo urgente o grave, pues papá cogió su sombrero y salió corriendo. Mamá quedó muy intrigada. La corte se reunirá esta tarde.

159. ¿Qué filtro de sortilegio ha bebido papá? Hoy en la noche parecía completamente fuera de sí. Costa y Bertrand vinieron a verlo después de la cena. Yo veía que papá no oía nada de lo que hablaban.

De repente preguntó:

—¿En dónde estamos?

Costa se echó a reír, Bertrand se puso muy serio y algo triste. Papá se sonrojó de su pregunta como si ella hubiera sido una confesión.

160. Mamá hizo un registro completo en el ropero de papá. Encontró una carta que pasó de mano en mano entre las Gómez y la Breva Podrida.

¡Qué pena siento de ver que mamá no se avergüenza de mezclar en estos asuntos a esas idiotas de alma ruin que especulan con sus imprudencias!

La carta estaba firmada «Tu Sombra» y hacen mil conjeturas sobre la presunta autora.

Recuerdo algunas frases de la carta, que leyeron y releeron varias veces:

Tú me has hecho comprender el mundo, me has arrancado del limbo en que vivía, me has hecho sentirme eterna y sentir la eternidad. Por ti no soy una cosa que vegeta, sino algo que vive en la luz de una armonía infinita.

Ya no soy esa criatura banal que tú conociste y que sin ti habría sido hasta la muerte. ¿Cómo no adorarte, entonces? Tú eres mi creador.

Estaba destinada a ser la mujer vulgar de un hombre vulgar. Vulgar sin darme cuenta de mi vulgaridad, acaso satisfecha de mi vulgaridad, viviendo una vida mediocre sin darme cuenta de su mediocridad o sintiéndola sólo de un modo impreciso en esos instantes de dolorosas intuiciones, cuando la insatisfacción y el tedio se apoderan de nuestras almas y nos hacen presente que hay algo superior que no conocemos y que otros conocen.

Hoy día, gracias a ti, he sentido que puede haber en la vida una verdadera felicidad. Tus palabras y tus miradas van modelando mi alma a tu antojo y cada día me siento superior a mí misma, siento que voy ascendiendo en pos de ti a esas alturas en que tu espíritu vive y evoluciona como en su propio reino.

Sólo lo que me habla de ti me interesa. Lo demás me parece vano y vacío. Me enamoro hasta de los objetos que te he visto mirar con complacencia.

Ven a verme pronto, pronto. ¿No sientes cuán insaciable soy en la contemplación del ser amado?

Habla, habla y que te oiga hablar hasta que se gasten mis oídos y quede sorda.

Y luego mirarte, mirarte hasta que se gasten mis ojos y quede ciega de tanto haberte mirado.

Creo que la carta de esta Sombra ha producido un terrible efecto. Mamá trató de disimularlo exclamando:

—Es la carta de una esclava.

Yo pienso que es la carta de una mujer enamorada. Enamorada de un hombre excepcional como es papá.

161. Mamá copió la carta y la volvió a dejar en el ropero de papá. Escondió la copia en el primer cajón de su cómoda. ¿Qué pensará hacer con esa copia?

Papá aún no se ha dado cuenta de nada. Creo que si se diera cuenta no le

daría ninguna importancia sino por el atropello a su libertad y a su persona que significa el registro. La lectura misma de la carta le gustaría por lo que pudiera hacer rabiar a mamá.

162. Aproveché que mamá salió a la calle y le robé la copia de la carta y la quemé.

¡Dios mío!, que mamá no vaya a buscarla antes que papá haya guardado la verdadera en otra parte. Mamá sería capaz de volverla a copiar.

Esta noche cuando papá entró en su dormitorio yo entré con él, diciéndole que le iba a limpiar el sombrero, que lo tenía sucio. ¡Qué ganas sentía de advertirle que se llevara esa carta! ¿Cómo hacerlo comprender sin acusar a mamá del registro, evitando la batalla que se podría armar si papá supiera la verdad?

Abrí el ropero de papá, saqué la escobilla y dejé la puerta abierta. Papá miró al interior de su ropero, se acercó y dijo:

—Olor a carne humana siento por aquí.

Yo me eché a reír nerviosamente y le contesté:

—Ya se va a poner tan malicioso como mamá.

Papá me dio un beso y me dejó limpiando su sombrero mientras pasó a su cuarto de baño. Al cabo de un rato volvió en su ropa de noche, se metió a la cama, me pidió un libro y me dio las buenas noches con un beso en la frente.

Creo que papá no se ha dado cuenta de nada y si se ha dado cuenta no le ha dado mayor importancia... A menos que finja no haberle dado mayor importancia.

163. Mamá contó a Bertrand lo de la carta. Bertrand le dijo:

—Señora, piense usted en la cantidad de cartas que reciben todos los artistas célebres del mundo. Piense usted en que muchas mujeres anhelan vivir una novela con un hombre superior. Piense usted que estas cosas no tienen gran importancia y que sólo la imprudencia de la mujer propia puede convertir en tragedia lo que acaso es sólo una pequeña aventura; o ni eso, un simple pasatiempo.

Mamá le respondió:

—Lo que usted me aconseja es que sea sorda, muda y ciega.

—Lo que yo le aconsejo es que sea prudente, muy prudente, muy prudente.

164. Mamá fue a buscar la copia de la carta para mostrársela a Pacheco y a Susana Vásquez y no la encontró. Corrió al ropero de papá y tampoco en-

contró el original. Yo tuve que esconderme en mi cuarto para no echarme a reír delante de todos.

Mamá no sabe quién puede haberle sacado la copia, pues ella no vio que yo vi donde la guardaba. No sabe qué pensar. Está perpleja y casi asustada. Tal vez cree que papá se dio cuenta del registro y le hizo otro registro a ella.

165. Papá debe haberse dado cuenta o debe sospechar que mamá anduvo hurgando en su ropero. Hoy, en el almuerzo, dijo a mamá:

—Las ánimas han andado rondando por mi dormitorio.

Mamá contestó:

—Habría algo que las atraía. Dicen que las ánimas tienen un olfato especial.

Papá contestó con tristeza:

—No es el olfato, es la fatalidad que arrastra a ciertos espíritus por los cabellos y los precipita a la catástrofe.

Después de un breve silencio y como síntesis de alguna reflexión:

—Es difícil sacrificarse uno mismo, pero es fácil sacrificar a otro.

166. Mamá quiso provocar una discusión a papá. Le dijo muchas impertinencias. Papá no contestó ni media palabra.

Papá está invulnerable. Está siempre tan lejos que no hay flecha que le alcance.

167. Papá no ve y no oye o no quiere ver y no quiere oír. Lleva una vida misteriosa. Sale por las tardes y no vuelve hasta la noche. ¡Qué iluminados tiene los ojos!

Papá flota adentro de un cántico embrujado.

168. Hoy, a las seis, llamaron por teléfono a papá. Otro llamado urgente. Papá salió inmediatamente a la calle. Mamá le siguió.

Hay rumores sordos respecto a papá. Las Gómez, la Brevia y Pacheco andan locos por saber algo preciso.

Mamá siguió a papá. Papá se dio cuenta de que mamá lo seguía. Tomó un taxi. Mamá tomó otro taxi. Papá, de repente, en una calle se bajó del taxi y tomó un tranvía, luego se bajó del tranvía y se le perdió a mamá.

¡Cómo debe de haberse reído de esta persecución fracasada!

He pasado una noche muy inquieta. Casi no he pegado los ojos.

169. A la hora del almuerzo, papá entró muy tranquilo al comedor. De pronto dijo a mamá, como dándole un buen consejo:

—Hay que calmar los nervios, de lo contrario podemos fácilmente caer en lo grotesco y ser la burla de las gentuzas de la calle.

Después le dijo que no se pusiera en ridículo, que se tuviera compasión a sí misma.

Mamá se mordió los labios y se puso roja hasta las orejas.

170. Hoy vinieron las Gómez a contar a mamá que alguien había visto a papá con una mujer cerca del Pabellón del cerro, ayer en la tarde.

Mamá hizo otro registro a papá. No encontró nada. Cuando papá entró al comedor, mamá se levantó y pidió que le llevaran la comida a su cuarto.

171. Papá echó a las Gómez y a la Breva fuera de casa. Les dijo muy tranquilamente:

—Espero que mientras yo viva en esta casa, ustedes no vuelvan a poner los pies en ella.

¡Cuánto me alegro de esta decisión de papá! Al fin salieron esas pestíferas y ojalá no vuelvan nunca más.

Después que salieron con la cola entre las piernas, papá dijo:

—La medida se va colmando.

Mamá armó un alboroto espantoso. En su furor gritaba:

—No pueden pisar esta casa las personas dignas, sólo pueden entrar aquí los locos y los anarquistas. Nadie puede impedirme sin razón que yo vea a mis amigas. Las veré en su casa.

Papá dijo a mamá:

—Usted es dueña de hacer lo que le dé la gana.

Papá debe de haber sabido algo cuando tomó la determinación de echarlas a la calle.

172. La corte de mamá ha quedado reducida a Pacheco y a Susana. La isla Tarapata tendrá que trasladarse a otra parte, porque la reina Kui-Kui no aceptará fácilmente que le desbaraten su corte y le dispersen a sus cortesanos.

¡Cómo redoblarán ahora las intrigas y los odios contra papá!

173. Papá ha estado todo el día muy triste. Adivino un terrible conflicto en su alma, siento que una tremenda batalla se libra en su pecho.

Me hizo muchos cariños. Lo mismo a Gerardo y a Jaime. Me sentó en sus rodillas y me besó muchas veces. Tenía los ojos húmedos. Hay algo que lo proyecta hacia el infinito.

174. Mamá hizo otro registro en el dormitorio y en el escritorio de papá. Van tres registros en el espacio de un mes. Es inútil, mamá no tiene remedio. Realmente la fatalidad la tiene cogida por los cabellos.

Papá se dio cuenta del registro y sólo dijo estas palabras:

—La medida se colmó.

Lo dijo con un tono tal, que yo me helé. Mamá creo que no se da cuenta de la gravedad de su situación. Ella, que dice que papá es inconsciente, en este caso demuestra ser más inconsciente que nadie.

175. Papá ha pasado todo el día de ayer y de hoy en la calle. No habla con nadie. Entra y sale en silencio. Mamá está un poco asustada. Creo que empieza a darse cuenta de su situación, acaso a arrepentirse algo de sus imprudencias, de sus intrusiones y de sus tonterías.

El silencio de papá me aterra. Papá mío, yo te adoro y te sigo adorando.

176. Hay en el rostro de papá algo grave y terriblemente patético. Nunca nos ha mirado a todos los suyos con más amor. Nunca nos ha mirado tan intensamente. Se diría que quería como clavarlos algo de él y como clavarse algo de nosotros.

Me besó como no me ha besado jamás. Me besó muchas veces, me sentó en sus rodillas. Besó con pasión a Gerardo y a Jaime, y a los tres nos sentaba en sus rodillas. Se le hacían pocas las manos y los labios para hacernos cariños.

Mamá dijo que le dolía la cabeza y comió en su cuarto. Yo creo que lo hizo para saber si papá se quedaría a comer en casa si ella no iba al comedor, pues hace dos días que papá no le habla y no come en casa.

Papá cenó con nosotros. Una triste cena. Casi no probó bocado. Yo tampoco tenía ganas de comer. ¡Cómo nos miraba papá! No podría describir sus ojos tan tristes y tan profundos.

A todo lo que dijo en la mesa le encontré un sabor a lejanía, a angustia, a desesperación. Hoy papá nos ha hablado desde otro planeta.

Recuerdo algunas de sus frases:

«Que cada cual siga su camino con sus espinas, con sus espinas perfumadas, con sus flores amargas, con sus esperanzas, con sus sufrimientos».

«Todo lo que es, seguramente tenía que ser, lo que pasa debía pasar. Hay que resignarse».

«Es preciso ser indulgente, hay que ser benigno, humano. Hay que comprenderlo todo. Todo tiene algún resorte secreto que es su suprema razón».

«No hay que ser inexorable ni despiadado ante nada».

«Es necesario cultivar los recuerdos para que las personas que queremos se mantengan siempre vivas en nuestra memoria».

«Yo no puedo nunca estar completamente ausente, como no puedo nunca estar completamente presente».

Mientras papá hablaba, yo sentía un nudo en la garganta. Papá me pasaba la mano por la cabeza.

Al final de la comida, mamá entró al comedor. Se me ocurre que quería decirle algo a papá y que no se atrevió. Se sentó frente a papá y a mí, al lado de Jaime y de Gerardo. Jaime se apoyó en su hombro y ella le hizo cariños en la cabeza. Papá no habló más. Nos miraba en silencio, con una ternura infinita. Mamá tenía algo que decir, pero no sabía cómo empezar. De pronto dijo:

—Qué mesa más fúnebre, esto parece un entierro.

Papá respondió apenas:

—Acaso sea un entierro. Todos los días enterramos algo o podemos enterrar algo.

Sentí unas ganas locas de llorar, no sé cómo pude contenerme. Miré a papá y vi que una lágrima brillaba en sus ojos. ¡Con qué amor nos miraba a través de esa lágrima!

177. Papá se fue esta mañana, a las cinco de la madrugada, con todas sus maletas y todas sus cosas. Nadie sabe a dónde se ha ido. No habló con nadie, nadie le vio salir. La sirvienta oyó abrir y cerrar la puerta, y nada más.

Yo he llorado todo el día como una loca. Mamá está verde, esta consternada. Ha pasado todo el día en su cuarto, sin hablar. Está aplastada. Se acercó a mí y me dijo, como si se sintiera culpable de lo que ha pasado:

—Perdóname.

Yo me eché a sus brazos, llorando desesperadamente. A Gerardo y a Jaime, mamá dijo que papá había salido de viaje y que volvería pronto. Pero todos sabemos, todos sentimos que esta vez papá se ha ido para siempre.

¡Cómo, Dios mío, cómo habituarme a esta idea de que papá no volverá más! No, no, mil veces no. No es posible.

Todo el día he pasado con su imagen clavada ante mis ojos. He recordado sus palabras de ayer, he recordado los ojos tan infinitamente tristes con que nos miraba, y esa última mirada, esa lágrima que brillaba en sus ojos. Papá guardará largo tiempo la visión de su familia adentro de una lágrima.

II

1. Han pasado tres meses desde que papá se fue. No sé si ahora estoy más triste que antes; lo que sé es que mi sufrimiento es algo consistente, duro, pesado como una piedra. Amo mi dolor como una cosa sagrada y no quisiera que nadie me arrancara esta tristeza del corazón.

He pasado estos meses como sumida en una neblina espesa. Me parecía tener el cerebro y el alma adentro de una campana o de una enorme flor venenosa. Aspiro con delicia el perfume de esta flor y pienso en una disgregación lenta de mi ser. Tengo que hacer grandes esfuerzos para recordar las cosas. A veces siento una rabia sorda contra todo lo que me rodea, contra el universo y contra mí misma. Luego mi cólera empieza a deshojarse en lágrimas tibias.

Mamá también ha pasado por alternativas de dolor y de cólera, de simpatía y de antipatía hacia mí. Algunas veces hemos llorado juntas, otras veces nos hemos echado en cara no sé cuántas cosas.

2. Al principio corrieron muchos rumores respecto a papá. Como siempre, la mayoría de esos rumores eran falsos. Hoy sabemos que papá se fue con Eva al extranjero, pero no se sabe a dónde se fue ni dónde vive en este momento.

¿Quién es Eva? ¿Cómo es Eva? ¿Es este su verdadero nombre o es el nombre con que papá la bautizó en un poema que le dedicara hace tiempo?

Muchas personas han venido a traer noticias sobre ella, y, seguramente, a averiguar noticias nuestras, a curiosear en nuestra desgracia.

Qué me importa a mí saber quién es Eva. Eva es la libertad de papá, es la bandera de su independencia. No creo, no puedo creer que papá esté enamorado de ella. ¿Y si estuviera enamorado? No, no puedo aceptar esta idea. Papá está enamorado de su libertad. No debo olvidar que mamá había hecho de papá un alucinado de la libertad.

Sufro, sufro terriblemente.

Mi sufrimiento es mi única felicidad.

3. Recuerdo como en una pesadilla que, recién se fue papá, mamá nos arreglaba y nos peinaba por las tardes y nos llevaba a los tres a sentarnos con ella al salón. Yo iba como una autómatas. Allí esperábamos rígidos las visitas que venían a compadecernos y a presentar sus homenajes a nuestro dolor.

Mis primeros impulsos de amor, de compasión hacia mamá, se fueron cambiando en una rabia opaca contra ella. Se me figura que esos arrebatos de

ternura y de compasión hacia mamá eran en el fondo sentimientos de compasión hacia mí misma.

Ahora lo único que quiero es que nadie me moleste, vivir aislada, sola en medio de mis pensamientos y de mis recuerdos.

Yo siento que papá nos adora y nos sigue adorando.

4. Todos los días me pregunto como en una obsesión: «¿Quién ha preparado este drama?» Parece hecho de propósito por una mano muy hábil y muy experta.

No quiero ver a nadie, no quiero saber de nadie, no quiero que nadie mire mi cara ni quiero mirar la cara de nadie.

Todos me parecen culpables. Todo el mundo me parece cómplice de este drama. Quiero vivir sola, el mundo me inspira repugnancia.

5. Se me ocurre que mi desolación se oye, no sólo se ve. Sin embargo, ante mamá quisiera fingir indiferencia.

¿Cómo fingir indiferencia? ¿Lograré mi propósito? ¿Podré mantener mi resolución? Me siento tan sin fuerzas, tan sin energía. Papá era la fuente de mi energía.

6. «Los míos no me juzgan —decía papá—; los míos me quieren, me aceptan como soy. En esto los reconozco».

Yo no te juzgo, papá; yo sólo sé adorarte. Yo soy de los tuyos. ¡Qué dulzura sería para mí oír su voz, oírlo hablar!

7. Mamá quiso ocupar todas las sillas en el alma de papá, quiso ser ella el único espectador. Cuando advirtió que esto era imposible, prefirió romper el espectáculo. Y lo rompió.

Esto también es una manera de amor. No, porque no fue capaz de llegar hasta el sacrificio. No fue capaz de su sacrificio personal y sacrificó el espectáculo.

8. La ausencia de los seres amados es preferible a su presencia en continua batalla.

Aunque papá hiciera lo que hiciera por nosotros sus hijos, mamá debía haber callado, no armar escándalos, no gritar sobre los tejados. Ahora creo

que empieza a sentir el peso de lo que ha perdido. Anda como desatentada, no sabe lo que hace ni lo que dice. Ahora lamenta sus imprudencias, su torpeza al ponerse en guerra frente a papá. Ahora, cuando ya es tarde, cambiaría toda su corte por la sola presencia de papá.

¡Cómo sentimos el peso de la ausencia de papá!

Ahora estamos condenados a vivir rodeados de tontos, condenados a no oír sino estupideces y vulgaridades, condenados también a ser tontos, porque no se es tonto sólo de nacimiento, influyen mucho lo que se oye y el ambiente en que se vive.

Esto es lo que hemos ganado con la guerra. En esta lucha absurda entre papá y mamá, las balas nos cogieron al medio, a nosotros sus hijos, y nosotros seremos las principales víctimas.

Mamá es tan perfecta, que su perfección le ha impedido siempre comprender lo que la rodea y ver claro en su propia situación.

9. No digo que mi corazón sea justo, digo que mi corazón se inclina del lado de papá. Y que si yo hubiera estado en el caso de mamá, papá no se habría ido nunca de la casa.

Yo habría sacrificado todo por él, mi orgullo, mi vanidad, mi nombre, mi dignidad, etc. Tal vez porque yo estimo menos mis cualidades, mis méritos y todas esas cosas que lo que mamá las estima. Yo no me creo llena de cualidades, por lo tanto mi sacrificio habría sido menor.

Cuando se vive con un ser excepcional, hay que hacer excepciones.

10. A tía Carmela su marido le fue infiel continuamente. Ella lo sabía, pero nunca hizo escándalo.

El marido de nuestra vecina, doña Josefina Hernández, tenía amoríos hasta con las sirvientas de la casa y con las institutrices de sus niños. A ella nadie la oyó chistar.

A doña Matilde Costa, la tía de Jerónimo, no sólo su marido le llevaba sus amantes a la casa, sino además le pegaba. Ella, por sus hijos, lo soportaba todo.

Y el caso de nuestra tía Angélica, la adorable, la santa tía Angélica. Su marido era un tenorio terrible, jugador, bebedor. Ella decía: «Mi primer amor en el mundo es Dios, después mi marido. No tengo hijos, sólo adoro a Dios y a mi marido. No veo las faltas de mi marido, porque lo veo a través de Dios. Dios no me deja ver el mal».

¡Cómo te quiero, tía Angélica! ¡Qué manera más hermosa, qué manera más encantadora para contestar a los intrigantes! ¿Cómo se puede ver algo malo mirando a través de Dios?

En fin, sería interminable hacer la lista de los maridos que han cometido infidelidades conyugales y de las mujeres que han callado. Y el caso de los maridos que han soportado en silencio las infidelidades de sus mujeres, y esto es más grave, por no romper su hogar. Otra lista interminable.

Sólo mamá, la Perfección, la santa, la reina, tenía que armar la catástrofe.

11. Mamá quería el cetro absoluto. Ya lo tiene. Quería reinar. Ya reina en el dolor, rodeada de súbditos admiradores, postrados ante ella y atentos a los menores caprichos de su dolor.

Yo creo que en el fondo de su dolor ella está en la dicha misma; en cambio, presiento que papá, en su dicha, está en la esencia del dolor.

La corte ha vuelto a rodear a mamá. Yo no las veo ni las oigo. Me son completamente indiferentes; no les hago caso. Siento una gran pena por papá y también por mamá. Ahora me sería imposible decirle reina Kui-Kui, como un reproche por haber aceptado otra vez la presencia de todas esas infelices, intrigantes, malas y estúpidas.

Que haga lo que quiera. Acaso en el momento de la muerte, en un instante de lucidez suprema, vea claro y comprenda sus errores.

12. Bertrand vino a vernos. Sentí una triste alegría en su presencia. Traía un saludo especial para mí de Eduardo Alba.

Bertrand me dijo:

—No me extraña la desgracia que han sufrido, no me extraña nada la ruptura de la unión de este hogar: lo que me admira es que haya durado tantos años.

Después que se fue Bertrand, me he quedado pensando en que todo esto me servirá de experiencia para cuando yo me case. La desgracia de hoy servirá tal vez para mi felicidad futura. Ya sé lo que nunca debo hacer con mi marido. Ya sé cómo debo tratarlo, sobre todo si es un hombre superior, o por lo menos, no común.

¡Qué tonta soy! ¿Por qué habré pensado esto como subconscientemente? Es pagar muy cara mi felicidad futura.

13. Yo quisiera saber si papá siente la existencia de los otros o si sólo siente la suya.

Con todos sus defectos, aunque fuera un criminal, es mi padre. Mi deber es no abandonarlo, acompañarlo y si se cae ante mis ojos, levantarlo.

Además, papá no tiene tantos defectos, tiene mucho menos que la mayoría de los hombres y tiene grandes cualidades que pocos tienen.

Papá mío, te adoro.

No, papá mío, no tienes defectos como las Gómez ni la Mariana Toro quisieran que tuvieras. Eres un grande hombre y tienes algunos defectos como todos los grandes hombres tienen también los suyos. Nada más antipático que los seres perfectos.

14. En el primer momento de su libertad, papá debe de haber sentido como si volviera a nacer, como si se quitara una roca de encima, como si recobrará el alma, los sentidos; pero después tiene que haber sufrido mucho al no encontrarnos a nosotros sus hijos junto a él, al pensar en nosotros... Papá es muy paternal.

Yo siento, papá mío, yo siento que tú sufres.

15. Los amigos empiezan a volver. Se me figura que entran a la casa en puntillas, como si hubiera un enfermo, como si el dolor estuviera acostado en una cama, tal vez en la cama de papá.

Hoy vinieron Costa y Joudaux. Estuvieron muy cariñosos conmigo. ¿Por qué conmigo más que con los demás?

Joudaux me dijo:

—La salida de tu padre de esta casa significa el triunfo de la vida sobre la muerte. Tu madre había tenido la habilidad de crear en su casa un ambiente de muerte. Esta casa tiene algo de cementerio.

Joudaux es un poco brutal, y creo que no quiere nada a mamá.

Costa dijo:

—Para tu padre se trataba de vivir o de morir. Ya las cosas habían llegado a ese término. Y lo peor es que creo que tu madre no se había dado cuenta.

Toda la noche he pasado pensando en las palabras de Costa y de Joudaux.

Recuerdo que una vez papá dijo con un acento inapelable: «Es preciso que yo sea o no sea». Y luego añadió con más vigor: «Es preciso que yo sea *yo mismo*. Esto es para mí lo esencial. *Aquí* me es imposible ser yo mismo. Hay que cortar todo, derrumbar todo lo que me impide realizarme plenamente».

Pobre papá, ¡cómo debe haber sufrido!

Cuando un hombre busca realizarse, cuando siente que tiene que realizarse, arrasará con todo lo que le impide lograr su realización. Como un río que tiene que llegar al mar.

16. La Brea Podrida viene a ayudar a mamá a llorar su desgracia. Ella también llora junto a mamá, como si tuvieran un mismo dolor. Cierta es que la Brea, lo mismo que las Gómez, tiene la lágrima fácil.

Hoy la idiota se atrevió a decirme:

—Tu padre es un indiferente; tu padre no quiere a nadie, no tiene corazón.

Yo le contesté con el mayor desprecio posible en la voz:

—No, no es un indiferente. Papá tiene mucho corazón y él sabe muy bien lo que hace, y si lo hace es porque había que hacerlo. Usted no puede comprender a un hombre superior. Papá no es un indiferente. Usted llora sobre todas las desgracias porque llora demasiado sobre sus desgracias. Papá no llora sobre las desgracias de los demás porque no llora sobre las suyas. Y si papá llorara no es usted la que iba a saber que lloraba. De eso puede estar segura.

La Brevia se quedó más podrida que de costumbre.

17. Nadie sabe en dónde está papá. Lo único que yo sé es que papá está vivo porque si no viviera yo lo sentiría, todo mi ser lo sabría.

Pensar que todo esto que tanto nos hace sufrir, mañana sólo serán anécdotas en la vida de un poeta.

18. Recuerdo que una noche, después de una gran pelea entre papá y mamá, yo pensé que papá podría aburrirse de tanta guerra e irse de casa. Este pensamiento me pasó apenas por la cabeza como una rápida intuición.

Recuerdo que entonces yo me dije a mí misma: «Si prefiere irse, pues que se vaya. Si se quedara por fuerza o por un sentimiento de deber, no sería él, su *yo libre*, el que se quedaría; sería su *yo forzado*, deformado; sería otro ser distinto de su persona verdadera. Y sólo lo auténtico tiene valor».

Es preferible vivir solos a vivir con un fantasma encogido, acoquinado; con un ser reducido a su cuarta parte. Nada más horrible que vivir con un ser que no es como es. Es vivir en la mentira, en la farsa, en la mistificación.

19. La desgracia ha dado a mamá un aire imponente. Ha adquirido una verdadera majestad. Ahora no es la reina de la isla Tarapata, es la reina del Dolor.

Lo malo es que su corte sigue siendo la misma y que ninguno de sus cortesanos ve este cambio de majestad. La majestad de mamá se pierde. Sólo yo la veo y la sé apreciar.

Es triste pensar que a medida que vaya disminuyendo su dolor, irá disminuyendo su majestad y que mañana su corte volverá a vulgarizarla.

20. Papá decía: «El espectáculo más interesante para el hombre es el hombre».

Papá hablaba a menudo de un amigo suyo que tenía tal desprecio por los hombres que su desprecio lo hizo amar a los hombres.

Papá también durante muchos años tuvo un gran desprecio por los hombres. Después decía: «Los hombres son el más extraordinario espectáculo del universo. El hombre que comprende a los hombres es siempre un buen hombre».

La comprensión da tranquilidad y bondad. Mientras más alta es la comprensión que se logra, más alta es la bondad que ella implica.

Papá, que posee una gran comprensión de todo, tiene que ser un hombre bueno.

21. Acabo de leer esta frase en un libro de papá: «El hombre es engañado por tantos mirajes, por tantas mentiras, que el espíritu difícilmente puede saber en qué sitio exacto de sus regiones se encuentra.

»De repente en medio de la selva se da cuenta de que ha perdido la orientación».

Papá, ¿sabes tú en qué sitio de ti mismo se encuentra tu espíritu? ¿Sabes por qué camino de tus regiones internas va tu espíritu? ¿Sabes si estás equivocado o si aciertas en este instante? ¿Sabes si estás satisfecho o insatisfecho de ti mismo?

Papá mío, ¿tienes alguna precisión en tu sentir íntimo o estás flotando en lo vago, en una neblina embrujada?

Dime, papá, ¿vale la libertad el precio a que la estás pagando? Ahora que tienes la libertad, ahora que la has conquistado, ¿no piensas con pena en tu esclavitud, no extrañas tu esclavitud en medio de tus hijos?

22. Espero que papá vuelva, y si papá no vuelve, mi desengaño no me hará sufrir. Me enamoraré de mi desengaño.

Por otra parte, yo sé que si papá no vuelve, tarde o temprano yo iré a él y él me recibirá con los brazos abiertos. De esto estoy más segura que de la luz del sol.

23. Debe de ser algo desesperante oír quejas todos los días y reproches a toda hora. Es para desequilibrar al cerebro más sólido.

Recuerdo cuando papá exclamaba enojado y burlón: «Si se mira hacia la izquierda, malo. Si hubiera mirado hacia la derecha no le habría pasado lo que le pasó. Mira hacia la derecha, malo. Si hubiera mirado hacia la izquierda todo habría salido bien. ¡Uf! Déjenme ahogarme en paz con tal de que en el fondo del mar ningún pescado me diga hacia dónde no hay que mirar».

24. Papá, ¿en dónde estás? ¿Sientes mi sufrimiento como yo siento el tuyo?
Lo que tú amas no es la libertad que has conquistado; lo que tú amas es la esclavitud que has perdido.
Papá, estoy segura de que sufres y que amas tu sufrimiento. Tiene que sucederte a ti algo semejante a lo que a mí me sucede.
He ahí el peligro: que te enamores demasiado de tu sufrimiento, que tu dolor llegue a ser la voluptuosidad de tu alma.
Papá, sufres. ¿Verdad que sufres?
Tienes vergüenza de ti mismo y amas esa vergüenza.
No, papá, no tienes vergüenza de ti mismo. Tienes vergüenza de la vida.

25. Los reproches resultan absurdos con ciertos seres que seguramente se han hecho ellos mismos antes todos los reproches posibles.
¿Cómo le quieren sus amigos a papá, cómo le defienden contra los que siempre creen que ha llegado el momento de morder! Los enemigos lo son generalmente porque nosotros queremos que lo sean.
Dice Joudaux:
—La amistad de tu padre es un lujo que no todos pueden vestir. Tu padre no se da fácilmente. Por muy afable que pueda aparecer a menudo, su amistad la reserva sólo para sus elegidos.

26. Me paso pensando, como una obsesión, que con un poco de prudencia de parte de mamá, papá no se habría ido jamás de esta casa.
Si yo hubiera estado en el caso de mamá, papá no se habría ido de nuestro lado.

27. ¿Quién es Eva? Papá mío, ¿qué es Eva para ti? ¿Es el amor, es una droga, es la pasión, es el olvido, es la consolación, es tu equilibrio, es un hechizo, es la estabilidad de tu alma, es el descanso, es la inquietud o la serenidad? ¿Qué es Eva?
No puedo creer que estás enamorado. Mi cerebro rechaza esta idea. ¿Soy ingenua porque no creo en tu amor?

28. He estado recordando escenas de mi niñez y de mi primera adolescencia. He recorrido, soñando, muchos caminos de la mano de papá. He sentido su risa y su voz. Nos hemos reído juntos.
No puedo negar que yo sentía una voluptuosidad especial en molestar a mamá.

29. El amor tiene que ser desinteresado, de otro modo no es amor, es conveniencia espiritual e intercambio material. Tanto me das, tanto te doy. Esto no es amor. El amor da sin pedir y lo único que le asusta es pensar que pueda llegar un momento en que no tenga que dar.

Hay personas que exigen no sólo la exclusividad, sino la absorción.

Para mamá el amor es dominación. Dominación de ella y sometimiento del otro.

Mamá no podía concebir ni aceptar que no se aceptara su predominio.

Estoy segura de que si al fin, obligada por las circunstancias y viendo la catástrofe que nunca vio, hubiera tenido que aceptar la libertad de papá, ella habría querido dirigir esa libertad. Es absurdo, pero es así. Mamá habría querido dirigir la libertad de papá, medirla, dosificarla.

30. Papá tenía demasiada fe en sí mismo y quería tener fe en mamá.

Mamá tenía demasiada fe en sí misma y no quería tener fe en papá.

La fe de papá en sí mismo era llena de anhelos, llena de amor, llena de entusiasmo. La fe de mamá en sí misma era cerrada, huraña, llena de desprecios.

31. Los que se creen justos, ¿poseen el verdadero sentido de la justicia?

¿Podemos estar seguros de que la justicia de los justos sea la justicia de la justicia? ¿Hemos pensado en lo doblemente trágica que es la injusticia de los justos?

32. A veces mamá habla ahora de papá con mucho más amor que como hablaba antes. Otras veces se revuelve contra papá como si lo sintiera presente. Lo cree culpable a él solo de haber abandonado su hogar.

Hoy me dijo:

—Nos ha abandonado porque no nos quiere.

Yo le contesté:

—O nos ha abandonado porque nos quiere demasiado o porque quedarse en esta casa habría sido suicidarse.

¿Por qué papá será culpable de haber abandonado su casa y no mamá de haberle obligado a abandonarla?

Mamá: —El hecho de haberse ido con otra mujer prueba que abandonó su casa porque se enamoró.

Yo: —Si papá se ha enamorado, su enamoramiento puede ser la consecuencia lógica de la guerra continua en que vivía en su casa.

Mamá: —Su enamoramiento de hoy, sus aventuras de ayer, demuestran su alma de sultán.

Yo: —Su alma de sultán puede ser la consecuencia lógica de la exacerbación de su personalidad en la lucha por su defensa constante.

33. Es terrible luchar contra un hombre que no tiene miedo de nada, ni del dolor ni de la muerte.

¿Qué se puede hacer contra un hombre que ama su dolor y que sería capaz hasta de amar su muerte?

Son tremendos estos seres para los cuales todo es objeto de amor. Todo, menos aquello que pretende la aniquilación de su libertad porque su libertad significa amor total.

34. Creo que papá volverá. ¿Por qué a veces dudo de que volverá? ¿Dudo a causa de él o dudo a causa de mamá?

Varias veces me he sorprendido hablando de papá en *pasado*, como si creyera que papá había muerto o que no volverá nunca.

Gerardo y Jaime siempre hablan de papá como si fuera a llegar mañana. Me da envidia oírles. ¡Qué maravillosa inconsciencia! Ya se están disputando y repartiendo los juguetes que papá va a traerles.

35. Creo que Gerardo, aunque cinco años mayor, es más inocente que Jaime. Gerardo a veces tiene grandes intuiciones; en rápidos relámpagos ve las cosas claras como todos los inconscientes. Jaime, el soñador, ve y observa mucho más que Gerardo.

Creo que Gerardo será un buen burgués pacífico y de todo reposo. En cambio pienso que Jaime puede ser inquieto, peligroso, seguramente demasiado dominador.

Recuerdo que papá decía: «Que en una familia salga un solo ser excepcional, y he ahí el equilibrio comprometido para siempre».

Tan vulgares y tan poco comprensivas son en general las familias. Los genios, los talentos, los hombres superiores no se dan en familia, no se dan en racimos. Además la familia está organizada sobre la base de la mediocridad.

36. Desde hace algún tiempo, casi todas las noches sueño con papá. Ayer soñé que paseábamos juntos por *sus* cerros, que habíamos ido a ver *sus* árboles, *sus* nubes, *su* puesta de sol. Lo veía con una precisión absoluta, lo oía tan claramente, que recuerdo todo lo que hablamos en el sueño. Yo le hablaba con cierto resentimiento, él me hablaba con una gran dulzura y como con resignación.

—Hija mía, tú eres un ángel —me dijo papá.

—No lo creo, puesto que mi amor a ti me ciega y me hace ser injusta.

—Puesto que tú me quieres, ello prueba que yo soy bueno.

—Mi amor hacia ti no prueba que tú eres bueno, prueba que yo soy buena.

—Esto del *bueno y malo*, Alicia, es una de las más tontas convenciones. Quisiera que existiera otra vida para que vieras el número de los buenos que eran malos y el número de los malos que eran buenos. Si existiera el otro mundo, el otro mundo sería el mundo de las sorpresas.

Yo repetía:

—Mi amor a ti me hace ser injusta.

Papá, con una gran ternura:

—¿Quién te ha dicho que eres injusta? ¿Qué demonio está entrando en tu alma durante mi ausencia? Alicia, vigila tu alma.

37. Si mamá necesita tener una corte que la rodee, ¿por qué no sabe elegir mejor sus cortesanos? ¿Cómo no se fatiga de oír hablar a esos tontos y esas tontas? No comprendo cómo puede convivir con esas almas vulgares, esos espíritus comunes y tan terriblemente primarios.

Y además, intrigantes, pequeños, chismosos, beatos hipócritas, fingidos y falsos.

Viven hablando de la maldad, del vicio, de los pecadores. Es una defensa íntima para que nadie vea su maldad, sus vicios, sus pecados. Hablan de Dios y no tienen un grano de bondad en sus almas.

Me es insoportable lo externo, lo fofo, lo superficial de este culto de los beatos. Este rebajamiento de Dios, ese empequeñecimiento del universo.

Creer comprender la Creación y no comprenden ni su cuarto de dormir. Creer que están repitiendo las palabras de Dios y están repitiendo las palabras del cura Sosa.

Recuerdo una vez que estábamos en el campo. El escultor Bellonte, por dar gusto a mamá, se puso a hacer un Cristo de greda; aunque nunca hacía cosas naturalistas, tomó como modelo a Serapio Celis, el jardinero jefe de la casa, que era flaco, pálido y que tenía unos ojos dulces y una pequeña barba. Cuando terminó el Cristo, todos fuimos a verlo. Yo lo encontré bastante bien. Mamá se encantó y dijo que inmediatamente iba a mandarlo fundir en cobre. Entonces una de las Gómez se precipitó a besar el rostro de la imagen con una devoción redoblada, para que todos la miráramos y admiráramos su piedad. Yo sentí una especie de repugnancia instintiva. Papá me adivinó, y dijo sonriendo:

—Cree que está besando a Dios y está besando a don Serapio Celis.

Después agregó entre dientes:

—Acaso por eso lo besa con tanto amor.

¡Cómo fatiga lo pequeño! Quiero un momento de aire puro, de espacio verdadero, de algo grande, de algo auténtico.

38. Mamá quería modificar a papá, que es un ser superior, y nunca ha pensado en modificar a sus cortesanos, que son unos infelices.

Esa manía de querer cambiar los seres es la manía de los grandes vanidosos, de los que se creen perfectos. Pero querer cambiar a ciertos seres es una insolencia.

39. Cada vez que yo hablo de Dios, entiéndase bien que no hablo del Dios de bolsillo de los beatos; hablo del Universo, del Uno, Principio y Ley Suprema. Hablo del Dios de los grandes místicos.

Papá también tiene algo de místico, lo tiene por su sentido de exaltación, por su elevación mental. Nos diferenciamos en que mi sentido místico es religioso y el de él es puramente panteísta.

En todo caso, mi Dios no es el Dios del pequeño creyente asustado, ni el Dios del beatus hueco, ni el de los hipócritas que rezan como chismeando y chismean como rezando. Mi Dios no cabe en las definiciones de los libros.

No conozco a nadie que haya definido al Dios que yo siento. Mi Dios es un Dios que es y no es, que es nada y es todo. La definición que más se aproxima a mi sentir íntimo sería la de San Dionisio Areopagita: «La causa de todas las cosas no es ni alma ni intelecto; no tiene imaginación, ni opinión, ni razón, ni inteligencia; no es razón ni inteligencia y no es ni hablada ni pensada. Tampoco es número, ni orden, ni grandeza, ni pequeñez, ni igualdad, ni desigualdad, ni similitud o disimilitud. No se mueve y no se reposa. No es ni esencia, ni eternidad, ni tiempo. Ni aun el contacto intelectual le pertenece. No es ni ciencia ni verdad. Ni siquiera es realeza o sabiduría, ni unidad, ni divinidad, ni bondad, ni tampoco espíritu tal como nosotros le conocemos».

¡Qué maravillosa y qué tremenda definición!

Nada de lo que se pueda aplicar al hombre, ninguna cualidad humana se puede aplicar a Dios. Nada de lo que puede decir nuestro lenguaje cuadra a Dios. Dios está fuera de nuestro lenguaje y de nuestro pensamiento mismo.

Ni los más grandes místicos han podido alcanzar a ese Dios que yo siento. Ni siquiera sospecharlo o vislumbrarlo; por eso algunos han querido explicarlo sólo por negaciones. Las afirmaciones serían más ridículas aún.

La mística hindú dice de Dios: «No es conocerlo el no ignorarlo completamente. Es mirado como incomprendible por aquellos que más lo conocen y como perfectamente conocido por aquellos que lo ignoran en absoluto».

Ese es el Dios que yo siento, ese que no es conocerlo el adivinarlo. Por lo tanto, nadie puede sacar consecuencias de él, porque nadie le conoce. Nadie puede decir lo que piensa, lo que le gusta o le disgusta; nadie puede decir que hará esto o lo otro, ni prever ninguna de sus actitudes, ni saber si tiene actitudes.

Sin embargo, hay quienes describen los planes de Dios y le trazan líneas de conducta. Es para morir de la risa. Esos audaces, esos vanidosos deben ser los más despreciados por Dios si Dios puede despreciar.

40. ¿Cómo evitar que en mi intuición de Dios se infiltre una concepción antropológica de Dios?

Es muy difícil todavía para mí evitar que el concepto de Dios deformado por los hombres no se apodere frecuentemente de mi espíritu. A veces me sorprendo pensando en Dios, en el Dios de todo el mundo, en el Dios del vulgo. A veces me sorprendo hablando de Dios, del Dios de todo el mundo. Es que no hay nada más difícil que luchar contra la costumbre y contra la herencia, contra los hábitos de pensamiento.

Pero nunca he pensado tanto en Dios como desde que papá se fue.

Naturalmente mi Dios no puede ser el Dios de las Gómez, ni el Dios de la Marina Toro, ni el de Susana Vásquez.

41. Papá, ¿dónde estás?, ¿qué te costaría dar noticias tuyas? ¿Tan hechizado te tiene tu libertad que te has olvidado de nosotros? ¿Tan embriagado estás de ti mismo que no sientes las voces que te llaman?

Quisiera saber cómo estás, quisiera conocer el verdadero estado de tu espíritu.

Si supieras las cosas que hemos hablado de ti con Gerardo y con Jaime.

Papá, yo siento por las noches la llegada de tus pensamientos hacia nosotros. Por ellos sé que nos adoras.

42. Mamá ha estado todo el día de hoy muy triste. ¡Cuánto la quiero cuando la veo sufrir! Se me figura que se arrepiente de su terquedad y que lamenta el haberse puesto en son de guerra frente a papá.

Estuve muy cariñosa con ella. Ella estuvo muy pensativa.

En la tarde me dijo:

—Acaso tu padre no es tan culpable como yo lo creía. Acaso sobre nuestra familia pesa una maldición. Yo he sufrido las mismas desgracias de mi abuela.

He meditado las palabras de mamá. No hay tal maldición, ni nada parecido. Lo que hay es que las desgracias se heredan, no porque se hereden en

realidad, sino porque se hereda el carácter. A caracteres semejantes es muy probable que les sucedan cosas semejantes.

Los hombres no son tan distintos ni reaccionan de mil maneras diferentes.

43. Lo diré mil veces: haga lo que haga, es mi padre y es un hombre excepcional. Yo no lo juzgo, yo soy de los suyos.

—Tu padre —me dijo Bertrand— es una de las almas más hermosas que conozco. No hay nada que temer por él. Su alma es de una hermosura que nada puede manchar. Así lo viera en medio del vicio, en la última depravación, revolcándose en el barro, su alma no perdería su hermosura. Tendida en el fondo de un abismo o sobre una nube, su alma será la misma. Es de un metal inalterable.

44. Joudaux me mostró esta frase en un libro de papá:

«Mujer, conoce tu espíritu y conoce el espíritu del que debe ser tu compañero antes de crear dos víctimas».

Después me dijo:

—Si tu madre oyera hablar a grandes personas no sería como es; sería comprensiva, sería humana, sería amplia de espíritu. Lo malo es que tu madre no oía nunca a los superiores, porque todos eran amigos de tu padre.

Yo le respondí:

—Mamá es un ser encantador y un muy noble espíritu.

—No digo lo contrario. Pero oír tontos pone inhumano, pone mezquino, empequeñece nuestra visión. Los labios de los tontos tienen unas invisibles tijeras que cortan las alas.

—Si mamá hubiera sido un poco más prudente, habría sido realmente perfecta.

—El contacto con los tontos la hizo perder la prudencia y la hizo perder su espíritu abierto y comprensivo. Esta es la verdad y lo que te quería decir.

45. Me siento un poco enferma, tengo fiebre. El doctor dice que debo echarme a la cama. Me prohíbe leer, me prohíbe escribir y hasta pensar. En verdad, a veces siento que mi cerebro puede estallar.

Estoy muy fatigada.

46. He estado un mes enferma. Veintidós días en cama y ya llevo nueve de convaleciente.

Tuve días de fiebre muy alta. Dicen que deliraba hablando con papá, discutiendo con él, peleando con él, haciéndole reproches, diciéndole palabras cariñosas, pidiéndole perdón por mí y por toda la casa. A pesar de la prohibición del médico, he pensado mucho en papá, he tratado de sondear su espíritu y de adivinar toda su personalidad. Papá, a veces te veo en medio del espacio perdido en la noche amarga. De repente un relámpago te corona la frente.

47. Abuelita recibió una larga carta de papá. Adentro del mismo sobre venía otra para nosotros. Decía: «A mis hijos», y toda la carta eran frases de cariño, de una ternura infinita. Palabras casi locas de cariño por sus hijos, sus hijitos, «mis hijitos, decía, mis hijitos, míos, míos, mis hijitos idolatrados, adorados».

Recién la leí sentí una alegría inimaginable; hubiera corrido, hubiera gritado; no veía a nadie, no oía nada. Luego después sentí una enorme tristeza.

48. Hoy iba a leer otra vez la carta de papá. No me atreví.

Ahí está la carta, en mi *secrétaire*. Me da miedo volver a leerla. Mi corazón me asusta.

Quisiera estar sola, lejos de todos y de todo, lejos del mundo. En ese rincón del universo en donde Dios sueña mejor.

49. ¿Hasta cuándo hablan de papá, hasta cuándo comentan a papá?

Déjenle que pasee su sueño de libertad por el mundo.

Déjenle que realice su espíritu plenamente, sin trabas de ninguna especie. Si todos los frutos que da su espíritu en libertad son hermosos, ¿quién puede protestar contra él?

Tal vez está deslumbrado de sí mismo, ebrio de sus alas sin cadenas. Tal vez está hechizado del reposo de su alma, lejos de la batalla. Tal vez está encantado de su propia vida, de esa vida plena y total que no había conocido nunca.

50. A los que dicen que papá es un espíritu contradictorio, yo les pregunto: «¿Qué saben ustedes del alma humana? Si fueran capaces de estudiar un alma, si fueran capaces de ver profundamente, verían que papá no es un espíritu contradictorio o que sus contradicciones son aparentes».

A los que dicen que papá hace todo lo posible por perder su reputación, yo les digo que son unos imbéciles. Hay personas que no pueden perder su reputación, porque están por encima de los fabricantes de reputaciones.

Además, yo no tengo necesidad de la reputación de papá para quererlo y mucho menos de su buena reputación ante los tontos.

51. Papá no ha buscado nunca aplausos ni aprobaciones para sus actos ni para sus obras. Al contrario, se diría que siempre que le aplaudían demasiado dudaba de sí mismo. A menos que los aplausos vinieran de una que otra persona, de muy pocas personas en cada país.

Nunca le vi triste porque alguien le atacara; en cambio muchas veces le vi triste por elogios que él creía no merecer.

Muy frecuentemente aparecía descontento de su trabajo. Recuerdo que una vez Bertrand, como para consolarlo, le dijo:

—Los grandes escritores se parecen a los santos, en que siempre están descontentos de sí mismos. Hay que desconfiar de los satisfechos.

Papá es muy distinto de como lo cree mucha gente superficial.

Papá le tiene horror a la popularidad, porque sabe que la popularidad es un pulpo que aprieta al hombre, que coge y lo reduce, lo reduce a su menor expresión. La popularidad significa una presión aplastadora sobre el cerebro, significa millones de manos intrusas que tratan de deformar nuestro espíritu y modelar su masa íntima, según su sentir y a su antojo. El hombre popular se debe a su popularidad y corre el peligro de dejar de ser él mismo para ser todo el mundo.

52. Ha llegado otra carta de papá para nosotros: «A mis hijitos adorados».

Papá debería escribirme a mí separadamente. Yo sé por qué no lo hace. No es un misterio para mí que conozco su corazón y que sé qué lugar ocupo en su corazón.

Papá mío, ¿me tienes miedo? ¿Crees que estoy enojada contigo, porque soy mayor y más consciente que los otros? ¿Te da miedo escribirme a mí porque me prefieres? ¿Te asusta enterrecerte demasiado? ¿No te atreves a empezar un diálogo conmigo?

No temas. No contestaré ninguna de tus cartas dirigidas a los tres. Eso tú ya lo adivinabas, me conoces muy bien.

53. Mamá ha perdido mucho de sus energías desde que se fue papá.

Ahora es más suave, más amable.

Se diría que el origen de sus energías era la lucha con papá. Del contacto de las espadas nacía la fuerza eléctrica.

Mamá ahora es mucho más tierna, mucho más cariñosa y dulce con nosotros. Antes no tenía tiempo que perder. La guerra es muy absorbente. Además se le pasaba hasta nosotros un poco de su aspereza contra papá.

¡Cómo me gustaría que papá la viera ahora! Creo que se volvería a enamorar de ella.

54. Nada más ridículo que esas mujeres que se sienten humilladas a cada paso y por cualquier acto de sus maridos. Nada más ridículo y nada más común.

¡Qué poco se estiman!

¿Que una infidelidad de mi marido vaya a humillarme? No, yo valgo más que una infidelidad de mi marido. ¿Que cien engaños de mi marido vayan a humillarme? No, yo valgo más que cien engaños de mi marido.

Mi valer está en mí y no fuera de mí.

55. Papá, no olvides que los extremos se tocan y tampoco olvides que todo lleva en sí su contradicción. No olvides que los contrarios pueden ser idénticos o identificarse en un punto dado y que los idénticos pueden ser contrarios.

No olvides el símbolo cabalístico de la serpiente que se muerde la cola.

Debes defender tu libertad contra tu libertad.

56. Papá solía decir que el amor perfecto es tan raro que casi se podría afirmar que no existe. Olga le preguntaba una vez que cuáles eran las distintivas de ese amor perfecto y que cómo se podría probar un amor perfecto.

—Dar todo lo que se posee por un ser, ¿es prueba de amor?

—No. Se puede dar todo lo que se posee por espíritu de sacrificio y sin amar a la persona por la cual nos desposeemos. Por simple amor al sacrificio.

—Dar la vida, ¿es prueba de amor?

—No. Se puede dar la vida por aburrimiento, por desprecio a la vida o por miedo de vivir. Se puede dar la vida por orgullo, por soberbia. Se puede dar la vida por molestar, por castigar a alguien. Se puede dar la vida por un extremo narcisismo. También se puede dar la vida por alegría de vivir, por el vértigo de la alegría de vivir. Dostoiéwsky, que conoció como nadie el corazón humano, nos habla de suicidios por alegría de vivir.

—Entonces, amigo mío, nunca podremos saber si estamos verdaderamente enamorados, y nunca sabremos si alguien nos ama con ese amor sublime. Y esto es lo único que me gustaría saber: ¿qué debe sentir el hombre que me ame con amor perfecto?

—Sentir ante cada uno de tus actos la locura de que tú vivas, la loca alegría de verte vivir, sin saber si tus actos son buenos o malos.

—Maravilloso y tremendo.

—Y algo más tremendo aún: llorar tu muerte a cada instante de tu vida.

57. He meditado mucho en aquellas frases de papá sobre el amor. Qué tendencia a la sublimación tiene el alma de papá. Qué alma tan extremista posee y qué atracción a las más grandes alturas, a los últimos límites.

Pienso que un enamorado debería hablar así: «Mujer, tú me haces saber que existo. Te siento, luego soy».

Dicen que papá, una vez, le dijo a no sé quién:

—Ante ti puedo olvidarlo todo, hasta que eres hermosa.

Ella se quedó muy satisfecha. Yo le habría respondido: Ese *puedo* prueba que no sientes un gran amor. Deberías haber dicho: «Ante ti lo olvido todo, hasta que eres hermosa».

Veo que esa frase de papá fue simple literatura y nada más que literatura.

Para mí, el amor perfecto es la muerte del yo. Contrariamente a lo que se piensa, que es la exaltación del yo. Y si es la exaltación del yo, sería su exaltación hasta la muerte.

58. Llegó otra carta de papá a abuelita. Como no le hemos contestado, no nos escribía a nosotros. Quien sabe qué pensará de nosotros. Creerá que estamos enojados con él. Mejor que piense eso. Sin embargo, en la carta para abuelita nos mandaba «millones de besos y toda su alma».

Abuelita está muy contenta porque recibe regularmente cartas de papá. Quiero mucho a abuelita porque papá la adora y porque ella adora a papá.

A mí las cartas de papá cada vez me producen mayor tristeza. Me dan tanta pena que casi prefiero que no nos escriba más.

Jaime le ha escrito últimamente dos cartas con su gran letra de patas de mosca, que papá besaré cuando las reciba y encontrará encantadoras.

Yo no le he escrito. No quiero escribirle.

59. En el fondo de un cajón del escritorio de papá he encontrado algunos papeles con anotaciones que se le quedaron olvidados. Deben ser anotaciones para algo que pensaba escribir.

En uno de esos papeles he encontrado esto:

«Odiar sus odios es tan respetable como amar sus amores. Por qué he pensado en esto. ¿He buscado la legitimación de algo?».

Hay un blanco, y más abajo dice:
«¿Y amar sus odios? ¿Y odiar sus amores?
»A meditar».

En otro papel encuentro este diálogo:

—Mi placer es cosa mía y no tuya.

—Mi placer es cosa tuya y no mía.

Hay un blanco, hay una larga frase tachada, imposible de leer, y luego:

—Mi sufrimiento depende de mí y no de ti.

—Mi sufrimiento depende de ti y no de mí.

»He ahí las dos maneras de mirar la vida y de afrontar la vida. Dos actitudes distintas ante la vida».

60. Hoy he seguido revisando las notas de papá. No he hablado a nadie de mi encuentro. Hay algunas notas muy curiosas y muy interesantes.

Seguramente papá pensaba escribir algo, y se me ocurre que algo relacionado o inspirado en el caso de su tía Teresa, que se casó con un perdulario, borracho, corrompido, de la peor especie. Nadie pudo explicarse nunca el misterio de ese matrimonio. El pobre borrachín tenía cierto talento musical, era su única gracia. Lo curioso es que hizo de él, al cabo de algunos años, un gran músico y un buen hombre.

He encontrado una frase que papá repetía muy a menudo:

«No hay tanto vicio en el vicio, ni hay tanta virtud en la virtud».

En la misma página, por el otro lado, hay este diálogo:

—¿Te casaste conmigo por amor a mí?

—No, no te quería. Me casé contigo porque eras un hombre perverso y quise levantarte, quise arrancarte del lodo.

—Es decir, que te casaste conmigo por apostolado, por probarte a ti misma tu grandeza de alma. Te casaste conmigo por amor de ti misma, por narcisismo, tal vez por narcisismo religioso. Por probarte que eras capaz de llegar al último extremo y aplaudir tú misma la belleza de tu alma.

—Me sorprenden tus palabras. Me sorprenden... No, no me sorprenden... Acaso digas verdad.

—Quieres rivalizar con Jesucristo. Es una locura como cualquiera otra y que puede costar caro.

—Santa locura. Nada puede ser caro para mí.

—Tienes alma de mártir. Dicen que hay muchos locos que se creen Dios. Todos hemos conocido a uno que llamaban el «Loco Dios». Ese creía que todo lo había creado él. Tú crees que todo debes redimirlo tú. Desde hoy te llamaré la «Loca Cristo», es el único nombre que te cuadra.

—Hermoso nombre. Gracias por él.

Entre los papeles que papá dejó olvidados, encuentro el siguiente recorte de periódico, pegado en una cuartilla y firmado M. Lams:

Hace algunos días, un ingeniero visitaba los talleres de la usina eléctrica de la Thompson-Houston. Iba acompañado de un mecánico que era el mejor guía, pues veinte años de servicio en la usina le hacían el más conocedor y el más experto de sus compañeros. Y he aquí que al pasar junto a una barra de alta tensión, el mecánico señala el peligro al ingeniero y de repente estira la mano y coge la barra. Una llamarada, una columna de humo, el cuerpo carbonizado.

La encuesta ha revelado que ese mecánico no tenía ningún motivo para suicidarse y era lo que se llama un hombre perfectamente normal. Pero es fácil imaginar esa lucha trágica de veinte años contra la tentación de la descarga, de lo prohibido por la vida misma. Llegó un momento en que le fue imposible contenerse.

Tenemos un instante, una visión luminosa de nuestro poder sobre nuestra propia vida, sobre la vida total de la cual creemos, tal vez, en ese momento ser el centro. Queremos probarnos nuestro poder, queremos estar seguros de él. Amo absoluto de mi vida, quiero usar de este derecho supremo. La claridad deslumbradora con que brilla, en ese instante, nuestra vida, nos ciega. Cerramos los ojos y...

61. ¡Qué curiosas son las reacciones del alma humana!

A Joudaux, cuando se le murió su madre, le dio una rabia loca. Quería mucho a su madre. No derramó ni una sola lágrima. Pasó varios meses insultando a todo el mundo, peleando, protestando por todo, hallándolo todo malo, gritando, pateando. En un estado insoportable.

Conozco a otro que después de un gran dolor pasó meses en que no hacía otra cosa que reír. Reía de todo y por todo, con una risa histérica, absurda.

Me gusta observar las reacciones del alma humana. Nada aguza más el espíritu. Llegará un día en que seré una buena psicóloga.

A papá le atraen los corazones destrozados. Le gusta observar y estudiar los cerebros que sangran.

62. Papá ha contestado a Jaime y a Gerardo. Yo no sabía que Gerardo le había enviado un papel adentro de una carta de abuelita.

Estoy aburrida, terriblemente aburrida y no tengo ganas de escribir. Me pesa la pluma.

Desde que sabemos donde está papá, no sé qué me pasa. Mi inquietud ha disminuido y creo que hasta pienso menos en él o pienso en él con mayor tranquilidad.

Sin embargo, mi alma está llena de contradicciones.

63. Recuerdo que N. dijo una vez a papá:

—Usted no es sensible.

Papá le respondió:

—Naturalmente. No soy sensible de la misma manera que usted.

Hoy he tenido ganas de escribir una carta a papá. Voy a escribir mañana sin falta.

64. No, no le voy a escribir. Voy a salir a tomar el sol.

Alguien que viene llegando del extranjero vio a papá varias veces en diferentes partes. Lo encontró bien, pero algo así como si viviera flotando en un viento de inconsciencia.

Habría que saber si ese señor dice la verdad.

Yo siento que papá vive en un estado en que no sabe si es feliz o desgraciado. No sabe si es desgraciado de su felicidad o si es feliz de su desgracia.

Abuelita acaba de recibir otra carta de papá. En ella manda todo su corazón a los suyos, a nosotros que somos los suyos.

¿Le escribiré o no le escribiré?

65. Dicen que Eva adora a papá con verdadera locura; que se desvive por él, que sólo piensa en él, que vive en idolatría ante él, que ve por sus ojos y oye por sus oídos.

Dicen que es un ser profundamente humano, que tiene un gran sentido humano. Que es lo más femenino que pueda imaginarse; mujer hasta la médula de los huesos. Un alma llena de dulzura y de intuiciones femeninas. No pide nada, no exige nada; ella da a papá su corazón a manos llenas. Lo comprende admirablemente, le adivina el pensamiento.

Es la mujer, es realmente Eva.

Esto es muy grave.

66. Yo estoy convencida de que mamá también adoraba a papá. Mamá obraba inconscientemente y no se daba cuenta de la exageración de sus actitudes belicosas. Pero mamá quería y admiraba a papá como nadie.

Mamá es un ser lleno de encantos, tiene una majestad única, es una verdadera reina. Tiene unos ojos llenos de intuición y de una poesía infinita, una frente en la cual trasluce una luz interna. Tiene unas manos maravillosas, tan finas y con tal vida que se dirían las manos de una princesa ciega. ¡Qué manos más expresivas! Y su voz, su voz es de una dulzura, de una feminidad incomparable.

Mamá es un ser perfecto. ¿Quién puede igualarse a mamá? Hay que recordar cómo papá ha cantado a mamá, con qué pasión, con qué devoción. ¿Hay alguien que no sienta esa bondad profundamente humana que se ve en los ojos de mamá? Mamá es una santa y es una gran mujer.

67. Ayer pasé muy buena noche. Dormí como hacía mucho tiempo que no dormía.

Me levanté contenta y salí con mamá a tomar el sol. He almorzado bastante bien, tengo mucho más apetito. Y hasta he jugado con Jaime, yo que en general no juego nunca y de chica jugaba apenas.

Gerardo se estuvo riendo conmigo y contándome cosas del colegio. También me habló de papá y me habló de sus amigos.

No escribiré a papá.

68. He pasado ocho días sin coger la pluma. Nada me incitaba a escribir. He leído bastante y he salido todos los días con mamá a tomar un poco de aire y de sol. A veces hemos salido con Gerardo y con Jaime.

Se me ocurre que mamá quiere distraerme.

69. Vino Joudaux y me trajo el último libro de papá. Me habló maravillas del libro y de su autor. Sus palabras me daban un gran goce y una gran tristeza.

Joudaux se fue porque llegaron las Gómez. Yo también he venido a escribir al escritorio de papá. Poco a poco ha ido llegando toda la corte. Las oigo hablar con sus voces tontas y opacas. Quisiera taparme los oídos. Desde que papá se fue tienen más espacio para sus reuniones. Han salido de su madriguera.

Me molesta cuando estas infelices se ponen a opinar sobre lo que pasa y lo que puede pasar. Está bien que mamá hable. Ellas debieran callar. ¿Por qué mamá no les lanza un grito y les impone silencio?

Gerardo está sentado en el hall oyendo todas las estupideces que dicen. Tengo ganas de llamarlo.

Se me ocurre que Gerardo va a perder toda su personalidad. Lentamente se va a ir convirtiendo en un ser blanducho, amorfo, inculto, de ideas mediocres y sin gusto a nada. Pobre Gerardo.

Al lado de papá no habría sucedido nada de esto.

La mayoría de las familias de este país tienen mentalidad de sirvientes o mayordomos de campo.

70. Estoy muy contenta porque he visto que mamá trata a su corte con bastante frialdad. Cada día le interesan menos, a cada momento la veo más despegada de esa gentuza. Ayer llegó hasta ponerse furiosa porque le contaron que el Curco González hablaba muy mal de papá. Las Gómez le repitieron frases que decía sobre él. Creyeron agradecer a mamá y se llevaron un gran chasco.

El Curco es un pobre infeliz que debe su vida a papá. Cuando estuvo muriéndose atacado por la gripe infecciosa, papá fue el único de sus amigos que no se movió del lado de su cama. Después tuvieron un altercado por no sé qué tontería y desde entonces el Curco detesta a papá.

Un poco de mal que hacemos a alguien borra de su memoria todo el bien que antes le hicimos. Extraña condición humana que se aferra de cualquier cosa para evitar el agradecimiento.

71. No me atrevía a leer el libro de papá. Me daba miedo abrir sus páginas. Anoche lo empecé a leer y hoy lo he terminado. No podía soltarlo de las manos.

¡Qué cosas tan bellas dice, tan bellas y tan hondas! Es un libro magnífico. Gerardo quería leerlo. Yo le dije que no era un libro para él, y se enojó.

72. A veces sueño que veo a papá crucificado entre dos mujeres, en la cumbre de una gran montaña, sangrando interminablemente sobre el silencio.

¿Papá nos ha sacrificado o se ha sacrificado?

73. Papá está triste. A menudo siento su tristeza llegar hasta mí como una ola inmensa.

¿Qué hay de la libertad? ¿Qué le pasa a la libertad? ¿La libertad también se aburre de ser libre? ¿Y si resultara que el mayor atractivo del hombre era la esclavitud?

Papá, no te enojés conmigo por estas preguntas. Conduce a tus discípulos de la mano. Enseña los resultados de tu experiencia. ¿O por orgullo serías capaz de no decir la verdad? ¿O quieres que cada cual realice en sí mismo su propia experiencia?

74. Encontré a Eduardo Alba en la calle. Llevaba el libro de papá. Me dijo:

—Mire, ¡qué hermoso esto! —y me señaló estas frases:

El verdadero maestro debe arrastrar a sus discípulos al medio de su laberinto espiritual, a lo más intrincado de sus selvas internas, y una vez allí cerrar los ojos para que no tengan ninguna luz que los guíe. Los que deban salvarse se salvarán; los que deban perecer perecerán. Es una especie de ley de selección natural.

—He leído ya el libro dos veces —me dijo Eduardo—. Yo espero estar entre los que se salvarán.

75. Unos dicen que papá está enamorado, otros dicen que no lo está.

Yo pienso que lo mejor será que lo dejen tranquilo. ¿No tienen otra cosa que comentar? ¿No pueden hablar de los caballos de carrera, de los boxeadores, de los campeonatos de tenis, de las combinaciones de la ruleta?

Creo que entienden mucho más en eso que en problemas que atañen directamente al alma humana.

Que si papá está enamorado o no lo está.

Que si es un egoísta o no lo es.

Que si es generoso o no es generoso.

Que si obra por vanidad o por sinceridad, y mil sandeces por el estilo.

No hagáis el ridículo. ¿No veis que el espíritu de ciertos hombres está fuera del alcance de vuestras miradas? ¿Qué sabéis vosotros del alma humana?

76. He observado que cuando las gentes hablan mal de alguien, parece que se están vengando. Generalmente se están vengando de su inferioridad. Se vengan de que sus almas se sienten esclavas ante un alma superior.

La maledicencia es la única rebelión de ciertos esclavos, de los esclavos demasiado débiles, demasiado esclavos.

Además he observado esta otra ley infalible: los que hablan mal de los demás, siempre tienen algo propio que tapar, alguna vergüenza que les avergüenza o alguna suciedad interna que justificar. Entonces, estos mentecatos creen que manchando a los demás ellos se limpian o por lo menos quedan todos igualmente manchados.

Los limpios de corazón nunca hablan mal de nadie. Esto es absoluto, indiscutible.

77. Mamá se dedica mucho más a nosotros y cada día se preocupa menos de su corte. Creo que esas tontas intrigantes empiezan a fatigarla y a serle antipáticas.

¡Cómo me gustaría que papá viera ahora a mamá! Varias veces mamá ha hablado con gran cariño y admiración de papá. Estoy segura de que papá tampoco permitiría que nadie le hablara mal de mamá y que él también habla de ella con gran cariño y admiración.

Mamá siente la parte de su culpa en la separación con papá. En el fondo de su alma ella sabe muy bien hasta dónde llega su razón y dónde empieza la razón de papá. Por eso mamá muchas veces defiende a papá.

78. «*No cumple con su deber*», dicen los tontos.

¿Cómo sabe usted cuál es el deber de una persona? ¿Sabe usted si el deber de esa persona no es distinto del suyo? ¿Sabe usted si el deber de esa persona no es hacer lo contrario de lo que usted hace? ¿Sabe usted si el deber de esa persona no es ir contra lo que usted cree inamovible? ¿Sabe usted si el deber de esa persona no es aplastarlo a usted? ¿Sabe usted si el deber de esa persona no es exaltar su yo hasta el último extremo? ¿Sabe usted si el deber de esa persona no es ser libre como el aire? ¿Sabe usted si el deber de esa persona no es realizar algo y derrumbar todo lo que le impide realizarlo?

¿Por qué es usted tan vanidoso que supone que solamente usted conoce su deber? ¿Por qué es usted tan vanidoso que supone que su deber es el único deber posible? ¿Por qué es usted tan vanidoso que supone que el deber de los otros es igual al suyo?

79. Cada día quiero más a mamá. Ella siente mi cariño y con qué finuras me corresponde.

Mamá es un ser casi sobrenatural. El mayor orgullo de la tierra es haber producido una persona como mamá.

Hay que oír a mamá cuando contesta a los tontos que por hacerle la corte atacan a papá. Quisiera estar segura de que papá obra lo mismo que mamá. Porque naturalmente los canallas tratan de envenenar la herida por ambos lados.

Mamá es tan buena, tan encantadora; tiene un alma tan elevada, tan pura. No creo que haya en el mundo dos mujeres como mamá.

80. Hemos venido por unos días al campo. El cambio de aire me fatiga, me pone perezosa. Pero me hace mucho bien descansar.

¡Qué hermosos son estos campos! ¡Qué hermosos estos árboles, estos ríos, estas montañas! Se me figura que miro por primera vez, se me figura que antes algo me impedía mirar el mundo.

Estoy descubriéndolo todo. Todo es nuevo para mí, todo parece recién nacido. A cada momento me pregunto ingenuamente: «¿Todo esto ha existido siempre?»

Estoy encantada de mí misma.

81. Le estoy dando lecturas a Gerardo para que se cultive un poco. A Jaime ayer le conté un cuento inventado por mí. Me oyó con los ojos grandes, abiertos, y me dijo que era el cuento más bonito que había oído. Después se durmió en mis rodillas como un ángel.

Han venido algunas personas a vernos. Unos me son simpáticos, otros me son indiferentes. Pienso que antes todos me habrían sido indiferentes, o tal vez los simpáticos me habrían sido indiferentes y los indiferentes me habrían sido antipáticos.

La naturaleza me absorbe, me entenece. Es de una variedad extraordinaria, tiene una imaginación increíble.

Me gusta oír cantar los pájaros, oír mugir las vacas, oír el viento entre los árboles, oír los mil ruidos de la tarde como si no los hubiera oído nunca.

82. De día en día me voy sintiendo más perezosa. Me gusta mirar, pensar y no hacer nada.

Hay una imaginación extra que no es la imaginación corriente o cotidiana y que no es tampoco la imaginación guiada. Una imaginación independiente, propia, una imaginación repentina y de descubrimientos maravillosos.

Abandonarse a esta alta imaginación es un goce divino. Abandonarse a ella desinteresadamente, sin pensar en aprovecharla en obra o en discursos para oyentes, es como flotar sobre las nubes, entre suaves relámpagos y dulces luminarias, en una *féerie* constante e involuntaria.

Seguramente yo he heredado esta imaginación y ahora siento lo que otros han sentido, acaso más fuertemente que yo. Gracias por este don precioso.

¡Dejarme flotar a la deriva de todos los vientos y no hacer nada!

83. Hemos vuelto a la ciudad. La ciudad me aparece opaca y aburrida. Creo que es solamente el primer efecto de todos los cambios.

Fui a ver a abuelita. Ha recibido varias cartas de papá y en todas ellas hay recuerdos tiernos para sus hijitos adorados. En ninguna venía carta para nosotros. Se diría que papá se ha puesto terriblemente sensible. Desde que Gerardo y Jaime no le han escrito, él tampoco les escribe más. No escribe a nadie de nuestra casa directamente, pero en todas sus cartas habla de nosotros con gran cariño.

¿Habrá algún chisme de por medio? No, papá no cree en chismes.

Debe de estar sentido con nosotros. Pronto va a hacer un año que papá se fue.

84. Jaime ha crecido mucho en este último tiempo. Ya parece un hombrecito.

Gerardo se va despertando a la vida, pero siempre sigue tan despreocupado como antes. No creo que le guste mucho reflexionar sobre los grandes problemas de la vida ni tampoco leer libros de verdadero interés.

Mamá a veces parece aburrirse mortalmente, otras veces parece serena y optimista. Se dedica a hacer todo el bien que puede, sin ruido, sin ostentación. También lee bastante y a menudo la veo muy pensativa, sumida en sus reflexiones.

Yo, cada día descubro algo nuevo, pero cada día tengo menos ganas de trabajar. Quise dedicarme a estudiar el piano, pero el piano me aburrí; me puse a bordar carpetas y también me aburrí; dejé el trabajo a medio camino.

Lo único que me gusta es ver, observar, leer y pensar. Enriquecer mi espíritu de un modo perezoso, casi como convaleciente.

85. Papá no me dejaba ver nada. Por mirarlo a él no veía nada más que a él. Era como si tuviera una inmensa cortina por delante.

Ahora veo muchas cosas. Al principio me encantan, pero muy pronto me hastían. Todo acaba por fatigarme.

86. Hace muchos días que no escribía en mi diario. No tengo ganas de escribir ni tengo nada que decir, nada que valga la pena de anotar para recordar un día.

Este diario se va a morir de consunción. Habría que hacerle una transfusión de sangre. Cada día lo veo más pálido y más lánguido.

He ido varias veces a ver a abuelita. Es un verdadero paseo ir a visitarla, pues su casa queda en las afueras de la ciudad y es una gran casaquinta llena de jardines y de árboles. En su huerto se puede uno pasear casi como en el campo.

Abuelita es muy cariñosa con nosotros y especialmente conmigo. Lo mismo abuelito, viene muy a menudo a vernos y siempre nos habla de papá con cariño y como tratando de comprender el enigma de su salida de nuestra casa.

87. Mamá estaba tan bonita ayer que parecía una princesa de cuadro. Ha adquirido una expresión de virgen bondadosa que impone respeto y pide culto.

Pienso, como papá, que no hay sino una cosa digna de amor: la Poesía. Amamos y buscamos la Poesía, aun sin saberlo, ignorando que es la Poesía lo que buscamos y lo que amamos por sobre todas las cosas.

88. Siento una falta de convicción en el rompimiento de papá con su hogar que siempre quiso tanto. No siento como en otras separaciones, un acto rotundo, una ruptura real. Nunca he podido creer que papá haya cortado todos los lazos que lo unían a nosotros y a mamá. Lo siento ligado a su casa con ataduras indestructibles.

A veces nuestros actos en la vida pueden parecer dictados por la frialdad y son al contrario originados por el amor excesivo, por el miedo vertiginoso que va pegado a un gran cariño. Un rompimiento puede ser originado por la necesidad de huir la tragedia que significa un inmenso amor. Por huir la tragedia nos envolvemos en la tragedia, nos arrojamos a ella y hasta nos inventamos una alegoría de otras pasiones para engañar el pánico que nos devora y engañarnos o distraernos a nosotros mismos.

89. No tengo ganas de escribir más. Me aburre seguir este diario. A veces paso semanas sin coger la pluma, y a medida que pierdo las ganas de escribir, mi diario pierde interés.

Antes me parecía como si alguien me forzara a escribir, como si me empujaran hasta el escritorio. Ahora tengo que hacer un esfuerzo para sentarme frente a mi cuaderno.

No se me ocurre nada, y todo lo que se me ocurre me parece inútil, sin razón de ser. No escribiré más. Me voy a dedicar a leer y a estudiar. Aquí termina mi diario, el triste diario de mi adolescencia.

III

1. Hace más de tres años que papá se fue y casi dos años que dejé este diario.

Papá ha vuelto a nuestra ciudad tan aburrida, tan abundante en gente mediocre, en intrigantes de puro tontos, de pura falta de imaginación.

Hace cinco días que llegó papá. Varios de nuestros amigos ya le han visto.

Ha estado todos los días a ver a abuelita. Nosotros debimos haber ido desde el primer día. Tengo unas ganas locas de verlo, pero al mismo tiempo me da miedo. Jaime se pasa llorando por verlo; hasta Gerardo, que últimamente parecía el más indiferente respecto a papá, tiene ganas de encontrarlo en alguna parte.

2. Mamá está muy nerviosa, está inquieta, se ha vuelto a poner habladora, afirmativa. Habla con unas energías que me recuerdan otros tiempos. Se diría que ha despertado de un largo sueño y que vuelve a entrar en la vida con redoblados vigos.

Dicen que papá está muy extrañado de que nosotros no hayamos ido a verlo a casa de abuelita. No sé quién tiene razón. ¿Y él por qué no nos ha llamado? Él dirá que por qué nosotros no fuimos a verle desde el primer día.

¿Quién tiene razón, él o nosotros?

3. Dicen que papá está igual. Acaso un poco más grave, un poco más ceñudo.

Todos sus amigos ya lo han visto. Ayer estuvieron a vernos Bertrand y Jerónimo Costa, el cual me contó que papá había comido antenoche con ellos, con Joudaux y con Eduardo Alba.

Otra vez papá es el motivo de todos los comentarios. Las leyendas, las mentiras van y vienen. Se habla mucho de él.

Costa me dijo:

—Toda persona que habla mal de tu padre o es un idiota que no puede comprenderlo o un despechado porque tu padre no lo toma en cuenta ni le concede beligerancia.

Bertrand dice que papá ha adquirido un temple de alma enorme, mucho mayor aún que el que siempre ha tenido.

4. Toda la corte de mamá ha vuelto como llamada por un toque de corneta. Antes venían muy de tarde en tarde, seguramente porque no encontraban en mamá el calor que esperaban ni la franca acogida a que estaban acostumbradas.

Ahora han vuelto como en los mejores tiempos o los peores tiempos. Hablan como loros. Chismean, comentan, discuten. Están en el quinto cielo. En la pieza de mamá se oye un murmullo de gigantesca colmena.

Parece que la pieza de costura de mamá va a convertirse otra vez en la isla Tarapata. ¿Volverán a hacer de mamá la reina Kui-Kui?

5. Estoy aquí frente a mi diario y me parece mentira. ¿Cómo es que he vuelto a coger la pluma y me he puesto a escribir? Si me lo hubieran dicho hace sólo unas cuantas semanas, me habría echado a reír; tan imposible me hubiera parecido.

¿Quién me ha puesto el papel por delante? ¿Quién me ha puesto la pluma entre los dedos? Qué cosa más extraña. De repente me he encontrado escribiendo como por encanto. Parece cosa de brujería.

Lo más curioso es que me siento cargada de fuerzas eléctricas, como si el aire que respiro fuera eléctrico o lleno de fluidos especiales.

¿Por qué estoy escribiendo? ¿Por qué he vuelto a escribir? Estaba como embotada, siempre aburrida, siempre cansada. ¿De dónde vienen estas nuevas energías? Y se diría que a mamá le ha pasado lo mismo. ¿Tanto me parezco a mamá? Antes todo el mundo decía que me parecía a papá.

Siento adentro de mí como otro espíritu, como si otro espíritu se hubiera apoderado de mí a la imprevista y hubiera cogido todas las palancas del comando.

¿De dónde vienen estas órdenes imperiosas? ¿Y estas ansias y estos nuevos anhelos? No lo sé; francamente lo ignoro. Es un misterio.

¿Siempre habrá un misterio que dilucidar en el fondo de nuestra alma?

6. Mamá está enojada con abuelita porque recibió a papá con los brazos abiertos.

¿Qué quería que hiciera? ¿No es su hijo? ¿Acaso papá es un criminal? Ella adora a papá y papá tiene más que veneración por su madre.

¿Ha olvidado mamá lo que decía respecto a sus hijos? ¿Ha olvidado su indignación cuando la madre de Chartier renegó de su hijo que iba a ser guillotinado al día siguiente? Entonces decía mamá que ella no abandonaría jamás a un hijo aunque hubiera sido el más perverso de los hombres, el más horrible de los criminales. Decía que ella lo acompañaría hasta su último instante.

Ahora bien, papá no es ningún criminal; está muy lejos de ser un perverso, muy lejos de ser un mal hombre. Lo más grave que podría decirse, y esto no es verdad, es que habría dejado de querer a los suyos. Esto no es verdad, todos sabemos que papá nos quiere como antes. Y si no nos quisiera, ello no constituye ningún crimen. El corazón no se manda. No es un crimen no tener desarrollado el instinto familiar, no es un crimen y ni siquiera impide que un hombre sea un grande hombre. Goethe no quería a su familia. ¿Cuántos son los grandes hombres que han sacrificado su familia a sus proyectos íntimos? Sería una lista interminable. Y nadie por esto los ha llamado perversos.

Lo que hay es que mamá se desorienta muy fácilmente, y no sólo se desorienta, se ciega por completo. Y luego su corte, esa terrible corte de alimañas venenosas. Mamá está mal aconsejada.

¡Pobre Gerardo! Ya sabes, si alguna vez te vas de tu casa, mamá no volverá a recibirte jamás. Pero papá te recibirá, puedes contar con él, puedes estar seguro de él.

No, también puede contar con mamá, puede estar seguro de que mamá lo recibirá. Mamá haría lo mismo que abuelita, haría mañana lo mismo que ella está atacando hoy.

Claro está que trataría de justificarlo, recordaría los Evangelios, hablaría de la Parábola del Hijo Pródigo. ¡Como si hubiera que justificar algo tan lógico y que se justifica por sí mismo!

Pienso que si la Parábola del Hijo Pródigo no existiera, no por eso los padres iban a dejar de recibir a sus pródigos con los brazos abiertos y el corazón en fiesta. Estarían inventando la parábola todos los meses del año.

7. Cómo vienen las gentes a traer noticias. Es algo cómico. Es una de cuchicheos y de miradas furtivas que da risa. Están en la gloria. Deberían pagar a papá por haberlas sacado del aburrimiento, de ese largo bostezo que es la vida de esta pobre gente infeliz.

Hoy encontré a Joudaux por la calle. Le pregunté si papá había hablado de nosotros. Me dijo que no. Me dio a entender que él no aprobaba nuestra conducta. Después me dijo:

—El alma de tu padre tiene un perfume especial, que es como un embrujamiento, como un sortilegio.

Sé que Joudaux ha dicho que hay una enorme distancia entre papá y nosotros. Debe encontrarnos muy infelices, lo cual es injusto; por lo menos a mí no me conoce, no conoce ni la mitad de mi alma.

Le pregunté cómo estaba papá. Me respondió:

—Su mismo aspecto, su mismo aire de vivir en otra atmósfera, sus mismas maneras de príncipe un poco desencantado.

Joudaux quiere mucho a papá. Cuando nos despedimos se alejó moviendo la cabeza como pensando en la terrible distancia que nos separa a nosotros del espíritu de papá.

8. La corte está reunida como en los mejores tiempos. Mamá no ha aprendido nada, ni ha olvidado nada. A veces se pone en ademán de batalla, como si papá hubiera llegado a nuestra casa. Se me ocurre que de repente va a empezar a mandarle órdenes.

Si yo le dijera a mamá que está perdiendo el sentido, que no sabe lo que hace; si le dijera que su carácter no tiene remedio, no me creería, no me haría caso. Si hubiera un espejo para mirarse el espíritu y se lo pusiera por delante, iría a preguntarle a su corte cómo es ella y quién tiene razón. Naturalmente, su corte le contestaría que ella es perfecta, que tiene razón en todo, que todo lo que hace es perfecto y lo único que hay que hacer. Exclamarian a gritos que el espejo miente y no faltaría alguna que cuchicheara por lo bajo que ese espejo debe ser fabricado por papá o por algún amigo de papá.

Mamá vuelve a sentirse perfecta. Frente a papá, frente a todos los defectos enormes de papá, ella vuelve a sentir inmediatamente, como una reacción instantánea, su perfección.

9. Mamá está mal aconsejada. Ahora bien, es evidente que cada cual se aconseja como más le agrada y busca los consejeros que quiere. Estar mal aconsejada significa buscar malos consejos, pues todo el mundo puede buscar buenos consejos. Luego el estar mal aconsejada significa tendencia al mal.

¿Cómo se pueden esperar buenos consejos si se vive rodeada de gente tonta y mala?

¿Por qué no consulta a personas de verdadero talento? ¿Por qué no se acerca a espíritus realmente bondadosos? ¿Piensa que van a contrariar sus íntimos designios?

Me han dicho que papá tiene un hijo de Eva, un chico encantador, muy inteligente y con los mismos ojos de papá.

10. En estos últimos tiempos me han presentado muchos jovencitos aspirantes a matrimonio. ¿Mamá quiere distraerme o piensa que ya va llegando la hora de casarme? Lo malo es que yo no pienso en casarme y que tampoco me distraen. Los encuentro insulsos, huecos, ignorantes, sin nada en la cabeza ni en el alma.

Los jóvenes de este país son de una mediocridad y de una incultura increíbles. Estúpidos e ignorantes, tienen una vanidad sólo igual a su ignorancia y a su estupidez. Es imposible encontrar uno con personalidad, que piense, que sepa decir algo interesante, que no sea banal, que comprenda un poco la vida. Viven al margen de la inteligencia. ¡Qué aburrida tiene que ser la vida al lado de uno de estos jovencitos!

Tal vez podrán hacer la felicidad de alguna vaca, jamás harán la felicidad de nadie que se levante diez centímetros de la vulgaridad.

No voy a entregar mi porvenir en manos de estos infelices, de estos seres amorfos. Un día de mi vida vale más que todos ellos juntos.

11. Las Gómez vienen todos los días con algún cuento. Cuando no vienen las Gómez viene la Mariana Toro con su cara de breva vieja. Cuando no viene la Mariana viene Pacheco, y cuando no viene Pacheco viene Susana Vásquez equilibrando el sombrero como un canasto lleno de chismes.

La Susana siempre hablando de su pobre marido, ese pobre marido que la aguantó desesperadamente y que ella llevó a empujones al sepulcro. Todos sus chismes los termina con un recuerdo al muerto.

Pacheco, mirando a mamá con sus ojos untados y esperando siempre las órdenes de la reina.

La Breva convertida en una bomba de pus, echando pestes contra los aventureros y los Don Juanes y las mujeres que se dejan engañar. ¡Con qué placer ella se dejaría engañar! Furiosa contra los Don Juanes porque ninguno se ha fijado en ella, y contra las mujeres que ella llama livianas porque se le figura que si fueran menos livianas ella podría atrapar algún hombre. ¡Qué no daría ella por poder ser liviana!

Las Gómez, unos sacos de amargura, siempre heridas por los éxitos de cualquiera persona. El éxito o la felicidad ajenos es una ofensa personal que se les infiere. Calumnian en nombre de la religión, chismean en nombre de Dios.

Todas son santurronas, beatucas con olor a humo en las ropas y olor a oraciones rancias en la boca.

¡Cuántas de estas pobres aves echarían su piedad por el balcón a cambio de un marido o de un amante!

¡Qué felicidad tener un marido a quien torturar! Asustan estas mujeres que andan buscando una víctima para dar razón de ser a su existencia.

12. Estuvo Bertrand a verme y pasó toda la tarde conversando conmigo. No sé por qué se me ocurrió que papá le había pedido que viniera a vernos. Me

dijo que papá no le había dicho jamás que viniera o no viniera ni le había hablado nada de nosotros. Hablando de Eva me dijo:

—Lo que une a tu padre con Eva es que no hay nada que los une, sino él mismo y ella misma. Ninguna ley, ningún contrato, sólo la libre voluntad de ambos. Y sobre todo ella no se siente con derechos sobre él. Son dos amigos que se quieren y se admiran y que ninguno trata de absorber al otro. Eva es la rectitud misma, el ser más angelical y más dulce de la tierra.

Conociendo el carácter de papá, comprendo por qué ha durado esa unión que todos anunciaron que se rompería antes de tres meses. Mamá no debió nunca hacerle sentir a papá que se creía con derechos sobre él.

¡Ah! La susceptibilidad de los rebeldes. La delicadeza de piel de estos alucinados de la libertad.

13. Las intrigas. Los intrigantes, las desgraciadas denigradoras de profesión, porque son desgraciadas, y son intrigantes porque son desgraciadas.

Esas pobres gentes que no tienen otra cosa para llenar su vacío que la maledicencia, y como son tontas no ven otra puerta para salir del hastío que la intriga. Lo único que le da un poco de gusto a su vivir es denigrar y murmurar de todo.

Son seres terriblemente desgraciados, que no tienen otra alegría que morder. Y sobre todo morder sin peligro, porque son cobardes, se mueren de miedo. Morder de lejos, morder fantasmas, morder sombras.

Pero aún en ese pequeño placer anónimo son desgraciados estos seres, pues se dan cuenta de que hay personas que ni siquiera se aperciben de sus mordeduras. Esto los desespera, los hace redoblar su rabia, los pone frenéticos.

Los seres amargados me hacen pensar que tienen alguna deformidad física, aunque no se vea. Casi siempre las deformaciones físicas imprimen una deformidad mental, deformidad nacida en la amargura. Sólo personas muy excepcionales escapan a esta ley. Los seres amargados tratan de amargar a los demás. El uno porque es jorobado, el otro porque tiene la nariz torcida, etc., se convierten en verdaderos sádicos morales. Lo curioso es que el sueño de un jorobado no es no tener joroba, sino que todo el mundo tenga joroba.

A estos amargados, en la rumia constante de su amargura, se les crea automáticamente y subconscientemente una forma mental especial, se les crea un lenguaje agresivo, de pullas y picotazos. Les es imposible hablar sin segunda intención.

Estas personas sufren terriblemente, viven con el alma sobre carbones. Papá nunca se enojaba con su tía Josefa, porque decía que era muy des-

graciada. Pero era insoportable, y esto porque medía un metro treinta de estatura. ¡Como si ser pequeña de porte fuera algo tan grave! Llenaba con veneno su diferencia de talla en vez de haberla llenado con alma. En la familia la llamaban doña Picotilla, supongo que a causa de sus pequeñas pullas y sus picotazos a todo el mundo.

14. Gerardo encontró a papá por la calle y papá no lo vio o no lo reconoció. O acaso está enojado con nosotros y se hizo el que no lo reconoció.

Papá quizá pensará que nosotros debimos imponernos a la voluntad de mamá y debimos ir a verle. Seguramente nos cree unos infelices sin ninguna personalidad.

Yo no he encontrado aún a papá por la calle ni en ninguna parte. ¿Qué sentiré el día que lo encuentre?

15. En un diario de hoy aparece una entrevista a papá con un retrato suyo, un retrato muy malo. Gerardo dice que no se parece en nada.

En la entrevista le hacen muchas preguntas sobre la filosofía y la ciencia, sobre el estado del pensamiento actual, sobre arte, etc.

En resumen, papá dice lo siguiente:

«La ciencia, a paso lento pero seguro, a medida que va descubriendo causas y efectos, va conquistando terreno a la filosofía. Llegará un momento en que la filosofía tendrá que abandonar el campo ante los conocimientos de la ciencia, pero siempre podremos preguntarnos: «¿Qué es el conocimiento?, ¿qué es conocer?»

«La filosofía hoy no puede ser otra cosa que el conocimiento del conocimiento».

En una parte en que le hablan de sus éxitos en el extranjero, papá responde:

«No me interesan los éxitos ni me importan. Ni me congratulo si un libro mío tiene éxito ni sufro si no lo tiene. Los que se quejan por su falta de éxito prueban que no trabajan por sí mismos, según su conciencia, por necesidad real de decir algo, de liberar su espíritu, sino en vista del aplauso y del renombre entre las gentes. Son los comediantes del pensamiento».

Ahí está bien retratado papá. Eso es muy de él. La autenticidad ante todo.

16. Se me ocurre que mamá está desilusionada porque esperaba el derrumbe completo de papá.

No halla a quién echarle la culpa de que papá no esté deshecho y en piltrafas.

El sueño secreto de mamá: ver llegar a papá arrastrándose ante ella a pedirle perdón. Ella extendiendo la mano, magnánima, al náufrago de la vida. Toda la corte mirando y oyendo por el ojo de la llave. El náufrago de la vida, desencajado, pobre, hambriento, no se atreve a levantar los ojos. La reina, la perfecta, la santa, coge el corazón enorme ensangrentado y lo acaricia bondadosa.

Pacheco pintaría el cuadro.

17. Bertrand me dijo ayer:

—Hay que ver a tu padre cuando alguien de su familia o de sus conocidos quiere tomar actitudes de juez. Es algo impagable. Hay que ver sus ojos, y no sólo sus ojos, todo su cuerpo parece estarles diciendo: «Idiotas, cretinos, gentecilla de quinta clase». En esos momentos hasta sus uñas toman un aplastador aire de desprecio.

¡Cómo conozco esos gestos de papá! Conozco todos sus gestos de memoria, los recuerdo como si acabara de verlo ayer.

Por la cara de papá, por sus diversas expresiones yo sé cuándo está hablando con una persona que le interesa, cuándo está hablando con una persona que le distrae y cuándo está hablando con una persona que le aburre.

Cuando alguien hace algún comentario contra papá, abuelita responde:

—Así será, pero en su corazón hay mucha menos hiel que en el vuestro y que en el de estos santos que siempre comentan despiadadamente a los demás.

Yo les daría vuelta la espalda a todos los intrigantes y envidiosos, o bien les diría: «Salgan primero por el mundo, háganse un nombre universal como papá, después veremos si pueden hablar de él».

Las Gómez dicen que papá anda con todo el mundo, que no hace diferencias entre las gentes. Sí, papá hace diferencias según el talento de las gentes. Nunca le dio importancia al dinero. Ni respetó ni dejó de respetar a nadie por diferencias de dinero.

La prueba de que hace diferencias entre las gentes es que nunca andaría con las Gómez.

18. Mamá dice que está muy extrañada de que papá no quiera vernos y al mismo tiempo ella pide a la justicia, junto con su divorcio, el que papá sea desposeído de todo derecho sobre sus hijos.

Está bien que pida su divorcio, pero ¿por qué dispone a su antojo de la

voluntad de sus hijos? ¿Tiene derecho a arrogarse el sentir de Jaime, que es un niño sin conciencia del significado de estas cosas? ¿Sabe ella si mañana sus hijos no le van a echar en cara esta actitud desmedida? ¿Por qué no nos ha consultado a los mayores?

Está extrañada de la actitud de papá para con nosotros y ella lo ofende en nombre nuestro.

Y nos impidió ir a verlo cuando papá llegó. ¿Cómo entonces puede extrañarse de la actitud de papá?

En medio de las evasivas de un lado y otro, es innegable que papá no puede saber cuál es nuestra verdadera posición frente a él. Hasta ahora la única que él puede ver es de franca hostilidad.

Lo peor es que la actitud de mamá parece una actitud de venganza. ¿Venganza de qué?

Supongamos que papá la hubiera dejado de querer, es profundamente ridículo enojarse con una persona porque esa persona no nos quiere. ¿Qué delito hay en dejar de querer? ¿Quién ha dicho que el amor es obligatorio? ¿Quién puede pretender que el amor tiene que ser interminable? El amor es libre, debe ser siempre absolutamente libre y espontáneo. Eso es lo más hermoso del amor. Libre en el nacer como en el morir o en perdurar.

¿Que sería mejor que durara eternamente? Es posible, pero esto en ningún caso implica la obligación de perdurar.

Enojarse con una persona porque nos deja de querer es lo mismo que enojarse con una persona porque se enferma del hígado, o al revés, porque siendo enferma del hígado sanara de repente de su enfermedad.

El amor es algo orgánico y ajeno en absoluto a nuestra voluntad. El corazón no se manda, es hasta un proverbio.

19. Mamá decía hoy a Susana Vásquez:

—Me siento orgullosa de que mis hijos sigan queriendo a su padre con verdadero cariño, con un sentimiento profundo e inamovible.

¿Esto lo dice mamá sinceramente o lo dice para demostrar la bondad de su corazón?

Se manifiesta orgullosa de nuestro cariño por papá y al mismo tiempo pretende desposeer a papá de todo derecho sobre sus hijos.

Hay aquí una contradicción manifiesta que prueba que la frase de mamá no es sincera, no es sino una frase para que salga al público.

Mamá y papá tienen el arte especial de cortar los puentes. Yo no haría otra cosa que tender puentes, puentes para lo posible y aun para lo imposible. Tender puentes sólo para mi esperanza.

20. Hoy he visto a papá por la calle. Lo vi. Iba leyendo una revista. Lo vi. Él sintió mi mirada y levantó los ojos, sus ojos de visionario. Yo agoniqué un instante al fondo de sus ojos, él agonizó un instante al fondo de los míos.

No tengo ganas de ver a nadie, ni de hablar con nadie. Tengo ganas de dormir por un año entero.

21. Tanto que me habría gustado dormir y nunca he pasado una noche peor.

Veinte veces encendí la luz y cogí un libro. Tampoco podía leer. No entendía nada de lo que leía. Estoy terriblemente fatigada.

22. Su cara tiene algo extraño, está más dura, más seca. Se libra en ella una batalla. Su cara está entre la alegría y el dolor. Se juega en ella un drama. Cuando la alegría domina en ella se diría que la alegría está esperando ceder su turno al dolor; cuando el dolor domina en ella se diría que está esperando ceder su turno a la alegría. Muchas veces he pensado en la alegría del dolor y en el dolor de la alegría. Sus ojos de visionario. Hace tres días que los tengo delante.

23. Defenderé a papá, discutiré sobre él contra todos sus pigmeos enemigos, porque sé que es papá mejor que ellos, porque le conozco y lo adivino.

Conozco su alma como nadie. No, no discutiré con nadie. No acepto discusiones sobre papá.

Y estoy segura de que muy pronto le veré, que le veré cuantas veces quiera verle.

Papá me adora como yo lo adoro a él.

Sé con seguridad absoluta, siento claramente que si en la vida soy desgraciada encontraré en papá mucho más apoyo y más comprensión que en mamá.

Papá jamás tendrá actitudes de juez.

24. Si papá leyera mi diario exclamaría: «¡Pero esta hija mía exagera, me cree un ser extraordinario, tiene un verdadero fetichismo por su padre, una idolatría que yo no merezco!»

Yo podría contestarle: «Esto prueba que mi naturaleza es extremista como la tuya».

Papá mío, te adoro. ¿Me quieres tú a mí como me querías antes?

25. Me duele pensar que papá puede creer que yo tengo poca personalidad.

Mamá me hace aparecer así. Yo debí haber dicho al abogado de mamá que no aceptaba nada que fuera contra papá. Que ella siga su divorcio como quiera, pero que no mezcle a sus hijos en ese asunto personal suyo.

Sé que muchas personas han dicho a papá que sus hijos somos superficiales. Sobre todo de Gerardo le han hablado como de un pobre muchacho banal, sin carácter y muy inculto.

¿Qué sabe la gente de nosotros? Nosotros no andamos mostrando nuestra alma a todos los ojos.

Bertrand pasó hoy más de una hora conmigo hablando de papá.

—Muchas veces he observado —me dijo— que tu padre atribuye a otros frases que él ha dicho o cosas que se le han ocurrido a él. Ayer le pregunté por qué lo hacía y me respondió:

—Porque atribuyendo a otro una idea o una frase tuya, todo el mundo aplaude. Si la dices como cosa propia, no entusiasma a nadie... Y no es que busquemos el aplauso, es que de cuando en cuando tenemos ganas de divertirnos.

26. Me encontré con Joudaux en el Parque Real. Yo iba con Jaime. Joudaux vino a saludarnos y hablamos largo rato y, naturalmente, me habló de papá:

—He estudiado muy bien a tu padre. Es un hombre bien curioso y muy distinto de como las gentes le creen. Son muy pocos los que le conocen. Es innegable que tu padre posee cierta fuerza de atracción, debe de tener una cierta electricidad especial. Tu padre despierta el deseo de la aventura porque él es un sincero enamorado de la aventura, siempre está esperando lo desconocido y que lo desconocido le dé la gran revelación de algo inmenso, de algo eterno, de eso eterno que todos anhelamos, unos más burguesamente que otros. ¿Comprendes que un hombre así tiene que atraer forzosamente a las personas de su misma categoría? Todas las buscadoras de lo eterno y lo desconocido al encontrarse con otro buscador piensan que este ya puede haber encontrado lo que buscan o que juntos pueden encontrarlo más fácilmente. Los aventureros se atraen en todas partes; esto es un hecho conocido, y los aventureros sentimentales mucho más.

Yo le respondí:

—No creo que papá corra tras la aventura, creo que él atrae la aventura; porque la mayoría de la gente se aburre y como náufragos no hallan de qué pescarse para no aburrirse, se pescarían de cualquiera cosa, mayormente de un hombre excepcional que presenta más probabilidades de mostrarles un mundo nuevo, de abrirles el espíritu a cosas superiores o simplemente de sacarles de la vulgaridad.

Joudaux me miró sonriente y exclamó:

—En el fondo es más o menos lo mismo que lo que yo he dicho, sólo que lo mío es más profundo.

27. El abogado de mamá es un tal Parra, un tipo siniestro, huele a la muerte. ¿A qué cementerio de sacristanes fue mamá a desenterrar este muerto? Anda con pasos de ánima, adentro de un enorme levitón negro. Cuando viene a ver a mamá parece que dejara el ataúd al lado afuera del salón.

Su mujer debe tener la sensación de que besa a la muerte todos los días. Debe de ser enferma de necrofilia. La pobre debe creer que se murió hace muchos años. Sus hijos son los únicos niños que no les tienen miedo a las ánimas. Cuando el papá les pena ellos se sientan en las rodillas del más allá y le tiran las orejas a la muerte.

Parra es un hipócrita, tonto, inculto, pero con todas las pillerías del beatuco calculador.

Desde niño supo muy bien tirar sus líneas para el futuro. Miró, estudió el ambiente y calculó las probabilidades de todos los apoyos como cualquier mediocre arribista. No se necesita talento para esto, es una cuestión de instinto animal. Hasta los perros saben dónde se puede comer mejor. Pronto lo desenmascararon y lo dejaron en ridículo, solo con su esqueleto. Pero ya había engordado lo suficiente el esqueleto y ya conocía muchos trucos para poder seguir flotando a la deriva.

Parra se había aferrado desde muy temprano a las faldas de la Iglesia con uñas y dientes. Era la única manera de que sus uñas pudieran arañar y sus dientes pudieran comer.

Parra es terriblemente piadoso. Reza mucho, reza en voz alta. Sabe muy bien poner sus oraciones al tanto por ciento. Cuando pasa entre sus dedos las cuentas del rosario, él sabe mejor que nadie cambiar las cuentas en moneda; Parra es un parásito de alcancía.

Parra se dice gran servidor de la Iglesia. En realidad todo lo que él ha aportado a la Iglesia es el eco de sus golpes de pecho. La Iglesia lo sacó de la miseria, ella lo vistió y le dio de comer. El servidor de la Iglesia se ha servido de la Iglesia.

Dicen que hay hombres que viven de las mujeres, que explotan la debilidad femenina. No sé cómo llaman a esta clase de nombres. Parra vive de los curas. Tampoco sé cómo llaman a esta clase de hombres.

Siempre siguiendo la barca de Pedro como un tiburón con las fauces abiertas para atrapar los desperdicios que van cayendo en el camino.

28. ¿Cómo mamá puede tener confianza en un tipo como Parra? ¿Qué tendencia fatal tiene mamá hacia los tontos, hacia los comediantes, hacia lo falso? ¿Cómo se deja embaucar por un hipócrita semejante?

Parra odia todo lo que sale de la vulgaridad porque siente que él es la vulgaridad en persona.

Habla de la virtud poniendo los ojos en blanco, cruzando las manos sobre el pecho, como en éxtasis, para que las gentes vean cómo él siente la virtud. Habla constantemente de los pecadores con un gesto de horror, con una mueca de repugnancia en los labios, para que todos sepan qué asco le inspira el pecado. Habla de Dios como de su amigo íntimo. Si supiera el pobre farsante el asco que él inspira a Dios.

No hay nada que Dios deteste más que la ostentación. Jesús llamaba a los pecadores, buscaba a los pecadores, jamás a los fingidores, a los farsantes. Jesús destestaba a los exhibicionistas de la piedad.

Hay que desconfiar siempre de los que hacen alarde de santidad. Los malos tienen interés en aparecer como buenos. Los buenos no tienen ningún interés en aparecer como buenos.

La ostentación de las virtudes prueba que no se poseen esas virtudes sino que se fingen. Si las poseyéramos las encontraríamos tan naturales en nosotros que no haríamos gala de ellas. ¿Quién anda mostrando a cada rato que tiene diez dedos?

Sólo los cojos se preocupan de no cojear.

El que vive pensando en demostrar que es santo es porque no lo es, mayormente si para ello habla mal de los demás y se hace el eterno espantado de los vicios ajenos. El verdadero santo no habla mal de nadie, habla mal de sí mismo.

Esos seres hipócritas, todos esos beatos, esos rezadores maldicientes no pueden irse al Cielo, porque entonces el Cielo se convertiría en el Infierno. A medida que ellos subieran a Dios con su mentira, con sus fingimientos, el trono de Dios se iría sumergiendo en el Infierno, alejándose del Cielo, que es el reino de los puros de corazón.

Los santos han hecho un gran mal, y es que hay muchos monos que quieren imitarlos.

¡Cómo se reiría papá de mí si leyera esta disertación en que hablo de Cielo y de Infierno, de Dios y de los santos!

29. Los desgraciados, los miserables, los viciosos, los desheredados de todas las gracias de la Tierra, todos esos seres conmovedores son dignos de ternura.

El más pálido, pálido por sus vicios y sus dolores, a veces tiene cara de ángel.

El beato, el farsante, el hipócrita fingidor de méritos que no posee, son los únicos seres indignos de amor, porque en esos seres el amor no sabe sobre qué apoyarse; todo es falso, y el amor necesita lo auténtico, sea como fuere. ¿Qué parte del fingidor es la verdadera? Descartado todo lo falso, ¿qué le queda? ¿Qué trozo encontrará el amor en donde reposar un instante? ¿Qué trozo que no se desmorone en la nada a la más leve presión?

Pienso, como papá, que hay muchas personas que son virtuosas sólo por molestar a alguien con su virtud. Es decir, son buenas porque son malas.

Otros son virtuosos por espíritu de *record*, por batir el *record* de la virtud. Es un *sport* como cualquier otro. Todos estos personajes entran en la categoría del fingimiento. Quien haya observado la vida sabe que esto no es una simple paradoja sino una gran verdad.

30. El fingimiento de beaterío ha dado a Parra un aire de viejo. Es un muerto octogenario.

La religiosidad de Parra consiste en cierto lenguaje equivocado de cura. Habla de la salvación de un barco por hablar del salvamento. Hablando de un preso dice que se le dará la absolución en vez de decir que será absuelto. A su mujer, que es fea, como conviene a mujer de beato, le dice al salir de casa, mostrándole la boa:

—Póngase la estola, que hace un poco de fresco.

31. Mamá oye con deleite los chismes de su corte. Es imposible que ella no se dé cuenta de la torpeza y de la ruindad de esa gentuza. ¿Entonces por qué las recibe? ¿Por qué les permite intrusar en nuestra vida privada? Ellas pasan por nuestra casa dejando una baba maligna en todos los rincones. Mamá dice que son buenas y que sólo desean su bien y nuestro bien.

Si el corazón de los buenos es tan malo, ¿cómo será el corazón de los malos?

No, la verdad es que muy a menudo el corazón de los malos es menos malo que el corazón de los buenos.

Pero estas gentes son malas, realmente malas, perversas. Se sienten atraídas como por imanes a todos los sitios en donde pueden sembrar un poco de mal.

Van a todas partes con sus corazones podridos, dejando por donde pasan un reguero de fetidez en la atmósfera.

No comprendo cómo estos seres hipócritas pueden soportar el olor de sus almas.

32. ¿Por qué razón mamá pretende cortarnos a nosotros sus hijos todo lazo con papá? ¿Cree que la justicia puede arrancarnos el corazón? Ella quiere que papá no tenga ningún derecho sobre nosotros.

Dicen que papá al conocer esta intención de mamá se encogió de hombros y exclamó con el más despreciativo de sus gestos:

—Nunca me ha interesado tener derechos sobre nadie, ¿cuáles son los derechos sobre los hijos? ¿Para qué sirven los derechos sobre los hijos? ¿Para decirles a qué colegio deben entrar? ¿Para decirles qué ropa deben usar? ¿Para indicarles cuál es la mejor peluquería? Pero si mis hijos van a ser mayores en muy poco tiempo y además no me interesan esas imbecilidades. Pobre mujer, no ha perdido nada de su superficialidad. Aún no sabe que a mí no me interesa imponer mi voluntad ni torcer destinos.

Mamá sabe muy bien que no tiene que defendernos contra papá. Sabe muy bien que papá jamás nos haría ningún mal, ni nos forzaría a ningún acto contra nuestra voluntad.

Su actitud belicosa es para engañarse a sí misma, para creerse víctima, para sentirse perseguida por un perseguidor que no la persigue.

Acaso así podrá otra vez volver a tomar gestos heroicos. ¡Cómo le gusta el aplauso de los tontos! ¡Pobre mamá!

Lo que me espanta y me avergüenza de sólo pensarlo es que papá vaya a creer que en este juicio para enajenarle sus hijos pueda haber algún interés de dinero.

33. Mamá tiene el don de ir disminuyendo, apocando a la gente que depende de ella. Apostaría que Gerardo va a casarse con una infeliz cualquiera, salida de cualquiera parte. Esto no importaría si se casara por amor, pero se casará así por apocamiento, por *venidoamenos*.

Gerardo debería alternar con gente de un plano superior, no vivir arrinconado en un ángulo sombrío de la mediocridad.

Psicológicamente papá le hará más falta a Gerardo que a mí.

(He sabido que papá pidió sus libros, su archivo de cartas y otros papeles que dejó en casa; pidió algunos de sus cuadros y objetos de arte de su colección particular..., y le fueron negados. Me muero de vergüenza.

Papá no ha pedido ni uno solo de sus muebles, y todo lo que hay en casa es de él. ¿Cómo han podido negarle lo que pidió? ¿Adónde se han caído el orgullo y la dignidad de mamá? Claro está que tratarán de justificar el robo de la biblioteca de papá y de sus obras de arte con argucias tinterillescas... Me muero de vergüenza y de asco.

Parra tratará de hacer una trampita, un embargo legal para robarle legalmente a papá sus libros y su colección. Me muero de vergüenza).

34. Mamá hubiera querido que papá le pidiera perdón por algo todos los días y que los amigos supieran que le había pedido perdón.

La lucha con papá le hace falta.

Papá dice de mamá:

—¿Cómo puede quejarse de mí? A causa de mí, a su vejez tendrá el goce de decir que fue tan desgraciada.

(Lo que me avergüenza en mamá es su actitud de rabia y de venganza contra papá. Aparece como una persona picada porque no ha sabido hacerse querer. Es demasiado ridículo. Cualquier otro sentimiento podría justificarse, pero la pica, la furia, no. Y lo más grotesco es que ella quiere que todos tomen frente a papá su misma actitud.)

Todos los grandes aspavientos de orgullo y de dignidad de mamá han caído al suelo en cenizas. Eran poco sólidos. Cada paso que da en su pleito de divorcio es más torpe que el anterior. Se me figura una persona desatentada, enloquecida. No puedo creer que mamá sea una persona tan banal. Pienso que son los consejos del tontito de Parra los que la presentan así. Como el pobre Parra no tiene ninguna dignidad ni inteligencia, hace aparecer a mamá lo mismo que él. Este pleito de divorcio se va desfigurando en pleito por intereses de dinero. ¡Como si a papá le importara el dinero! Toda su vida es una prueba de lo poco que le interesa. Papá dijo a su abogado:

—Lamento no tener millones para regalárselos. Mi libertad no tiene precio.

Siento una profunda pena al pensar que mamá se desacreditó definitivamente a los ojos de papá. Ahora papá puede sentirse libre de verdad. Adivino en él una gran sonrisa triunfal. Ninguna delicadeza de nuestra parte puede perturbar su tranquilidad. Ninguna inquietud puede quedar en su alma).

35. En el juicio contra papá, mamá declara que papá desde que salió de casa cortó toda relación con sus hijos, que nunca nos escribió ni se preocupó de nosotros.

Mamá sabe que esto es falso, sabe muy bien que los niños le escribieron y que papá les escribió muchas veces y que jamás escribió una carta a su madre sin averiguar de nosotros y sin mandarnos recuerdos y cariños de su alma.

Mamá ha mentido. La perfecta, la santa, ha mentido.

¿Por qué papá no entrega a su abogado esas cartas y comprueba la mentira de mamá?

Dicen que el abogado se lo pidió y papá contestó:

—No tengo ningún interés en ganar el pleito.

Papá desde el primer momento quiso declararse en rebeldía y no preocuparse de ningún pleito. Su familia no pensó así y le pidió que se defendiera y le buscaron abogado.

Papá no cree en la justicia de los hombres. Lo lógico en él es reírse de estas cosas y estoy cierta de que se ríe.

36. Las contradicciones de mamá son graciosas. Mamá declara en su pleito haber sido desgraciada durante casi todos los años de su matrimonio. ¿Entonces por qué se enoja contra su marido por haberse ido de su lado? Siendo tan desgraciada con él, debería de haber cantado de gusto el día en que papá se fue. Hay aquí una contradicción manifiesta. Su argumento se vuelve contra ella.

Hay un dilema terrible contra mamá: O era feliz o era desgraciada. Si era feliz, ¿por qué molestaba a papá? Si era desgraciada, ¿por qué se queja de que papá se haya ido?

37. Mamá nada como un pez en las contradicciones. Cuando su padre tenía aventuras, ella justificaba las aventuras y no se espantaba de los hijos ilegítimos ni de los amores y los amoríos fuera de casa. En las riñas entre su padre y su madre, ella se ponía de parte de su padre y decía que esas aventuras no eran motivo para molestar tanto y hacer la vida imposible. «Esas faltas no tienen mayor importancia —decía mamá— y las cometen todos los hombres».

Cuando yo le decía lo mismo defendiendo a papá, ella se enfurecía conmigo. ¡Oh inconsecuencias del alma humana!

38. Anoche tuve un sueño espantoso. Soñé que Jaime se había muerto, y que su cuerpo estaba en un ataúd, encima de la mesa del salón, entre cuatro velas. De repente se abre la puerta y aparece papá, pálido, deshecho. Levanta la mano y señalando a mamá grita en una especie de rugido inhumano:

—Tú has tenido la culpa de que yo no pudiera abrazar a mi hijo hasta hoy. Te has valido de mil subterfugios para escamotear este beso y ha sido necesaria la muerte para que no pudieras evitarlo.

Papá besó a Jaime y desapareció como por encanto.

Mamá temblaba de pies a cabeza, había perdido toda su terquedad y sus grandes aires; era una pobre cosa adolorida. Yo pensé que Jaime desde el otro mundo podría hasta maldecirla y me lancé a estrecharla entre mis brazos como si hubiera querido protegerla contra el Cielo y el Infierno.

39. Recuerdo que otra noche soñé que papá y mamá se abrazaban por encima de un gran río.

He pensado en el símbolo, por otra parte bien sencillo, de ese sueño. Todos mis sueños significan preocupaciones o deseos míos. En este caso el río representa las dificultades de carácter, de ideología, de sensibilidad, toda la vida que separa a papá y a mamá. Y luego mi deseo de unión a pesar de todo.

Este deseo de unión es acaso el que me hace soñar y pensar constantemente en puentes. Puentes que se derrumban, puentes que se levantan, puentes que tiemblan, puentes que se tuercen. Largos puentes por donde pasa un solitario que se pierde al otro lado, puentes por donde vuelven los peregrinos, puentes por donde cruzan dos novios o por donde se aleja un entierro.

40. Otra obsesión mía es esa frase de papá: «No hay tanto vicio en el vicio ni hay tanta virtud en la virtud». Frase que me parece prima hermana de esta otra: «No hay tanto placer en el placer ni tanto dolor en el dolor».

Esto no significa, para mí, que no haya placer verdadero ni dolor verdadero, ni tampoco que no haya vicio y virtud verdaderos, sino que hay más fingimientos o apariencias que realidad.

Además hay otra cosa muy importante. Se es como se es y parece difícil separar la porción de lo orgánico, la fuerza mayor en nuestros vicios o en nuestras virtudes.

Admiramos la virtud de Fulano creyendo ver en ella un gran esfuerzo de vencimiento de la naturaleza y de sus malas inclinaciones. Sin embargo, es muy posible que en ese Fulano la virtud sea fácil. Puede ser un hombre frío, sin pasiones. En cambio, puede haber mucho mayor vencimiento en un nombre de grandes pasiones que queda lejos de la virtud, pero que tiene un mérito de mayor esfuerzo.

Voy a aclarar mi idea. Suponiendo que las malas pasiones pudieran reducirse a números. Si un hombre tiene 100 de pasiones y domina 50, aparecerá menos meritorio que otro que tuviera sólo 20 de pasiones y dominara 5. Pero es evidente que el primero ha hecho un mayor esfuerzo y que ha dominado un mayor número de sus pasiones que el otro, aunque siempre aparezca con más malas pasiones que el otro. Ahora bien, un hombre sin pasiones, un hombre que tuviera 0 de pasiones, no hace ningún esfuerzo al dominar lo que no tiene, es decir, al no dominar nada.

Creo que si papá leyera mi razonamiento se reiría de mí y me preguntaría: «¿Quién ha dicho que hay que dominar las pasiones, que es meritorio y no perjudicial el tal esfuerzo, quién ha dicho que hay que vencerse y no exaltarse?»

El placer en sí no vale nada y la virtud en sí tampoco vale nada. Lo que vale es el entusiasmo, la fe que se pone en el placer y en la virtud.

41. He aquí un problema de ética: ¿Cuál es el verdadero hombre bueno, el que es bueno orgánicamente o el hombre malo que domina sus pasiones y obra como bueno sin ser hecho de *materiales* buenos?

Creo que papá me contestaría que un hombre malo, aunque domine su maldad, siempre será un hombre malo que se domina. Su realidad, su ser, su naturaleza es mala. Así como un hombre sin inteligencia aunque por el esfuerzo, por el estudio logre aprender muchas cosas y llegue a hacer cosas de hombre inteligente, no por eso será realmente inteligente.

¿Qué vale más: ser bueno porque se es bueno o ser bueno porque se domina la maldad? ¿Qué vale más: *el ser o el obrar*?

42. Observando a los hombres, me parece que se les puede clasificar de un modo bastante preciso por las diferencias de sus inteligencias.

La inteligencia del hombre superior es una inteligencia de cabeza o, por lo menos, en la cual domina la cabeza.

La inteligencia del santo es una inteligencia de pecho.

La inteligencia del perverso es una inteligencia de piel.

La inteligencia del mediocre es una inteligencia de vientre.

El genio posee todas estas inteligencias.

43. En este país las gentes son muy divertidas. Son unos melones hinchados de vanidad. Todo lo que hacen, todo lo que dicen, obedece sólo a la vanidad. No tienen otro mecanismo espiritual. La vanidad les obliga a vivir a la defensiva, les hace ponerse en ridículo a cada cinco minutos y usar unos cuantos términos *standard* que ellos creen salvadores de sus importantísimas personas.

Cuando un señor le dice a alguien: «¿Qué hay, cómo estás, loco?», eso significa que ese señor no comprende al otro, y como su vanidad le impide confesarse no comprendiendo a alguien, se justifica llamándole loco. Con eso ya se cree a salvo, ya salvó su precioso cerebro. Habría que contestarle: «Y tú, ¿cómo estás, tonto?».

Si tuvieran un poco de espíritu de autocrítica, si se analizaran un instante, si pudieran analizarse, acaso tendrían remedio. Si alguno de ellos se preguntara por las noches, siquiera una vez a la semana: «¿No seré un idiota?», estaría ya al borde de dejar de serlo.

Para mí es un principio de fe que toda persona que usa mucho la palabra loco, es porque ella es idiota.

44. Para mi manejo personal tengo divididos los seres humanos en cinco categorías. No digo que no haya más categorías, digo que aquellos con que se alterna más frecuentemente o que yo más conozco y más encuentro en la vida, pueden dividirse en cinco tipos:

- 1.º Los que aman.
- 2.º Los que producen y crean.
- 3.º Los que comprenden y admiran.
- 4.º Los que no comprenden y no admiran.
- 5.º Los vanidosos y envidiosos.

Naturalmente, entre los primeros abundan los apasionados y exaltados. Los que más me interesan.

45. Dicen que papá se encontró no sé dónde con su prima Matilde y que esta le habló mucho sobre el matrimonio, sobre la verdadera unión que sólo puede hacerla la Iglesia.

Tía Matilde dijo a papá:

—Las demás son solamente aventuras.

Papá le contestó:

—¿Cree usted que el matrimonio no es una aventura?

—Si hablamos así, todo es aventura.

—Evidentemente, todo es aventura. Por otra parte, puede usted creerme, señora, que la legitimidad de una unión no la hace la sociedad, la hacen los que se unen, la hace la sinceridad. Todos conocemos muchos matrimonios unidos por todas las leyes civiles y religiosas del mundo, y que son absolutamente ilegítimos.

Recuerdo que una vez papá, hablando de su prima Matilde, dijo: «Tiene el espíritu más práctico que conozco. Al día siguiente de su matrimonio mandó teñir de negro el traje de boda para tenerlo listo el día de la muerte de su marido».

46. Encontré una pareja de novios por la calle. Iban radiantes, respiraban amor y comprensión; parecía que una aureola envolvía sus cuerpos. Cien metros más atrás venía una pareja de casados. Iban discutiendo, peleando, ambos con unas caras agrias que daba lástima el verles. En el espacio de cien metros, el contraste absoluto. Seguramente, estos últimos un día pasaron

por las calles como aquellos. Es muy posible que aquellos un día irán por la calle como estos.

¿A qué se debe semejante cambio? ¿Se debe al aburrimiento, a la costumbre? Dios mío, ¿qué hay que hacer para no aburrirse y para no convertirse nunca en algo cotidiano? ¿O se debe, tal vez, a que los casados se sienten con derecho legal a molestarse y a no comprenderse?

¿O se debe a que la gente se enamora por egoísmo, se enamora engañadamente? ¡Cuán pronto se abren los ojos en ese juego trágico del amor! ¡Demasiado pronto se derrumba el engaño!

Amar para ser amada, eso no es el amor. Si toda la humanidad concibe así el amor, yo afirmo que toda la humanidad se equivoca. Amar es amar porque sí, es amar sin esperar correspondencia en el sentimiento y recibir esa correspondencia como algo inesperado, como algo maravilloso, pero con lo cual no se contaba; así como si de repente apareciera otro sol detrás del sol. Este es el amor verdadero; el otro amor es interés, es poner la mitad para recibir la otra mitad. Un negocio al cincuenta por ciento.

Yo no me casaré hasta que encuentre un hombre que me haga olvidarme por completo de mí misma.

Yo moriré, tú sólo vivirás. Yo moriré en mí para vivir en ti.

47. Hoy, viendo a N., la persona más egoísta y más ensimismada del mundo, he adivinado en sus ojos que jamás ha comprendido nada de lo que la rodea, jamás nada ha logrado conmovérla. Tiene esos ojos muertos de los que nunca han llorado. Es una estatua, sí, pero una horrible estatua de corcho.

El ser más desgraciado del mundo: el que sólo se ha amado a sí mismo.

Las lágrimas de amor debieran ser iluminadas como pequeñas ampolletas eléctricas..., para diferenciarlas de las otras.

48. Mi diálogo interno:

—El amor es la vida.

—El amor es la muerte.

—El amor es el gusto de la vida.

—El amor es el gusto de la muerte.

—El amor es el miedo a la vida.

—El amor es el miedo a la muerte.

Después aparece el fantasma que dice:

—Tú nunca has sabido lo que es el amor, tú te amas a ti en mí. Yo te amo a ti en mí.

49. En el último número de la revista *Todo* aparece un artículo de Eduardo Alba contra los críticos. Dice que los críticos le divierten por su petulancia, que se creen grandes personas porque critican a grandes personas y que generalmente, en sus estudios, sólo demuestran la incomprensión más absoluta, la mediocridad más redonda y una ignorancia sin límites. Dice que detrás de cada frase de un crítico siempre se adivinan las intenciones completamente desligadas de los méritos o defectos de la obra que estudian, los resquemores, las pequeñas venganzas por algo que el lector no conoce, y en otras ocasiones, los elogios desmedidos a alguien precisamente por su mediocridad, porque es un autor que no constituye peligro alguno. A veces por hacer la corte en busca de ciertos servicios que podría prestar el criticado. Influencias, combinaciones, muchos factores ajenos a la obra analizada. Dice que la crítica es el género de menos trigo limpio que se conoce y que hay muchos casos en que los críticos tratan de demoler a un autor sólo por dar gusto al propietario o al director de una empresa periodística. Al final de su artículo propone que los autores, a su vez, critiquen a los críticos, y dice que en las revistas literarias debería haber una sección que se llamara «Critizando a los críticos».

Pero advierte que nunca se debe suprimir a los críticos, que son uno de los espectáculos más graciosos del mundo.

50. Hoy en la tarde vino Bertrand y me contó que le han ofrecido un gran puesto en el extranjero. Dice que consultó con papá para saber si debía o no aceptarlo, dadas sus ideas políticas. Papá le contestó que si era por el honor, no lo aceptara, pero si pensaba desarrollar una labor de acuerdo con sus ideas, lo aceptara.

Recuerdo que una vez, en Londres, papá hablaba con un amigo suyo que había sido presidente de una república americana y que parecía darles mucha importancia al honor, a la gloria, a la distinción que significan para un hombre los cargos elevados, y muy poco a lo que se puede realizar, a lo que se puede crear y construir en esos cargos. Decía a papá que si entonces le hubiera conocido se lo habría llevado a su lado. Papá le miraba con verdadera compasión. De pronto le dijo:

—Noto que a tu alma le gusta mucho el honor. A mi alma no le interesan los honores, porque mi alma es el honor. Tú tienes que adquirir el honor, yo lo poseo. Yo no necesito el honor porque lo tengo, y sólo se necesita lo que no se tiene. Háblame ahora de lo que has creado en tu país, es lo único que me interesa y es por lo único que se puede envidiar a un hombre que ha tenido el poder absoluto.

51. Ayer fueron citados los testigos de papá y de mamá en el pleito de divorcio que ha entablado mamá.

Cuenta Bertrand que un empleado del juzgado le dijo que en la diferencia de los testigos ya se veía la diferencia de calidad entre ambos contendores. Dice que los testigos de mamá eran unos pobres mediocres que daban lástima, una tropilla de señores anónimos o de figurones sólo conocidos por su nonada, mientras los testigos de papá eran todos gente de buena calidad cerebral. Dice que los testigos de mamá mintieron y se contradijeron de un modo ridículo. Uno dijo que papá había dado un banquete en casa la noche antes de irse; otro dijo que papá había dado el banquete en casa tres días antes de irse; otro dijo que había dado el famoso banquete en el «Jockey Club», y otro que no era banquete, sino un té en el «Chamonix», lo que había dado a sus amigos, como despedida, dos días antes de su partida.

Dice que papá se reía a carcajadas. Naturalmente todo eso del banquete es mentira. No ha existido banquete ni té, ni en casa ni en ninguna parte. Yo lo sé tan bien como papá, y a mí me daría risa si no me diera lástima. Es una mentira mal inventada y se ve que los testigos de mamá estaban mal aleccionados. Será preciso para otra vez que el tonto de Parra les enseñe mejor la lección.

He preguntado a Bertrand:

—¿Por qué razón papá no se defiende y no demuestra las mentiras y las contradicciones de los testigos contrarios, que le sería tan fácil demostrar?

Bertrand me respondió:

—Tu padre no tiene ningún interés en ganar el pleito. ¿Qué puede importarle perderlo? ¿Qué probaría el hecho de perderlo? A lo más probaría que la justicia o que un juez no piensa como tu padre. ¿Y qué? ¿Qué le importa a tu padre no pensar como la justicia? Creo que, al contrario, estará encantado de este desacuerdo en el modo de pensar. Tu padre cree en su justicia, pero no cree en la Justicia.

¡Bravo, papá! Me gusta tu actitud despreciativa y limpia de prejuicios secundarios.

52. Cuando alguien habla mal de papá, siempre pienso automáticamente: «¿Qué le habrá hecho papá a este infeliz? ¿Por qué estará picado con papá este pobre señor?». O bien pienso: «Este tiene que ser un tonto».

No conozco a ningún ser realmente superior que no tenga por lo menos simpatía por papá.

Por otra parte, los seres cargados de odios no me interesan. Por eso detesto a los beatos, porque viven llenos de odios. Odian a los que se atreven a vivir su vida porque ellos no se atreven.

El que ama a Dios, ama todas las criaturas de Dios.

53. Recuerdo que papá decía una vez a un amigo suyo:

—No te molestes con tus enemigos, aprende a servirte de ellos, son muy útiles; aprende a aprovecharlos. El enemigo es como el metro, es una medida. Cuando tus enemigos no te incomoden, cuando nada te importen los ataques ni las injurias, podrás saber a qué altura exacta te encuentras por encima de los demás. Los enemigos son mucho más útiles que los amigos. Los enemigos son el verdadero control de nuestra fuerza real y el termómetro de nuestros méritos.

Otra vez papá decía a Eduardo Alba:

—¿Qué puede importarle a un hombre el odio de las gentes cuando ese hombre sabe que el tal odio es solamente el odio de los imbéciles?

54. Cuando papá hace la apología de la libertad se siente encarnado en ella. Y no mira ni oye a nadie. Se diría que está haciendo el elogio de su persona ante su persona.

Mamá, hablando de papá:

—Mi única venganza ha sido dejarlo frente a frente a su libertad.

Papá, hablando de mamá:

—Mi única venganza ha sido dejarla sin marido a quien tiranizar.

55. En el número de este mes de la revista francesa *Notre Époque* viene un artículo muy interesante sobre papá. El crítico habla de la enorme riqueza espiritual de papá, de su inventiva inagotable, de su fuerza de penetración, de su agudeza y su profundidad en el pensar, de su estilo tan personal, aun cuando se esfuerza por ser impersonal y corriente. Dice que siempre hay algo que le hace distintivo hasta en sus momentos de pereza. Dice que papá es un desentrañador de raíces. Dice que en su estilo se oye la formación del pensamiento. Dice que papá es capaz de dar en cinco líneas el retrato perfecto de un personaje o el estado de alma más complicado. Y esto de un modo tan original, tan propio, que a menudo puede desconcertar a los lectores poco atentos, como han desconcertado a tantos la variedad y la fuerza de sus ideas y de sus imágenes.

En ningún momento parece espantarse por las originalidades de papá que tanto espantan a otros.

Es un artículo excelente.

¡Qué ganas tengo de hablar con papá! Tengo verdaderas ansias de estar sentada en un sofá, junto a papá, hablando con él horas de horas, siglos de siglos.

56. Mamá dice que papá no nos quiere, porque si nos hubiera querido habría soportado todo por nosotros y no se habría ido de casa.

Yo digo que mamá no nos quiere, porque si nos hubiera querido habría soportado todo por nosotros y no habría obligado a papá a irse de casa.

Mamá dice que papá debió haberse sacrificado por nosotros.

Yo digo que mamá debió haberse sacrificado por nosotros.

57. Joudaux me dijo hoy que el hijo de papá y de Eva es un chico encantador y muy inteligente. Me dijo que Eva adoraba a papá y que era un ángel, que era la bondad misma, que vivía soñando en adivinar el más mínimo deseo de papá.

Eva lo deja hacer como le da la gana, le deja reinar en sí y en sus irradiaciones en torno suyo. Ella sólo pide mirarlo, contemplarlo, tener los ojos fijos en él hasta el fin de los siglos.

Me dijo Joudaux:

—Tu padre tiene la facultad especial de crear el amor y la amistad más sublimes, de despertar las almas con tendencia a lo sublime y atarlas a él con las poderosas amarras invisibles de las constelaciones. ¿Sabes por qué? Porque tu padre es un fabricante de bellezas inagotables, es un elevador del tono espiritual y material. Si no hubiera tan pocas almas de gran temple capaces de saltar por encima de las suspicacias y de las conveniencias sociales, tu padre habría creado ya en el mundo el jardín del amor y de la amistad y se habría encerrado deliciosamente en su nuevo Edén, en cualquier rincón del mundo, en la vida más perfecta entre un Tigris y un Eufrates desconocidos.

«¡El Sultán!», habría exclamado mamá si hubiera oído estas frases de Joudaux.

—¿Sabes cuál sería el sueño de tu padre? Vivir en una isla con doscientas mujeres.

Le interrumpo:

—Ese es el sueño de cualquier reyezuelo musulmán.

—No, porque en tu padre ese sueño no es originado por un bajo sensualismo, no hay nada en tu padre del bajo sensual que representa el reyezuelo musulmán; tu padre es un sublime sensual. Su sensualismo es el sensualismo de Jehová moldeando los mundos, creando. No, su isla no sería el vulgar harem terrestre de hermosas bestias de carne, sino el paraíso de las huríes del profeta. No sólo la odalisca con el alma en el vientre, o de media alma, sino la hurí de ser completo. El sueño de un sultán, diría cualquier superficial. Yo diría el sueño de un patriarca. Yo digo el sueño de Salomón. Salomón en medio de sus mil mujeres creando maravillas para sus ojos y

los ojos de sus mil mujeres, creando encantos para sus oídos y los oídos de sus mil mujeres. Viviendo en un mundo de hadas y de haderías... Una isla hermosa, de clima primaveral, con doscientas mujeres y tres mil o cuatro mil hijos; en medio del amor perfecto, sus mujeres, sus hijos. Un semidiós, como Salomón.

Después de una pausa:

—No faltarían las desertoras, porque no todas las almas pueden resistir el espectáculo de la belleza continua.

Me dijo también que papá no haría nada por vernos, que no estaba en el carácter de papá forzar la voluntad de nadie; que si en nosotros existía el deseo libre y espontáneo de verlo, nadie podría impedir que lo viéramos y habláramos con él cuanto quisiéramos.

Joudaux cree que papá se volverá pronto al extranjero.

Me desespera pensar que papá puede irse de repente del país sin que yo haya estado con él. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que esto pueda suceder?

58. Papá mío, ¿cuándo podré verte y hablar contigo?

Hoy encontré a Adriana Salder, que fue amiga mía en el colegio. Iba con su padre, muy feliz con su padre, y su padre y su madre están separados. ¿Por qué yo no puedo salir con el mío? No hay ninguna razón válida que lo impida.

Muchas veces he visto por la calle a G., otra antigua amiga mía; la he visto indistintamente con su padre o con su madre, y sus padres están separados. Su madre se casó con otro, después del divorcio. No por eso G. va a tenerle odio a su madre.

Hay que ser un poco más simples en estos casos; debemos ser menos complicados y no llevar los odios o las antipatías a un terreno absurdo. La falta de lógica y de raciocinio hace la vida demasiado dramática. Inútilmente dramática.

Si yo hablara con papá, ¿cómo empezaría nuestra conversación? Ella debería empezar con el profundo *como decíamos ayer*.

59. Ciertas personas se muestran muy interesadas en que hable con papá y se ofrecen para procurar o buscar una oportunidad de encuentro entre papá y yo. No creo en la sinceridad de los nobles sentimientos de esas personas, y no creo porque sé que no tienen grandes simpatías a papá. Me parece que son de esas personas que lo único que quieren es tener un rol en todo acontecimiento a su alcance o hacerse las indispensables para todo.

Debo desconfiar de estas personas.

Además no necesito de nadie para hablar con mi padre. No necesito introductores ante mi padre, ni intermediarios entre él y yo. Estoy decidida a encontrar yo sola la manera de hablar con él. Mañana mismo me pondré en campaña y antes de tres días habré resuelto este conflicto que tanto me apena, y quién sabe si no habré ya hablado con él. No quiero que nadie se mezcle en mis asuntos; obraré yo sola.

60. El pobre R. anda ofreciendo sus servicios para resolver todos los problemas del mundo. Especialmente a mí quiere serme útil, ¡y hay que oír las imbecilidades que dice!

R. tiene tan poca imaginación, que nunca ha podido imaginarse tonto. Luego, su vanidad, esa vanidad infinita que ayuda a su poca imaginación. El pobre hombre no ha querido creer jamás que es un hombre mediocre.

Cuando Dios se lo diga en el otro mundo, va a creer que Dios está chanceando.

61. Mañana hablaré con papá.

Nada más sencillo; le llamé por teléfono y le dije que su hija Alicia tenía necesidad urgente de hablar con él. No sé si me reconoció la voz o si creyó que otra persona lo llamaba por encargo mío.

Mañana hablaré con papá. Mañana. ¿Qué le voy a decir?

Yo sé que papá me adora. Voy a verlo y voy a hablar con él. Y ahora casi me pesa haber dado este paso. Quisiera poder postergar esta entrevista. No sé qué me pasa, pero ya no tengo los mismos deseos de verlo que tenía ayer.

62. Hace una semana que hablo con papá todos los días. El primer día papá estuvo cariñoso, pero algo reservado, como si tuviera un resentimiento contra nosotros. Yo estaba pálida, temblaba de pies a cabeza, la emoción me ahogaba. Creí morirme. Estuve largo rato colgada de su cuello, largo rato agonizando entre la Tierra y el Cielo, con la dolorosa alegría de un crucificado por una causa inmensa, más grande que todos los hombres del mundo. Papá me descolgó de la cruz y me sentó en sus rodillas. Me besó las manos para borrar las llagas de los clavos, me besó en los labios para quitarles la amargura de la hiel. Luego, como si hubiera adivinado mis presentimientos, empezó a hablar con la frase: Como decíamos ayer. Esa frase parecía borrar de repente, de un solo golpe, los años de separación y de amargura. Yo no pude contenerme y me eché a llorar en su pecho, recostada sobre las rodillas de papá, que me acariciaba los cabellos con sus manos

musicales, mientras sus ojos estaban clavados en el infinito. Parecíamos un Descendimiento en el cual el ajusticiado lloraba la pérdida de su cruz. Papá me dijo:

—¿Por qué lloras?

—Lloro de alegría —le contesté—. Tú no lloras, porque no eres la *mater dolorosa* y te gusta hacerte el fuerte.

El padre doloroso se estremeció. Estoy segura de que en ese instante su corazón lloraba como mis ojos.

63. Hoy fui con Gerardo y Jaime a ver a papá. Papá estuvo con ellos tan cariñoso, que casi me daba envidia verlos en sus brazos. Jaime pasó toda la tarde en sus rodillas.

No me equivocaba, no podía equivocarme, yo lo sabía: papá nos adora. Su ternura desbordaba, aunque él quería contenerla. Es indudable que papá tiene cierto resentimiento contra nosotros. Tal vez nos cree más culpables de lo que somos en el alejamiento de él en que hemos vivido desde el día de su llegada a esta ciudad.

Cuando nos separamos de papá para volver a casa, los tres sentíamos el alma tan henchida que no nos atrevíamos a mirarnos. Los tres sentíamos aún las manos de la armonía jugando en nuestros cabellos.

Gerardo pasó toda la noche en silencio. Jaime estuvo nervioso, insopor- table.

Quisiera saber cómo está papá en este instante.

64. Papá nos quiere mucho; pero, a pesar de su cariño, yo advierto en el fondo de sus palabras una cierta nota como de desprecio. Se me ocurre que piensa que durante su ausencia nuestro nivel intelectual ha decaído demasiado. Nos habla como hablaría con personas de un plano mental inferior, se siente en sus palabras que hace un esfuerzo para no elevarse del tono corriente y que cree a cada instante que no le comprendemos. Esto es muy doloroso. Lo peor es que acaso tenga un poco de razón; si siempre hubiéramos estado junto a él, nuestra mentalidad sería superior a lo que es.

Hoy no he tenido deseos de ver a papá. He pasado todo el día leyendo. Mañana o pasado iré a hablar con él y le pediré una lista de buenos autores para leer.

Después de comida fui a la pieza de Gerardo. Hablamos largo rato. Quisiera medir su capacidad intelectual y saber lo que calza su inteligencia. Es preciso que Gerardo se cultive; me daría vergüenza que fuera tan mediocre y tan vulgar como son casi todos los jovencitos de nuestra sociedad. Le he dejado varios libros.

Creo que Jaime tiene más inclinación a las cosas de la inteligencia que Gerardo.

Hay momentos en que pienso que Gerardo está condenado a ser en la vida tan desgraciado como mamá. Advierto algo en su carácter, algo que es como el imán de la desgracia. Gerardo es primario y un poco teatral. Creo que con mamá se entenderán siempre muy bien. En cambio, se me ocurre que papá preferirá a Jaime y lo encontrará más fino y más inteligente, más lleno de posibilidades.

65. Hoy he encontrado a abuelito por la calle. Venía saliendo de una iglesia. Parecía deslumbrado por la luz del sol y no me vio. Cuando yo iba a cruzar la calle para saludarle, subió en un automóvil.

Abuelito tiene una gran barba blanca y se parece a Dios. Pero mientras Dios sentaría a los pecadores en sus rodillas, se me ocurre que abuelito cree que todos los pecadores lo contaminan, y esa actitud no me gusta. No me gustan las personas fácilmente contaminables.

Abuelito quisiera tener siempre a mano un pulverizador de «Flit» contra los pecadores y contra los insectos de todos los vicios. Esta preocupación constante le quita soltura a sus movimientos y a sus palabras. ¿Pero quién no tiene algún defecto? ¿Y qué importancia tienen los pequeños defectos cuando todos los seres humanos estamos llenos de grandes defectos? Abuelito es un hombre encantador y yo le quiero mucho. Es una de las almas más hermosas que conozco.

Recuerdo cuando estábamos en el campo y abuelito salía en su caballo negro, Katán, a recorrer sus tierras, sus plantaciones de eucaliptos, sus sembrados de trigo, sus potreros de alfalfa, sus huertas de árboles frutales, sus molinos, etc., mirándolo todo, observándolo todo con sus ojos penetrantes y enamorados de lo que él ha ido creando a través de los años. Recuerdo cuando volvía a las casas de la hacienda al paso lento del caballo cuyos cascacos resonaban en el suelo; abuelito sonriente, con su barba blanca, con su frente clara y los ojos radiantes, era como Dios volviendo al Cielo en su caballo Katán después de haber recorrido el universo.

Los perros de la casa o del Cielo salían a recibir al amo moviendo la cola en señal de bienvenida, ladrando, saltando en torno del caballo. El viejo caballero, Tadeíto o San Pedro, se acercaba a sujetar las riendas de Katán mientras abuelito o Dios bajaba del caballo. Una vez en tierra, Juan José o el arcángel Miguel llegaba con un plumero a limpiar el polvo de los zapatos de Dios, Abuelito pedía la comida, subía a sus habitaciones a lavarse y luego llegaba al comedor, en donde, sentado a la cabecera, en medio de los suyos, comía con el apetito de un Dios que ha recorrido toda la creación.

66. Hoy en la tarde di un largo paseo por el Parque Central con Eduardo Alba. Hablamos de Dostoiewsky, de Baudelaire, de Mallarmé, de Rimbaud y de papá.

Me encanta hablar con Eduardo por lo mucho que quiere a papá. Según él, papá pasará a la historia como un gran poeta y uno de los más grandes creadores en los anales de la poesía. Me dijo que eran muchos los que odiaban a papá. Unos por envidia porque papá desde los veinte años ya había tenido gloria y renombre en las letras, y esto les parecía excesivo y un insulto personal; otros porque le deben demasiado y tratan de ocultar o rebajar el nombre del que les ha servido de guía y maestro. Pero me dijo Alba que todos esos eran personas de tercer plano. «Los de verdadero valer, los de primer plano quieren y admiran a tu padre como él se lo merece».

Otros se molestan porque papá les discute sus ideas y les rebate sus opiniones. Querrían que papá aceptara sus teorías o sus ideas de clisé como cosas sagradas. Lo curioso es que ellos se sienten con derecho a opinar rotundamente y niegan ese derecho a los demás. Sin embargo, pocas personas tienen más derecho a opinar que papá, que ha conquistado ese derecho con una obra grande, continuada, admirada y respetada por la gente más escogida en todos los centros culturales del mundo. Además, yo nunca lo he visto equivocarse ni en sus opiniones ni en sus gustos ni en la elección de los hombres de verdadero valer. ¡Cuántas gentes que hace años discutían a papá sobre el apareamiento del arte nuevo, hoy son los más grandes propagandistas de ese arte! Y los que en esos tiempos heroicos de lucha contra la incompreensión eran los amigos más íntimos de papá, son hoy los más célebres entre los escritores, pintores, escultores, músicos y arquitectos de nuestro siglo. Conozco a más de algunos que ayer rebatían a papá o a quienes papá, con gran paciencia, enseñó a comprender el arte moderno, y que hoy quisieran enseñar a papá, con un *toupet* fantástico, lo que él les explicó ayer. Naturalmente, papá se muere de la risa o se encoge de hombros. Entonces le llaman orgulloso. No se dan cuenta de que ellos son los grandes vanidosos. Recuerdo que recién aparecieron las teorías de Freud, papá escribió un artículo muy interesante sobre el psicoanálisis. Un crítico de entonces y muchos otros buenos señores trataron de burlarse de papá. El crítico dijo esta maravilla refiriéndose al artículo de papá: «El señor Mir, como de costumbre, gustando de hacerse el extraordinario y el descubridor de islas nuevas, nos ha salido con un tal Freud, que nadie conoce, y unos laberintos psicológicos aterradores», etc. El ilustre autor de esa frase no se ha muerto aún de vergüenza y espera la primera oportunidad para producir otra perla semejante. Conozco a muchos admiradores actuales de Lenin que hace catorce años insultaban a papá porque hablaba de Lenin con admiración y entusiasmo. Me sería interminable contar los casos que yo he

constatado en mi vida de la justeza y profundidad de visión de papá, de la inclinación infalible de su espíritu hacia lo más real y lo superior. Sin embargo, hay quienes se molestan porque este hombre opina con una desafiadora seguridad, según ellos dicen.

He observado que en las discusiones, lo único que se puede constatar es la inclinación de las gentes hacia la vulgaridad. Aquello que no es lo corriente y habitual molesta al cerebro de casi todos los hombres.

Además es evidente que existe en nuestro país una especie de complot continuo y tácito contra el hombre superior. Las gentes tienen aquí un odio instintivo contra la inteligencia. Se forman solas las alianzas cuando se trata de rebajar a un hombre de real valer.

Con cuánta razón Alba me recordaba que papá dice muy a menudo: «Dime el número de tus enemigos y te diré lo que vales».

Siempre me ha gustado la actitud de papá ante sus enemigos; pasa entre las calumnias, las injurias y las incomprensiones, sonriente, incólume como esos faquires que cruzan en medio del fuego sin que las llamas les hagan el menor daño.

¿Y qué pueden importarle los enemigos a un hombre que ha tenido tan excelentes amigos, tan leales, tan nobles amigos? Los hombres más selectos, los más altos espíritus de todos los países del mundo han sido sus amigos. ¡Qué importan los demás! Pocos hombres han vivido una vida tan interesante y en medio de hombres tan interesantes como papá.

67. Estoy loca de contenta. Papá me ha invitado a salir mañana con él a pasear por los cerros. Como en otros tiempos, iré con él a ver *sus* montañas, *sus* árboles, *sus* ríos, *su* puesta de sol.

Me dicen que yo sólo siento orgullo por el talento de papá, que toda mi admiración va únicamente a él. Esto es falso y sé muy bien lo que encierra ese reproche. Yo siento un gran orgullo por la pureza de mamá. Cuando la veo admirada, adorada y ella siempre tan distante, tan por encima de las pasiones, tan ajena a la más mínima coquetería, en su actitud de estrella lejana, siento no sólo orgullo y amor por ella, sino veneración. Mamá es como una Virgen, es la pureza misma, su frente despidе luz. Es la pureza hecha persona. El alma de mamá es una azucena luminosa.

68. Fuimos a pasear con papá y Eduardo Alba. Llegamos hasta el Cerro Grande y pasamos una tarde deliciosa aunque un poco triste porque me hizo recordar muchas cosas de mi infancia.

Los ojos de papá tienen un brillo extraño y, lo mismo que en otros tiempos, su palabra y su mirada parecen animar de una vida especial el

mundo que lo rodea. Hablaron de muchas cosas, hablaron de la poesía, de la perfección, de la alegría. La inteligencia de Eduardo Alba se ha agudizado con los años de un modo extraordinario. Está más maduro, aunque igualmente exaltado y fácil al arrobamiento.

Papá dijo que el arte es como un precipitado del espíritu humano. Hablando de la perfección, recuerdo que dijo:

—La verdadera perfección consiste en no necesitar nada para ser feliz. —Luego añadió—: La tendencia a la perfección es natural en el alma. Es preciso crear en nuestro espíritu un mundo maravilloso, el más maravilloso universo posible, y que ese universo sea tan rico, tan variado que no necesitemos salir de él o que el salir de él nos sirva para enriquecerlo más y más. Tomar contacto con la vida sólo con la intención de agrandar nuestro mundo interno, sin perderlo jamás de vista.

Hablando de la alegría, papá dijo:

—No hay que confundir la alegría de los alegres ni la alegría de los cerdos con la alegría espiritual del hombre superior. La alegría consiste en ser *yo mismo*, en el enriquecimiento del yo y en el sentimiento profundo de la armonía universal. Saber que todos los desequilibrios concurren a un equilibrio total. Ver deshacerse los contrarios en un punto culminante del alma y del tiempo. La alegría nace por el contacto del alma con el universo y el sentimiento de que todas las cosas gravitan en torno de nuestra alma. La alegría depende de la conciencia íntima que nos dice que ya nada puede atentar contra la plenitud de nuestro espíritu. Es una seguridad. Primero, ser sí mismo, matar las ambiciones externas, reducirse a sí mismo y luego enriquecer ese reducto para convertirlo en el palacio de los palacios. En esto la alegría se nos presenta como hermana de la perfección.

Eduardo Alba interrumpe:

—Pero hay almas que tienen necesidad del dolor.

Papá le responde:

—Sí, pero esas almas saben transformar el dolor en alegría latente. Son como esas máquinas transformadoras de la energía. El dolor al convertirse en potencial hace brotar de su seno una luz de alegría apacible y apaciguadora.

Después de un momento de silencio, papá recordó que allí en la cumbre de la montaña estuvo una vez leyendo a Heráclito hace cinco años.

—¡Qué hermosa la frase de Heráclito: «El Tiempo es un niño jugando a los dados»! Parece mentira que esta frase haya sido tachada de enigmática por sus comentadores. ¿Dónde tienen la cabeza esos buenos señores? Podemos decir que en Heráclito empieza la dialéctica, pues Heráclito expuso la idea de la substancia como devenir.

Apenas se puso el sol, empezamos a bajar la montaña por un pequeño sendero que bordeaba una vertiente. Papá me tomó del brazo para ayudarme a bajar. De pronto se detuvo y dijo:

—He encontrado una frase que dejé aquí mismo, entre estos dos árboles, hace algunos años. Venía solo, por este sendero, y pensé: «Me será necesario dar dos veces la vuelta al infinito para encontrarme; sí, dos veces la vuelta al infinito para encontrar mi alma, para conocer mi alma».

Eduardo Alba se quedó mirándole con los ojos grandes abiertos, como si estuviera en presencia de un visionario. Luego dijo:

—Es curioso, a mí también me sucede que una cosa que he pensado en un sitio alguna vez y que he olvidado completamente, me vuelve a la memoria, aunque sea mucho tiempo después, al pasar por el mismo sitio, como si se hubiera quedado escrita en el aire.

Después hablaron de la poesía. Papá dijo a su amigo con una gran sonrisa en los labios:

—Ayer me preguntó un señor: «¿Qué es la poesía?» Yo le respondí: «La poesía es el tricamagnuceptófono del maravilloso secreto». El señor se quedó con la boca abierta y yo también, pues se lo había dicho en broma, y pensándolo bien vi que no se podía dar una mejor definición.

—Claro —dice Alba—, la poesía es un misterio, es el doble secreto. Encima de la palabra secreto pusiste una palabra inventada más enigmática que el secreto mismo. Y eso es la verdadera poesía.

A medida que íbamos bajando al llano me parecía sentir que el tono de papá iba bajando, y cuando llegamos a la ciudad, veía en él algo así como un gesto de disgusto. Pasaba al lado de las gentes como evitando que le rozaran.

Papá estuvo muy cariñoso conmigo. Me dijo que mañana fuera a verle con Gerardo y con Jaime.

Al releer estas líneas que acabo de escribir, he recordado una frase que dijo una vez papá a una prima suya: «No creo en tu dolor porque no sonrías nunca».

69. Estuve a ver a papá con Gerardo y con Jaime. Estuvimos en su oficina en la casa editora que él acaba de fundar con algunos amigos suyos.

Papá está editando una nueva traducción de *La divina comedia*, de Dante, porque dice que todas las traducciones castellanas son muy malas. Esta traducción es de un poeta uruguayo que papá estima mucho. Además piensan publicar traducciones de los mejores autores modernos extranjeros y de los más escogidos de nuestra lengua. Será una editorial muy interesante y sin miras puramente comerciales.

Encuentro que papá ha cambiado mucho. Antes era un hombre cálido, fácilmente abordable, en el cual dominaba el corazón; ahora me parece más frío, y siento que la inteligencia domina en él de un modo demasiado absorbente. Me parece que los climas de pasión y los hombres en general le interesan menos que antes. Ya no es tan fogoso ni tan entusiasta. No me atrevería a decir que es un desencantado, pero sí afirmarí­a que vive en un mundo de especulaciones cerebrales y que no le agrada bajar de él y ponerse demasiado en contacto con las gentes de otro plano. Advierto en papá una cierta indiferencia hacia los hombres en general, un sentimiento que puede empezar en desprecio, pero que siempre termina en indiferencia. Sin embargo, con sus amigos es afectuoso y cordial como siempre.

70. —Dios no existe —dice papá—. Dios es sólo la angustia de buscarlo.

Yo: —Dios existe. Dios es la nostalgia que yo siento de mí misma. Es la esencia del ser.

Papá oye mi afirmación, me mira sonriente y me acaricia los cabellos. Después de un silencio, exclama:

—El más allá es un pretexto de los vanidosos para creerse eternos.

Yo: —Siempre creemos en Dios más de lo que creemos creer.

71. Los enemigos de papá, aquellos que han querido causarle algún daño grave, tienen mal fin o sufren grandes desgracias. Se diría que papá tiene protectores invisibles que le cuidan y se encargan de castigar al culpable. Dice Bertrand que esto es lo que los magos de su tierra llaman *escudo mágico*. Dice que hay hombres que parecen como protegidos por escudos en los cuales rebotan las flechas de sus enemigos y se vuelven contra ellos.

A este propósito me recordaba Bertrand que el mismo día y a la misma hora en que doña F. estaba en nuestra casa, armando una intriga contra papá, su marido moría en su casa de un ataque al corazón. Y aquel otro pobre M. Z., el gran calumniador de papá, su más tenaz enemigo, murió en un accidente de automóvil, despedazado debajo del coche. El infeliz de J., que había escrito todo un libro de odio, lleno de mentiras y de villanías en contra de papá, en un año perdió a sus padres, perdió su puesto, fue cayendo, cayendo por los peldaños de la vida, hasta ser un harapo, y para colmo, su mujer se enamoró de papá.

Bertrand me citó varios otros casos, como el de aquel centroamericano que quiso hacer perseguir a papá por la policía de Nueva York, del modo más injusto y canalla, y todo por una artista de cine que era muy amiga de papá y que el otro pretendía. Al cabo de un año de estos incidentes, el pobre

hombre disparaba dos tiros a su mujer en París y se suicidaba en la puerta de su casa.

Realmente todo esto es extraño y yo no lo había pensado nunca. Se dirá que pueden ser coincidencias. Es posible, pero es bien extraño y la lista de las coincidencias es demasiado larga.

72. A los que me dicen que papá es orgulloso, yo les respondo que no conocen a papá.

Papá no es orgulloso sino ante los orgullosos. Lo repetiré mil veces. Los que le encuentran orgulloso es porque ellos son orgullosos y ante ellos papá lo es más que ellos.

Lo mismo con las mujeres; papá se ríe de las mujeres fatales, de las que se creen irresistibles. A papá le gusta la sencillez, le gusta lo espontáneo, le gusta demasiado lo auténtico para poder soportar la farsa; tiene muy profundo el sentido de lo justo y de lo real para no sentir el grotesco de las que se exageran sus encantos y requintan sobre sus personas.

Ante los vanos, papá no es orgulloso, es despreciativo, lo cual es muy distinto.

Son unos necios los que se molestan por la despreocupación de papá, y todos esos que lo acusan de indiferencia por la opinión ajena o de vivir en una especie de ensimismamiento. ¿Cómo quieren que viva un hombre interesado en sus libros, en sus pensamientos, en su desarrollo intelectual, en sus sentimientos, en oír su alma, en mirar el universo?

La admiración de las gentes no le conmueve, ni puede darle ninguna seguridad en sí mismo. No necesita encontrar su talento en los ojos de los demás.

Esto no es orgullo, es sinceridad, es convicción de que se sabe lo que se está haciendo. ¿Quién puede asegurarnos que no se equivocan los ojos de los demás? ¿No es más probable que el hombre que está toda la vida haciendo mesas sepa mejor lo que es una mesa que los que miran las mesas hechas, sobre todo si el que las fabrica no es ningún tonto?

Es curioso que se pueda tachar de orgulloso al hombre que se preocupa más de estudiar y de desarrollar su alma que a los que se preocupan de buscar apoyo y aplausos en la opinión de los circunstantes.

Hablan del orgullo de papá porque no vive preocupado de ellos. Habría que ver cómo serían ellos si tuvieran la mitad del nombre de papá. Si así, siendo unos perfectos anónimos, son insoportables, cómo serían si tuvieran gloria y fama en todo el mundo.

73. A veces pienso que papá no quiere a nadie y que nunca ha querido a nadie; se me figura que nunca se ha enamorado de personas sino de con-

ceptos o de símbolos que él encierra o que él ve en ciertas personas. Las personas para él representan conceptos y símbolos. Papá se enamora de la Libertad, de la Justicia, de la Tristeza, de la Alegría, del Bien, del Mal, de la Dulzura, de la Palidez, de la Energía, etc.

Bertrand dice que papá se enamoró una vez de una mujer del pueblo porque era una terrible rebelde y sintió en ella toda la rebeldía en potencia de su clase. Se enamoró de la Rebeldía. En otra ocasión parece ser que papá se enamoró de una monjita que iba en el mismo barco que él a Europa. Era muy guapa, pero papá no se enamoró de su belleza —había en el barco mujeres tan hermosas como ella—, se enamoró de la Religión. Dicen que otra vez, en Suecia, se enamoró de una mujer de extraordinaria hermosura, rubia, esbelta, perfecta de cuerpo y de rostro. En ella se enamoró de la raza nórdica, de las walkirias y de los nibelungos. Una vez se enamoró de una mujer porque tenía los ojos más tristes y más suaves que jamás había visto; se enamoró de la Tristeza o de la Dulzura. Es curioso ver los nombres que da a ciertas mujeres: a una la llamaba Ofelia; a otra, muy pálida, muy delgada y de unos grandes ojos negros, la llamaba Ultratumba.

Hay muchas gentes a quienes irritan estas cosas de papá; a mí me hacen gracia, veo en ellas una necesidad de exaltar la vida, veo en ellas simplemente al poeta.

Joudaux me dijo una vez: «Lo grande es que de las mujeres más frívolas, más mundanas y más coquetas, tu padre es capaz de hacer seres profundos, tremendas enamoradas de alto espíritu. ¿Por qué? *Voilà son mystère*».

74. Dice papá:

—La enamorada adivina que el ser amado tiene más realidad en ella que en sí mismo.

Muchas veces he pensado lo mismo. Papá tiene razón, y cuando yo me enamore creo que el ser amado vivirá más en mi corazón que en el suyo propio.

Papá dijo ayer a Costa:

—Todos los hombres sienten que un monstruo les puede saltar de repente del alma.

Costa pareció asustarse de semejante afirmación. Sin embargo, es indudable que en el corazón humano residen todas las posibilidades, aun las más monstruosas. Lo mismo que las más altas.

75. Mamá: —Hay necesidad de ser feliz para sufrir.

Yo: —Hay necesidad de sufrir para ser feliz.

Papá: —Hay que ponerse fuera del alcance de la felicidad y del sufrimiento.

Hoy en la tarde vino Joudaux. Le ha dado contra los místicos. Me declaró en tono muy terminante:

—No me gustan los místicos. El misticismo es la desembocadura de la ambición o de la vanidad llevada al último extremo. Es el paroxismo de la vanidad. El vanidoso frenético, que se cree centro del universo, que se siente pospuesto, que siempre se cree postergado, al estallar hacia arriba se hace místico; al estallar hacia abajo, criminal. Al hacerse místico cree que se ha sentado encima de la humanidad y que ya nada debe importarle nada. Está vengado y satisfecho. Sereno en la ley de su justicia interna.

76. He meditado la frase de papá: «Hay que ponerse más allá de la felicidad y del sufrimiento», y le he dicho:

—Eso es la felicidad.

Papá me respondió:

—No, eso es más que la felicidad, es la inmutabilidad.

Alba estaba hablando con papá del odio estúpido de las gentes por los seres que salen de lo común, odio que parece demostrar que los mediocres ven en los hombres superiores como un insulto personal.

Papá le decía:

—La sociedad es niveladora. No ama las cabezas sobresalientes, no le gusta que nadie levante demasiado la suya por encima del nivel general. Las cabezas excepcionales son peligrosas y cuando no son peligrosas son, por lo menos, humillantes. La sociedad es una enorme guillotina.

—Por eso no hay que hacer caso de nadie y seguir adelante, como si esas gentes no existieran —exclamó Alba.

Papá dijo sonriendo:

—Lo cual no es difícil. Se trata de encontrar la mejor manera de alejar a los tontos y a los vanidosos. ¿El desprecio o la cortesía? El gran poeta alemán Hölderlin, que quería vivir aislado de los importunos, había adoptado el sistema de la cortesía. A todos los que se le acercaban les llamaba humildemente: Excelencia. «¿Qué desea usted de mí, Excelencia?» «Estoy bien, gracias, Excelencia». A otros les llamaba Alteza. «Sí, Alteza, estoy escribiendo un libro. ¿Y usted y su familia, Alteza, están bien?» Nada pone más distancia que la cortesía. Ese Alteza o ese Excelencia eran una muralla china imposible de franquear. Otros prefieren la altanería o el desprecio. Baudelaire, la indiferencia, el alejamiento por omisión, parecía no ver ni oír a los tontos. Los suprimía de hecho, no existían.

—Pero a veces excitan la cólera —decía Alba—, a veces dan ganas de reventarlos, de aplastarlos bajo el pie.

—Tampoco han faltado los exaltados entre los hombres superiores. Sin embargo, habrás visto que es fácil librarse de los intrusos, sin molestarse demasiado.

Después de un momento de silencio, papá dijo a su amigo:

—No te preocupes de esos pequeños accidentes del trabajo. Canta, canta; siempre quedará algo.

«Amigos míos —decía una vez papá a sus amigos—, se trata de dar un alma a nuestra alma».

77. A pesar de todo lo que dice papá sobre la felicidad y la alegría, yo lo noto algo triste. Hoy dijo de pronto y como siguiendo un pensamiento recóndito:

—Después de haber logrado ser uno mismo, ya se puede morir. Antes la idea de la muerte me aterrorizaba, ahora esperaré la muerte sin temor.

Papá se levantó de su escritorio, se acercó a mí y me dio un beso en la frente. En ese instante entró Jerónimo Costa a la oficina de papá. Papá le dijo que le dolía la cabeza y que se sentía un poco afiebrado. A mí no me había dicho nada de su malestar. Me ofrecí para ir a buscarle un medicamento y me dijo que ya había tomado varios remedios. Estaba bastante pálido y respiraba con dificultad, pero a pesar de su malestar, habló largo rato con Costa.

Costa está escribiendo un pequeño ensayo sobre la inteligencia. Según dijo, en su estudio quiere hablar sobre algo que se ha profundizado poco, sobre las inteligencias que se despiertan de repente como si las hiriera una luz súbita, esas inteligencias casi de *estado de gracia* o de inspiración como las famosas lenguas de fuego.

Papá le dijo que su ensayo podía ser muy interesante y que debía insistir sobre esa relación que hay en todas las viejas literaturas entre la inteligencia y el fuego, que debía desentrañar el origen y la razón de esa relación tan curiosa. Luego habló del lenguaje popular.

—El lenguaje popular —dijo papá— emplea frases como «la inteligencia es luz» o bien «la luz de la inteligencia» y dice más de lo que cree decir. En verdad la inteligencia es luz y a veces aparece de repente como una llamarada frente a nuestros ojos y nos despierta el cerebro a las más altas realidades. No te olvides de la zarza ardiente de Moisés, en el monte Sinaí, de que habla la Biblia, y después de ver la cual Moisés podía dictar leyes a su pueblo. A la palabra inteligencia siempre se han unido las palabras luz, fuego, alumbramiento, deslumbramiento. No olvides la columna de fuego que aparece de pronto frente a los maestros en los libros sagrados del Oriente. Puedes escribir un ensayo muy interesante.

Papá pidió una taza de café. Dijo que se sentía muy fatigado y que se iría a su casa a echarse a la cama. Como yo me mostré asustada, me dijo que no era nada grave y que me fuera tranquila. Costa le acompañaría hasta su casa.

78. Papá estuvo dos días en cama. Hoy se levantó y fue a su oficina. Yo corrí a verlo y estuve regaloneando en sus rodillas, como una chica de seis años, toda la tarde. Después llegaron Gerardo y Jaime y me disputaron las rodillas de papá. Más tarde fueron llegando algunos de sus amigos, Alba, Costa, Bertrand y una escritora joven que yo no conocía y que se llama o se firma Claudina Rops.

Todos estuvieron muy cariñosos y muy alegres con papá. Papá hacía esfuerzos por compartir la alegría general. Yo sigo encontrándolo algo triste, casi diría inquieto. Veo en sus ojos algo que contradice sus palabras de serenidad y de optimismo. A todo lo que dijo hoy papá le he encontrado un sabor a presentimiento. Habló con una dulzura especial, habló de muchas cosas. Entre otras dijo:

—Cuando se ha adquirido el sentido del universo se posee la más alta poesía y no hay ningún tormento posible. Nuestro espíritu rebasa de un sentimiento inmenso, no hay sombras posibles, todo es luminoso.

Papá mío, dices que no hay sombras, que todo es luminoso, y yo veo una nube de tristeza sobre tus ojos.

79. Papá está gravemente enfermo. Ayer y anteayer los médicos desesperaban de salvarlo. Hoy, gracias a Dios, está mucho mejor y ya fuera de peligro. Papá adorado, papá idolatrado, ¿cómo podrías dejar la vida tú que eres la vida?

Papá mío, ¿no sientes cómo te quiere, cómo te adora tu hija? Dicen que papá, cuando creyó morir, dijo: «Cavad una tumba inmensa para que quepa mi corazón». Y luego sonrió para dar a sus palabras un poco de ironía o para quitarles toda solemnidad.

Papá adorado, ¿la fuerza de mi cariño no es suficiente fuerza para arrancarte a cualquiera enfermedad y atraerte a la vida?

Quiero tanto a papá que al rogar a Dios por su salud me parece que mi amor a Dios es nuevo y que ha redoblado de tal modo que me parece nuevo.

Bertrand vino a verme y me aseguró que papá estaba mucho mejor y que se pasaba haciendo bromas sobre su muerte, como para que los demás no dieran demasiada importancia a su enfermedad. Me dijo que cuando

él había entrado a su pieza, papá le había preguntado muy suavemente: «Dime, Bertrand, ¿qué epitafio habría que poner en la tumba de un hombre para que nadie lo llore?» Bertrand le respondió que se dejara de bromas y que no hablara de la muerte, que estaba muy lejos de él. Entonces papá le cogió la mano y le dijo: «Pienso que este sería el mejor epitafio: *Aquí yace un hombre que sólo se amó a sí mismo*».

Papá mío, ¿crees que yo no veo todo lo que hay detrás de tus bromas? ¿Y esa frase? ¿Y el deseo de no dejar dolor tras la muerte?

Es preciso que yo vea a papá. Hoy buscaré manera para ir mañana a su casa y estar sola con él. Llevaré a Gerardo y a Jaime.

80. Todo se acabó. Papá murió esta mañana al amanecer. Y yo estoy viva, yo puedo aún seguir viviendo, yo tengo una pluma en la mano, yo tengo un papel ante los ojos y estoy escribiendo, escribiendo.

Cuando nos dieron la noticia, me abracé a mamá como una loca. Gerardo y Jaime también se echaron al cuello de mamá. Éramos una estatua de piedra, nadie podía hablar, nadie podía llorar. No sé cuánto tiempo estuvimos así. El rostro de mamá parecía transparente como de ámbar. Los niños estaban verdes y con los ojos clavados. ¿Un instante o un siglo estuvimos así, suspendidos fuera del Tiempo? De pronto estalló un sollozo, ¿de quién?, ¿mío, de mamá, de mis hermanos? No sé, lo que sé es que todos fuimos sacudidos por una inmensa tempestad y naufragamos en un océano de lágrimas sin fin.

81. ¿Es papá el que ha muerto o soy yo la que ha muerto?

La que ha muerto soy yo, puesto que estoy escribiendo. Si estuviera viva, el dolor no me permitiría poder escribir ni media línea más.

Tengo cerca de cuarenta grados de fiebre y no quiero echarme a la cama.

Mamá me obligó a acostarme y se ha pasado todo el día rezando al lado de mi cama.

¡Qué lejos de nuestras oraciones está el Cielo!

82. Hoy, 20 de marzo de 1932, a las diez y media de la mañana, me han llevado al cementerio y me han enterrado. Dicen que mi entierro fue muy conmovedor.

Gerardo y Jaime volvieron al cementerio con los ojos hinchados, mudos, como si también hubieran dejado allí su alma.

Tengo mucha fiebre y mamá no me ha dejado levantarme.

83. ¿Qué cosa horrible, Dios mío, se prepara? ¿Qué cosa tremenda va a pasar en el universo?

Hay que moverse, hay que andar, hay que cambiar de postura. Es preciso cambiar el sitio de nuestro dolor.

Los muros, las ventanas, las puertas, los muebles, todo me parece sufrir inconsolablemente.

No puedo escribir más.

84. Hoy hace un mes que murió papá. No, no ha muerto, puesto que yo estoy viva y que él vive en mi corazón. Ignoro en dónde he pasado todo este mes, ignoro si he estado en la Tierra o fuera de la Tierra.

Lo que me parece incomprendible es que yo esté viva. Sí, estoy viva. Estoy viva y he pasado días y días interminables meciendo la cuna de papá aquí adentro de mi pecho.

No me cabe duda de que papá tenía presentimientos de su fin. Ahora recuerdo que un día que iba conmigo por la calle se detuvo frente a una tienda de ataúdes y dijo esta cosa terrible:

—Es preciso familiarizarse con los ataúdes.

85. Recuerdo que otro día dijo:

—Puedo aseguraros que este valle de lágrimas ha sido para mí algunas veces un valle de sonrisas, otras un valle de aburrimiento, otras un valle de encantos y muchas veces el valle de las incomprensiones, en el cual sólo se pueden hacer plantaciones de desprecios.

Yo le dije:

—Papá, ¿por qué hablas con ese tono tan raro, con ese tono como de testamento?

El me respondió:

—Acaso sea un testamento.

Papá amó tanto la Poesía que yo estoy segura de que en este instante está al lado de Dios, porque Dios también adora la Poesía. Dios le habrá dicho: «Hijo mío, tú creías no creer en mí, pero al creer en la Poesía creías en mí. La Poesía soy yo. Y tu poesía, que no gustaba a los tontos, me gusta a mí».

86. Hoy fuimos al cementerio a rezar y a llevar flores a la tumba de papá. Fuimos los tres con mamá. La tumba estaba llena de flores. Había una mujer con un niño arrodillados junto a la tumba. La mujer tenía la cara pegada a la piedra y hablaba en voz baja, en un susurro ardiente de sollozos.

Pensé inmediatamente que era Eva. Parecía no vernos y no oír nada sino el ruido de sus lágrimas que yo veía caer o de su corazón que yo oía latir. El niño también tenía los ojos llenos de lágrimas y nos miraba con una carita de ángel dolorido y asustado.

Nosotros también nos arrodillamos junto a la tumba. Me sorprendí hablando mentalmente y diciendo: «Papá mío, ya ves, en esta tumba tan pequeña ha cabido tu corazón». Yo veía las palabras escritas sobre la piedra, el nombre de papá: ALEJANDRO MIR. Lo veía brillante como escrito con un agua fosforescente, lo veía a través de mi llanto y tuve la impresión clara, evidente, de que ese nombre estaba escrito en mi corazón. Mi pecho es el sepulcro vivo de papá.

Papá mío, tu corazón no cabe en esta tumba, tu corazón está en mi pecho, en mi pecho que es infinito como la eternidad en donde ahora flota tu espíritu.

Besé varias veces esa piedra que no tenía por qué besar, puesto que papá no está allí, está en mi pecho y está vivo y vivirá mientras yo viva.

Mamá lloró y rezó; sus ojos encantadores, sus labios encantadores eran una fuente inagotable de lágrimas y de murmullos. Gerardo y Jaime lloraron mucho, lloraron más que yo. Ellos no saben que yo me vuelvo a casa con papá, que yo llevo a papá más vivo que nunca aquí, aquí en mi corazón. ¿Y si no fuera así? ¿Y si papá quiere estar muerto y no quiere seguir viviendo?

Tengo una sensación como de ahogarme y siento escalofríos. ¿En dónde está la tumba de papá?

Cuando íbamos a levantarnos para irnos, de pronto el niño se volvió a nosotros y tocando la losa con sus deditos pequeños nos dijo:

—Aquí está papá.

No pude contenerme y eché a llorar como una loca, cogí al niño en mis brazos y lo besé mil veces en la frente y en las mejillas. Mamá se estremeció y exhaló un sollozo ronco como si le apretaran la garganta. Se puso de pie, me arrebató al niño de los brazos y ella también le dio un beso en la frente, después se acercó a la mujer, le acarició la cabeza y le dijo con voz temblorosa:

—Lléveme al niño a la casa una de estas tardes.

Eva se levantó y se echó al cuello de mamá. A través de mis lágrimas yo las veía a las dos sacudidas por un solo inmenso llanto. Una misma corona de espinas parecía apretar sus dos cabezas.

87. Papá en sus últimos días tenía esa mirada hacia el infinito que tienen las estatuas.

Dios mío, ¿por qué el universo está tan desolado?

A cada instante se me figura que me voy a encontrar con papá, que voy a oír su voz, que voy a sentir sus pasos.

Yo debí haber ido a ver a papá en sus últimos momentos. ¡Qué me habría importado encontrar a Eva en el cuarto de papá! Yo no habría visto a nadie, no habría oído a nadie, no habría sabido de nadie sino de papá. Además, es seguro que papá se habría arreglado de modo que estuviéramos solos.

¿Qué clase de amor es un amor incapaz de ponerse por encima de los prejuicios?

Nunca le perdonaré a mi corazón esta cobardía. Odio mi corazón. No lo odio, no puedo odiarlo, porque papá está dentro de mi corazón.

88. Eva mandó hoy al niño, pero ella no vino. Me parece muy mal que no haya venido. Acaso ella ha considerado la invitación de mamá como una generosidad o una condescendencia y no como algo natural y espontáneo. Si es así, yo le haré saber que se equivoca y le haré decir que debe venir a vernos.

La muerte une las almas que la vida separa. El dolor por una misma causa es el mejor lazo de unión y hace olvidar todas las asperezas del pasado.

El chico de papá, nuestro medio hermano, es encantador y tiene los ojos parecidos a los ojos de papá. Me lo he comido a cariños y él también parece quererme mucho y le encanta estar en mis rodillas. Me dijo que a mí me iba a querer más que a nadie porque yo era como papá. Me hizo llorar. Le pregunté cómo se llamaba y me respondió muy orgulloso:

—Alejandro, como mi papá.

Mamá también le hizo muchos cariños, le dio dulces, le regaló juguetes. Mamá es una persona tan suave, tan tierna, se ha humanizado de tal modo, que si papá la ve desde el otro mundo debe de bendecirla y besarla en espíritu a cada instante.

Gerardo tomó al niño un momento en sus rodillas y lo estrechó en sus brazos. Gerardo está muy silencioso y muy triste desde hace días. Jaime estuvo jugando con el chico como si fueran dos niños de la misma edad.

Hubiera querido que el niño se quedara todo el día en casa. Cuando vinieron a buscarle por la tarde, sentí una pena infinita. Le dije que volviera pronto y que trajera a su mamá. Lo mismo dije a la empleada que vino por él y le encargué mucho que dijera a Eva que había hecho mal en no venir.

89. A veces se me figura que la Tierra fuera un gran barco que navega en el infinito hacia Dios y que un día debe llegar con todos sus habitantes y con todos los muertos de su historia, ante Dios.

Veo la sonrisa luminosa de Dios ante sus criaturas y la alegría y la confusión de los hombres ante Dios. Me parece oír los millones de gritos y exclamaciones de todos los hombres en millones de lenguas diferentes, muertas y vivas. En ningún momento se me ha ocurrido pensar en un gesto duro de Dios, ni en un gesto de miedo de los hombres.

Para mí no existe el Dios Juez, sólo existe el Dios Padre.

Papá, ahora en el otro mundo, tú también tienes que creer en Dios.

¿Y si en realidad Dios no existiera? ¿Si papá tuviera razón? No, no, Dios existe, Dios tiene que existir, tiene que haber otra vida, papá no puede haber muerto para siempre, tiene que seguir viviendo, sea donde fuere, tiene que seguir viviendo.

Y si no hay otra vida, viviré, por lo menos, en mí mientras yo viva. Yo lo siento vivir, hablar, mirar en mi pecho; lo siento como un recién nacido que crece tremendamente adentro de mi corazón.

De repente siento tan fuertemente que yo soy papá, que creo que voy a hablar con su voz. Siento que debo cuidar a mamá, a Gerardo, a Jaime, al pequeño Alejandro, a Eva y a todas las personas que papá quería. Otras veces todo desaparece ante mí, mi familia, los amigos de papá; el mundo entero se borra ante mis ojos. Nada existe.

90. ¡Qué bueno es el corazón de Eduardo Alba y qué noblemente amargo es el corazón de Bertrand! Hoy vinieron los dos a vernos y pasaron toda la tarde con nosotros recordando a papá.

Un corazón amargo, un corazón dulce. Dadme corazones con gusto a algo. Detesto los corazones desabridos. Para mí es un artículo de fe que Dios desprecia los corazones sosos.

Dicen que muchas mujeres llevan flores a la tumba de papá. Creo que este es el homenaje que más puede gustarle. Me había llamado la atención la cantidad de flores que he visto en su tumba todos los días.

91. La noche de su muerte, a eso de las cuatro de la mañana, cuando Alba se despidió de papá, creyendo que iba un poco mejor, papá le cogió la mano y le dijo:

—Antes que cante el gallo me habrás bendecido tres veces.

Dos horas después papá perdía el conocimiento y entraba en la agonía. Su predicción se iba a realizar. En efecto, Eduardo Alba publicó en un diario de la tarde, el mismo día de la muerte de papá, una Elegía a su amigo compuesta de tres Bendiciones o tres cantos que él llamó Bendiciones.

Eduardo me trajo su Elegía y me ha dejado sangrando el corazón. ¡Qué hermosa, qué sentida es! Llama a papá el tres veces poeta, como se llama a Dios el tres veces Santo.

Después dijo que papá pidió no ser enterrado en un nicho, sino en la tierra.

—En contacto directo con la tierra —repite Alba—; así nuestro organismo se disgrega más pronto en la muerte y acaso vuelve más pronto a la vida.

¡Qué cosa absurda es la muerte! ¿Cómo es posible que un ser que hoy ha estado con nosotros, que pocas horas antes estuvo junto a mí, pueda en un instante convertirse en algo inanimado? ¡Qué desesperación pensar que mis ojos pueden buscarte, papá, buscarte por todas partes y no encontrarte más! Es para volverse loca, es para golpear el cielo con los puños cerrados hasta echarlo abajo.

92. Hoy en la tarde, después del té, vino un momento Eva con el niño.

Mamá estuvo encantadora, llena de comprensión, llena de dulzura. Mamá es un ser superior. Cuando sabe colocarse por encima de las vulgaridades humanas es como una diosa. La vida y el dolor enseñan más que todos los libros.

Eva y mamá estuvieron sentadas en el salón mientras el pequeño Alejandro jugaba en el suelo.

He recordado aquella escena que cuentan los historiadores de Napoleón, cuando después de su matrimonio con María Luisa, sus dos grandes amores, Josefina y María Waleswka, que tanto se odiaron antes, se reconciliaron en la desgracia y pasaban las tardes juntas, como las mejores amigas del mundo, mirando al pequeño Alejandro Walewski que jugaba en el suelo ante ellas, inocente de los dolores humanos y de las luchas políticas de su padre.

¡Qué cosa extraña es la vida! Cómo la muerte es lógica.

Siempre he pensado que dos personas que aman verdaderamente a un mismo ser no pueden odiarse. No pueden odiarse, aunque ellas crean que se odian.

Alejandro, mi pequeño Alejandro, mi nuevo hermanito, corre de mis rodillas a las rodillas de mamá, luego a las rodillas de Eva y vuelve de preferencia a las mías. Me dice:

—A ti te quiero mucho.

—Yo a ti también, niño adorado.

La semiobscuridad de la pieza atardecida se hace más opaca a causa de la humedad de los ojos. Eva y mamá contemplan al niño en silencio. Otra vez yo siento la misma corona de espinas que se teje sobre sus dos cabezas.

93. Las últimas palabras de papá en su delirio, minutos antes de morir, fueron como un suspiro entrecortado:

—La inteligencia es una columna de fuego... Hay que verla primero... La zarza ardiendo..., después se puede hablar... La zarza ardiendo..., ardiendo.

Yo debí haber ido a ver a papá en sus últimos momentos. Papá debió haber dado su último suspiro en mis brazos.

Siento que todas las lágrimas del mundo, las más antiguas, las más recientes, las más frescas, las más olvidadas, vienen de todas partes, de cerca y de muy lejos, a mis ojos doloridos.

94. Hoy fuimos al cementerio y estuvimos largo rato junto a la tumba de papá. Después supimos que Eva había estado con el niño en la mañana y que otra mujer había llevado un ramo de claveles rojos.

En realidad yo no tengo por qué visitar la tumba de papá, puesto que papá vive en mí. Papá no está más cerca de mí en esa tumba, papá está en donde yo estoy. Yo no debería estar triste y sin embargo estoy triste, sufro, sufro horriblemente.

Me siento como si estuviera debajo de un manto de sollozos y de lágrimas inmenso como el cielo con todas sus estrellas.

El mundo se ha oscurecido en medio de una neblina de llanto y de crepones negros.

¿Es papá o soy yo quien está enterrado en esa tumba? Soy yo. Papá está vivo en mi pecho y yo estoy muerta debajo de esa piedra. Esa tumba y yo formamos una sola cosa.

A veces pienso que es mejor que papá no viva. Se me figura que lo tengo escondido, que lo he abstraído al dolor, a todas las luchas, a todos los sufrimientos de la vida.

95. La prueba de que el dolor no mata es que yo estoy viva.

¿Por qué sufro? Yo no debería sufrir. Papá sigue viviendo en mi pecho con una realidad más evidente que la que nunca tuvo ni pudo tener.

Papá mío, ¿por qué quiero morir? ¿Cómo es posible que quiera morir cuando mi muerte significa tu muerte, cuando entonces sí que tú morirás de verdad?

Papá, se me figura que tu corazón es como una brasa que yo pasaré soplando, soplando hasta el fin de los tiempos para que no se apague nunca.

96. Quiero morir y me paso llamando a la muerte, llamándola con ansias, con angustia sólo de pensar que no me oiga.

Ahora sí que hay que decir: «Ven, muerte, tan escondida que no te sienta venir».

En el mundo sólo hay dos seres: papá y yo, y como papá está en mí, sólo hay uno: yo. Mi alma está llena de un solo dolor grandioso, de una sola luz esplendorosa. Ese dolor y esa luz eres tú, papá.

97. La muerte tiene que venir. La llamaré a gritos hasta que me oiga.

¿Y si no viene? ¿Y si tengo que vivir aún largos años? ¿Con qué objeto? ¿Para qué?

A la muerte le gusta reírse de los pobres seres humanos. Pero tú, papá, ¿no puedes venir a buscarme? ¿Estás enojado conmigo?

Debí haber ido a acompañar a papá en sus últimos instantes. Papá, perdóname. ¿No ves como estoy llorando? ¿No ves que estoy llorando desde hace tantos siglos y que lloraré hasta el fin de los tiempos?

98. Cuando yo me muera, papá vendrá a buscarme a las puertas de la muerte, me cogerá en sus brazos, me llevará de la mano y juntos nos pasaremos entre *sus* estrellas, por *sus* cielos, encima de *sus* mundos brillantes, por *sus* caminos celestes.

Volveré a ser feliz, a oír su voz; volveré a mirar sus ojos de visionario, a sentir sus manos musicales. Volveré a ser feliz.

99. Papá mío, después de mi muerte yo discutiré con Dios sobre ti.

Pequeño Dios Editores

DE LA MISMA SERIE

1. *Cagliostro*

Vicente Huidobro

2. *Papá o El Diario de Alicia Mir*

Vicente Huidobro

3. *La Próxima*

Vicente Huidobro